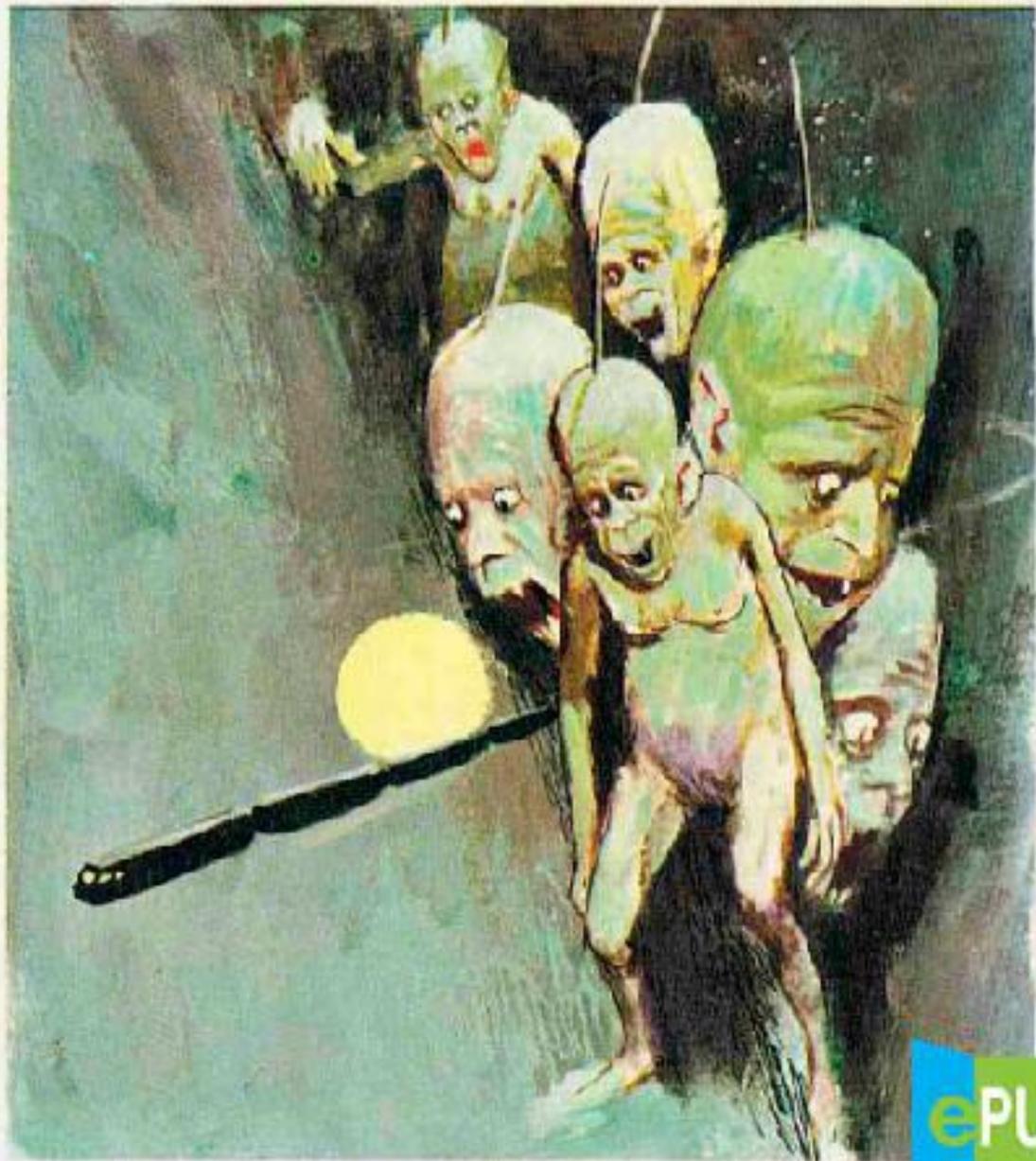


CIENCIA FICCION

10



ePUB

Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.



VV. AA.

Ciencia ficción. Selección 10

ePub r1.1

viejo_oso 13.07.14

Título original: *Ciencia ficción. Selección 10*

VV. AA., 1973

Traducción: C. Alemán & R. García-Azcárate & I. Roger

Portada: Ángel Badía

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación: *SF y presente*, Carlo Frabetti.

Cantata 140 (Cantata 140), Philip K. Dick, 1964.

Cuatro clases de lo imposible (Four Brands of Imposible), Norman Kagan, 1964.

Muscadine (Muscadine), Ron Goulart, 1968.

La cama número 12 (The Twelfth Bed), Dean R. Koontz, 1968.

El día alto azul en que vi venir girando el tren negro del cielo (That High-Up Blue Day That Saw the Black Sky-Train Come Spinning), David R. Bunch, 1968.

El científico y el monstruo (The Scientist and the Monster), Gahan Wilson, 1964.

Un sentido de belleza (A Sense of Beauty), Robert Taylor, 1968.

PRESENTACIÓN

SF y presente

Está totalmente generalizada la idea que la SF^[1] es un género que se ocupa del porvenir. Esto es cierto en la medida en que la mayoría de sus obras están ambientadas en el futuro; pero puede inducir a un error —al que ya he aludido en otras ocasiones— consistente en pensar que la SF, debido a su índole futurista, está desconectada de la realidad actual.

Por el contrario, la principal preocupación de la SF —de la de cierta calidad, se entiende— es el mundo que nos rodea, el presente; y el bucear en el futuro no es más que un preguntarse hacia dónde vamos, qué consecuencias pueden acarrear nuestras actuales circunstancias.

Esta preocupación por la realidad actual puede encontrarse fácilmente incluso en obras cuya acción se sitúa a enormes distancias en el espacio y en el tiempo; pero, además, el creciente interés del género por nuestro mundo resulta evidente por el hecho de que en la moderna SF cada vez son más abundantes las obras cuya acción se sitúa en el presente, o en un futuro tan próximo que casi no puede hablarse de extrapolación.

La presente antología está constituida por varias muestras de esta «SF del año que viene», donde los problemas actuales son analizados a la luz de sus consecuencias inmediatas.

Así, en Cantata 140 se nos muestran unos Estados Unidos probables y próximos donde los negros, chicanos y portorriqueños están alcanzando una mayoría numérica con respecto a los blancos, hasta el punto que la idea de

un Presidente negro ha dejado de ser una utopía.

Cuatro clases de lo imposible, de ambientación plenamente actual, es una meditación irónica sobre el mundo de la investigación científica en una sociedad que busca aplicaciones militares incluso al problema de la cuadratura del círculo.

En Muscadine son puestos de manifiesto, mediante la parábola del robot escritor, los rutinarios y mercantilizados mecanismos de la industria cultural, mientras que en La cama número doce se describe un inhumano hospital que no es sino una caricatura —no demasiado distorsionada— de tantas instituciones públicas con las que se pretende resolver ciertos problemas sociales especialmente delicados.

Pero otra razón por la que la SF tiende cada vez con mayor frecuencia a mostrarse en el presente o el futuro inmediato es, probablemente, porque los autores han empezado a darse cuenta que no hace falta trasladarse con la imaginación a lejanas galaxias y eras remotas en busca de lo asombroso, uno de los ingredientes básicos de la SF. Pues lo asombroso, lo inconcebible, lo demencial y lo alucinante se encuentran a nuestro alrededor, en todas partes... Bastaría con que los periódicos contaran la verdad para que, a su lado, las más delirantes fantasías del escritor más imaginativo parecieran triviales.

A este paso, lo que habrá que situar en el futuro, para darle visos de verosimilitud, será lo que hasta ahora se ha llamado novela realista.

CARLO FRABETTI

CANTATA 140

Philip K. Dick

P. K. Dick es uno de los más inquietantes «clásicos» de la SF estadounidense. Su producción es muy desigual en cuanto a rigor y calidad, pero casi siempre resulta interesante. En España es aún prácticamente desconocido, y su obra más importante, The Man in the Hight Castle, ganadora del Premio Hugo y una de las novelas clave de la moderna SF, sigue sin ser traducida al castellano.

Cantata 140 nos sitúa —aunque sin profundizar apenas en la problemática planteada— en unos Estados Unidos de un futuro probable y no muy lejano en que un candidato negro aspira a la presidencia de la nación, enfrentándose a problemas tales como la superpoblación, el desempleo, los grupos de presión... y, evidentemente, el racismo.

1

La joven pareja —de cabellos negros, piel oscura, probablemente mexicanos o portorriqueños— permanecía de pie, presa de nerviosismo, junto al mostrador de Herb Lackmore y el muchacho, el marido, decía en voz baja:

—Señor, queremos que nos ponga a dormir. Queremos transformarnos en *bibs*.

Dejando su escritorio, Lackmore caminó hasta el mostrador, y aunque no le gustaban los Cols^[2] (parecía que cada mes llegaban más a la sucursal del Ministerio de Bienestar Social Especial, en Oakland), dijo con un tono de voz como para tranquilizar a ambos:

—¿Lo habéis pensado bien, muchachos? Es una decisión importante. Podrías quedar fuera de acción cerca de doscientos años. ¿Habéis consultado al menos a algún consejero profesional?

El muchacho, mirándola a ella, tragó saliva y murmuró:

—No, señor. Lo hemos decidido entre mi esposa y yo. Ninguno de nosotros puede encontrar trabajo y en cualquier momento nos desalojarán del dormitorio. Ni siquiera tenemos vehículo, y sin un vehículo no se puede hacer nada. No se puede ir a ninguna parte. No se puede ni buscar trabajo.

Lackmore pudo apreciar que no se trataba de un joven mal parecido. Debía tener unos dieciocho años, y todavía usaba chaqueta y pantalones evidentemente militares. La joven tenía el cabello largo; era muy pequeña, de ojos negros y brillantes y rostro de rasgos delicados, casi de muñeca. No dejaba de mirar a su marido.

—Voy a tener un hijo —dijo abruptamente.

—¡Oh, al diablo con vosotros dos! —exclamó Lackmore, enfadado—. ¡Salid de aquí al instante!

Bajando culpablemente las cabezas, el muchacho y su mujer se volvieron para regresar a la céntrica calle de Oakland, California, muy transitada desde las primeras horas de la mañana.

—¡Id a ver a un especialista! —les gritó Lackmore, pese a que le irritaba darles el consejo. Le molestaba tener que ayudarles, pero alguien tenía que hacerlo. ¡En qué aprieto se habían metido! Porque, sin duda, vivían en una pensión militar del Gobierno y era obvio que, si la muchacha estaba encinta, los echarían de allí sin más dilación.

Tirando de la manga de su arrugada chaqueta en un gesto de duda, el joven Col preguntó:

—Señor, ¿cómo hacemos para encontrar a un especialista?

Era la ignorancia típica de los estratos sociales de piel oscura, no obstante las interminables campañas educativas del Gobierno. No era de extrañar que sus mujeres quedaran preñadas.

—Consultad el listín telefónico —contestó Lackmore—. En la sección *abortos, terapéutica...* O si no, en *consejeros*. ¿Habéis entendido?

—Sí, señor. Gracias —asintió rápidamente el muchacho.

—¿Sabes leer?

—Sí. He ido a la escuela hasta los trece años.

En el rostro del joven se notaba un orgullo fiero; sus negros ojos resplandecían.

Lackmore volvió a leer su periódico; no tenía más tiempo para regalar. No había duda en que ellos querían convertirse en *bibs*. Que se les mantuviera en conserva, inalterables, en un almacén del Estado, año tras año hasta que... ¿Mejoraría alguna vez el mercado de trabajo? Personalmente, Lackmore lo dudaba, y hacía tiempo que andaba en aquellas lides; tenía noventa y cinco años: era un *veterano*. En sus buenos años había puesto a dormir a cientos de personas, casi todas ellas jóvenes como aquella pareja. Y... morenos.

La puerta de la oficina se cerró. La pareja se había ido tan silenciosamente como llegó.

Suspirando, Lackmore comenzó a leer de nuevo el artículo sobre el divorcio de Lurton D. Sands, hijo, el suceso más sensacional del momento; como de costumbre, leía ávidamente cada palabra.

Para Darius Pethel, el día había comenzado con llamadas videofónicas de airados clientes que se quejaban porque no les compusiera sus transcursores instantáneos. Les respondía de manera tranquilizadora, diciendo que en cualquier momento recibirían la visita de un técnico, y, a la vez, esperaba que Erickson hubiera comenzado ya su trabajo en la sección de reparaciones de Transcursores Instantáneos Pethel, Ventas y Reparaciones.

Apenas se desvaneció su imagen del videófono, Pethel buscó entre los papeles de su escritorio el ejemplar del día del Informe Nacional de Negocios; estaba al tanto de todo el desarrollo económico del planeta. Esto sólo bastaba para situarlo por encima de sus empleados; esto, su fortuna y su avanzada edad.

—¿Qué dice el Informe? —preguntó su vendedor, Stu Hadley; había hecho una pausa en sus actividades y estaba de pie en la entrada de su oficina, con una escoba magnética en la mano.

Pethel leyó en silencio el mayor de los titulares:

LAS VENTAJAS DE UN
PRESIDENTE NEGRO
PARA LA ECONOMÍA COMUNITARIA
DE LA NACIÓN

Abajo había una fotografía tridimensional y móvil de James Briskin. Pethel oprimió el botón que se encontraba en uno de los bordes del retrato y la imagen cobró vida; el candidato Briskin sonrió. Los labios del negro se movieron bajo el oscuro bigote y sobre su cabeza apareció un globo, en el que se leían sus palabras:

Mi primera tarea será encontrar una colocación adecuada para los numerosos millones de durmientes.

—Y descargar hasta el último *bib* otra vez en la bolsa de trabajo — murmuró Pethel, soltando el botón que accionaba las palabras—. Si triunfa este tipo, el país caerá en la ruina.

Pero era inevitable. Tarde o temprano habría un Presidente negro; después de todo, desde los sucesos de 1993 había más Cols que Caucs.

Abatido por este pensamiento, pasó a la segunda página, en busca de novedades sobre el escándalo de Lurton Sands; siendo tan funestas las noticias políticas, tal vez esto le alegrara. El famoso cirujano de trasplantes estaba metido en un complicado juicio de divorcio con su igualmente famosa esposa Myra. De ambos lados se hacían cargos y ya habían comenzado a filtrarse jugosos detalles. Según los periódicos, el doctor Sands tenía una amante; por este motivo, Myra había iniciado la querrela, y con derecho. Pethel pensaba, recordando las décadas finales del siglo XX, que ya no era como en los días de antaño. Ahora corría el año 2080, pero la moral pública y privada había empeorado.

Se preguntaba por qué querría el doctor Sands una amante, cuando todos los días pasaba por allí el satélite *Salón de los placeres*. Decían que se podía elegir entre quinientas muchachas.

El mismo no había visitado nunca el satélite de Thisbe Olt. Como muchos veteranos, no estaba de acuerdo con él; era una solución demasiado radical para el problema de la superpoblación. En 1976 los ancianos se habían opuesto a través de cartas y telegramas a que el Congreso autorizara su creación, pero de todos modos la ley se había impuesto; probablemente, según creía Pethel, porque la mayoría de los senadores pensaba frecuentarlo. De hecho, ahora lo hacían con regularidad.

—Si todos los blancos nos muriésemos... —comenzó a decir Hadley.

—Escucha —dijo Pethel—. Ya hemos perdido esa oportunidad. Si Briskin consigue que los *bibs* se pongan de su lado, aumentará su poder; en cuanto a mí, no puedo dormir pensando en toda esa gente, en su mayoría muchachos, echados en los almacenes del Gobierno año tras año. Fíjate en el talento que se desperdicia. ¡Es... burocrático! Sólo un recalcitrante gobierno socialista hubiera soñado con esa solución.

Mirando con severidad al vendedor, le dijo:

—Si no hubieras conseguido este empleo conmigo, hasta tú podrías...

Hadley le interrumpió tranquilamente:

—Pero yo soy blanco.

Pethel continuó leyendo y vio que el satélite Thisbe Olt había rendido mil millones de dólares norteamericanos en 2079. «Caramba —se dijo—; es un gran negocio.» Ante él había una foto de Thisbe; con su cabello blanco cadmio y sus pechos cónicos, un poquito altos, su aspecto era un deleite estético. La lámina la mostraba convidando a sus clientes del satélite con un cóctel de tequila, aunque debía tratarse de algún otro estimulante, ya que el tequila, por derivar de la planta del mescal, había sido declarado ilegal en la decorosa Tierra.

Pethel oprimió el botón de la lámina y acto seguido los ojos de Thisbe resplandecieron, su cabeza se volvió, y sobre su cabeza apareció otro globo con la siguiente leyenda:

*Señor ejecutivo norteamericano,
¿tiene usted molestas urgencias personales?
Siga el consejo de los médicos:
¡Venga al Salón!*

Pethel pensó que aquello era un anuncio, no una noticia.

—Disculpe.

Había entrado un cliente y Hadley había ido a su encuentro.

«¡Dios mío! —se dijo Darius Pethel al reconocer al cliente—. ¿No habíamos reparado ya su transcursor?»

Se puso de pie, comprendiendo que sería necesaria su presencia para apaciguar a aquel hombre; era Lurton Sands, que, debido a sus recientes problemas hogareños, se había vuelto últimamente regañón y malhumorado.

—Sí, doctor —dijo Pethel—. ¿Qué puedo hacer hoy por usted?

Como si no lo supiera. El doctor Sands tenía suficientes problemas con tratar de desembarazarse de Myra y procurar que su amante no le dejara; necesitaba en verdad su transcursor instantáneo en buen estado. A diferencia

de los otros clientes, sería difícil quitarse de encima a aquel hombre.

Tirando de su frondoso bigote en un acto inconsciente, el candidato presidencial Briskin dijo:

—Estamos en un círculo vicioso, Sal. Debería despedirte. Tratas de hacerme comprender el asunto de los Cols, cuando sabes muy bien que he pasado veinte años adulando a toda la estructura del poder blanco. Con franqueza, creo que tendríamos mejor suerte si intentáramos conseguir el voto de los blancos y no el de los negros. Sé cómo apelar a ellos; me he acostumbrado a hacerlo.

—Estás equivocado —arguyó Salisbury Heim, asesor de su campaña política—. Escucha esto y trata de entenderlo, Jim. Tú debes apelar al joven moreno y a su mujer, mentalmente asustados de que su única perspectiva sea concluir como *bibs* en algún almacén del Gobierno. «Encerrados en una botella», como ellos dicen. Esta gente ve en ti a...

—Pero yo me siento culpable.

—¿Por qué? —preguntó Sal Heim.

—Porque soy un embustero. No puedo clausurar los almacenes del Ministerio de Bienestar Social Especial; tú lo sabes. Me has hecho prometerlo y desde ese momento no he cesado de devanarme los sesos pensando cómo podría hacerlo. Pero no encuentro modo alguno.

Echó una ojeada a su reloj de pulsera; disponía aún de un cuarto de hora antes de su discurso.

—¿Has leído el discurso que me escribió Phil Danville? —preguntó, metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Danville! —exclamó Heim, con el rostro convulso—. Creí que ya te habías librado de él. Dame eso.

Cogió las hojas dobladas y comenzó a leerlas.

—Danville es un imbécil. Mira —dijo, mientras agitaba la primera hoja frente a los ojos de Jim Briskin—. De acuerdo con esto vas a prohibir el tráfico desde los Estados Unidos hasta el satélite Thisbe. ¡Eso es una locura! Si el *Salón de los placeres* se cierra, la tasa de nacimientos volverá a crecer

hasta donde estaba. Y entonces, ¿qué? ¿Cómo se las ingeniará Danville para contrarrestar este efecto?

Después de una pausa, Briskin comentó:

—El *Salón de los placeres* es inmoral.

—Seguro —farfulló Heim—. Y los animales deberían llevar pantalones.

—Tiene que haber una solución mejor que ese satélite.

Heim permaneció en silencio y continuó leyendo el discurso.

—Te hace defender esa anticuada técnica de recreación planetaria de Bruno Mini, totalmente desacreditada —observó, mientras doblaba los papeles y se los devolvía a Jim Briskin—. ¿Adónde quieres llegar? Apoyas un esquema de colonización planetaria ensayado y desechado hace veinte años; defiendes la clausura del *Salón de los placeres*... A partir de esta noche vas a ser muy popular, Jim. Pero, ¿popular entre quiénes, si se puede saber? Tan sólo contéstame esto: ¿a quién te diriges con este discurso?

Hubo un silencio.

—¿Sabes qué pienso? —insistió al poco rato—. Que ésta es una elaborada estratagema tuya para desligarte de la cuestión. Para mandar al diablo todo este asunto. Es tu modo de eludir responsabilidades. Te vi hacer lo mismo en la Convención, con aquel discurso apocalíptico que pronunciaste y que dejó a todos desconcertados, con una curiosidad morbosa. Pero, por fortuna, ya habías sido designado. Era demasiado tarde para que la Convención te repudiara.

Briskin se explicó:

—En ese discurso expresé mis convicciones reales.

—¿Qué, que la civilización está condenada a causa de la superpoblación? ¡Buenas convicciones para el Primer Presidente Col!

Heim se incorporó y fue hasta la ventana; se quedó mirando hacia el centro de Filadelfia: los helicópteros a reacción que aterrizaban, los torrentes de autobuses y las rampas por donde los peatones iban y venían, entrando y saliendo de los rascacielos.

—A veces —dijo Heim en voz alta—, parece que crees que la civilización está condenada porque ha aceptado un candidato negro, que posiblemente resulte electo; creer eso, en cierta forma, es denigrarte.

—No —respondió Briskin tranquilamente.

Su largo rostro se mantuvo inmóvil.

—Te diré qué debes decir en tu discurso de esta noche —declaró Heim, de espaldas a Briskin—. Primero hablas una vez más de tu relación con Frank Woodbine, puesto que a la gente siempre le atraen los exploradores del espacio. Woodbine es un héroe, mucho más que tú o el otro, como se llame. Ya sabes a quién me refiero; a tu adversario, el candidato de los demócratas-conservadores.

—William Schwarz.

Heim asintió exageradamente.

—Sí, eso es. Y después de que hayas fanfarroneado con lo de Woodbine y hayamos mostrado algunas tomas en las que estén tú y él juntos en varios planetas, haces una broma sobre el doctor Sands.

—No —se opuso Briskin.

—¿Por qué no? ¿Acaso Sands es una vaca sagrada? ¿No puedes meterte con él?

Jim Briskin replicó lenta y concienzudamente:

—Porque Sands es un gran médico y los medios de información no tienen por qué ridiculizarlo como lo hacen.

—Claro, él debe haber salvado la vida de tu hermano. Debe haber encontrado un nuevo tipo de bazo en el momento preciso. O tal vez haya salvado a tu madre justo cuando...

—Sands ha rescatado a cientos, miles de vidas. Incluso de Cols. Tanto si podían pagarle como si no.

Briskin calló un instante y luego agregó:

—Además, he conocido a su esposa Myra y no me ha gustado. Años atrás fui a verla.

—¡Bien! —interrumpió Heim con violencia—. Podemos usar eso en tu favor... Estando Nonovulid al alcance de cualquiera; eso demuestra que eres un tipo previsor, Jim. Usas la cabeza.

Golpeaba su frente mientras lo decía.

—Ahora me quedan cinco minutos —comentó Briskin mecánicamente.

Espió las páginas del discurso de Phil Danville y las devolvió al bolsillo

interior de su chaqueta. A pesar que el tiempo era aún caluroso, usaba un convencional traje oscuro. Eso y una resplandeciente peluca roja habían sido sus rasgos distintivos desde los días en que era locutor de noticiarios de televisión.

—Pronuncia ese discurso —opinó Heim—, y habrás muerto para la política. Pero si...

Se interrumpió. La puerta de la oficina se había abierto y su esposa Patricia había aparecido en ella.

—Disculpa que te interrumpa —dijo—, pero desde fuera se oyen perfectamente tus alaridos.

Heim echó entonces un vistazo al gran salón, atestado de adolescentes briskinistas: voluntarias uniformadas, que habían venido de todo el país para colaborar en la elección del candidato republicano-liberal.

—Lo siento —murmuró Heim.

Pat entró en el despacho y cerró la puerta tras ella.

—Creo que Jim tiene razón, Sal —observó.

Era pequeña y de cuerpo gracioso; en otra época había sido bailarina. Tomó asiento y encendió un cigarrillo.

—Cuanto más ingenuo, mejor parece Jim —manifestó, dejando escapar el humo gris por entre sus labios pálidos y luminosos—. Aún llevas auestas cierta reputación de cínico cuando, por el contrario, deberías ser otro Wendell Wilkie.

—Wilkie perdió las elecciones —señaló Heim.

—Y Jim también podría perderlas —dijo Pat, apartando de sus ojos un largo mechón de cabellos—. Pero si pierde podrá volver a presentarse y ganar la próxima vez. Para él lo importante es aparecer inocente y sensible, como una persona dulce que carga sobre sus hombros todo el sufrimiento del mundo, porque ésa es su forma de ser. No puede evitarlo; tiene que sufrir. ¿Te das cuenta?

—No sois más que aficionados —gruñó Heim.

Los segundos pasaban y las cámaras de televisión estaban listas para empezar; Jim Briskin podía disponer del tiempo necesario para su discurso. Se sentó ante el pequeño escritorio que utilizaba cada vez que se dirigía al

público. Frente a él, cerca de su mano, yacía el texto de Phil Danville. Todavía no había resuelto qué haría con él y meditaba en su sillón, mientras los técnicos se preparaban para la grabación.

El discurso sería radiado a la estación retransmisora del satélite del partido republicano-liberal y desde allí se difundiría repetidamente hasta alcanzar el punto de saturación necesario. Era probable que los intentos de interferencia de los demócratas-conservadores fallaran, ya que la fuerza de recepción del satélite RL era enorme. El mensaje se llevaría a cabo a pesar del Acta de Tompkin, que autorizaba la interceptación de material político. Y simultáneamente se podría interferir el discurso de Schwarz; su emisión estaba programada para la misma hora.

Frente a Jim se hallaba sentada Patricia Heim, sumergida en una nube de nervios e introspección. Y, en la cabina de control, Briskin pudo divisar a Sal, ocupado con los ingenieros de TV, cerciorándose que la imagen fuera atractiva.

Por último, apartado por su propia voluntad en un rincón, estaba Phil Danville. Nadie hablaba con Danville; los señores del partido, que entraban y salían del estudio, ignoraban astutamente su presencia.

Un técnico hizo una seña a Jim. Era tiempo de empezar el discurso.

—Se ha hecho muy popular en estos días —dijo Jim Briskin ante las cámaras de TV— mofarse de los viejos sueños y esquemas para la colonización planetaria. ¿Cómo puede ser tan insensata la gente? Tratando de vivir en un medio ambiente del todo inhumano..., en mundos jamás proyectados para el *Homo sapiens*. Es curioso ver cómo han tratado de alterar durante décadas este entorno hostil, procurando satisfacer las necesidades humanas..., y han fracasado.

Hablaba lentamente, casi arrastrando las palabras; se tomaba su tiempo. Gozaba de la atención de toda la nación y se disponía a hacer buen uso de ella.

—Así, ahora estamos a la búsqueda de un planeta ya hecho, otro Venus, o con más exactitud, lo que Venus nunca fue específicamente. Lo que nosotros esperábamos que fuera: lozano, pródigo, sencillo y productivo; el Jardín del Edén esperando que fuéramos a descubrirlo.

Patricia, en una actitud reflexiva, fumaba su selecto cigarro «El Producto», sin apartar su mirada de él.

—Bien —dijo Briskin—, nunca lo encontraremos. Y si lo encontráramos, sería demasiado tarde. Demasiado pequeño, demasiado lejano. Si queremos otro Venus, otro planeta que podamos colonizar, *tendremos que construirlo nosotros mismos*. Podemos reírnos de Bruno Mini hasta la muerte, pero el hecho es que él tenía razón.

Desde la cabina de control y presa de una densa angustia, Sal Heim tenía clavados los ojos en él. Lo había hecho. Había ratificado el abandonado proyecto de Mini de recrear la ecología de otro mundo. La locura reaparecería.

La cámara se apagó.

Volviendo la cabeza, Jim Briskin vio la expresión que había en el rostro de Sal Heim. Le habían interrumpido desde la sala de control; Sal había dado la orden.

—¿No vas a dejarme terminar? —preguntó Jim.

La voz de Sal tronó, amplificada:

—¡No, maldita sea! ¡No!

Poniéndose de pie, Pat le ordenó:

—Tienes que dejarle. Él es el candidato. Si quiere hundirse, déjale.

También de pie, Danville exclamó roncamente:

—Si vuelves a interrumpirle, lo difundiré públicamente. Diré que le manejas como a un títere.

Y acto seguido se encaminó hacia la puerta del estudio, decidido a irse. Era evidente que pensaba cumplir lo que había dicho.

Jim Briskin dijo:

—Es mejor que enciendas todo otra vez, Sal. Ellos tienen razón; debes dejarme hablar.

No estaba enojado; sólo impaciente. Su deseo era continuar, nada más.

—Vamos, Sal —agregó con calma—. Estoy esperando.

Sal Heim y una camarilla del partido conferenciaban en la cabina de control.

—Va a ceder —comentó Pat a Jim—. Le conozco.

No había expresión alguna en su rostro; ella estaba molesta por la situación, pero se había propuesto sobrellevarla.

—Tienes razón —convino Jim.

—¿Verás luego la repetición del discurso, Jim? —preguntó Pat—. Por consideración a Sal, ¿sabes? Para estar seguro de que lo que has dicho era lo que te proponías.

—Desde luego —aseguró Jim—. De todos modos había pensado hacerlo. La voz de Sal Heim bramó desde el altavoz de una pared:

—¡Maldito sea tu negro pellejo Col, Jim!

Briskin esperó en su escritorio, con los brazos cruzados y una sonrisa burlona en los labios.

2

Después del discurso, la secretaria de Prensa Dorothy Gill detuvo a Jim Briskin en el pasillo, diciéndole:

—Señor Briskin, ayer me pidió usted que averiguara si Bruno Mini vivía aún. Y, en cierto modo, está vivo.

La joven examinó sus anotaciones y prosiguió:

—Ahora trabaja como vendedor para una compañía de frutos secos en Sacramento, California. Es evidente que ha dejado su carrera de recreación, pero posiblemente su discurso le haga volver a ella.

—No lo creo —dijo Briskin—. A Mini puede disgustarle que un Col recoja sus ideas y las difunda. Gracias, Dorothy.

A su lado, Sal Heim meneó la cabeza y declaró:

—Jim, no tienes el más mínimo instinto político.

Encogiéndose de hombros, Jim Briskin repuso:

—Es posible que tengas razón.

Ese era su estado de ánimo ahora; se sentía pasivo y deprimido. De todos modos el daño estaba hecho. El discurso había sido grabado y ya estaban transmitiéndolo al satélite RL. La revisión que había hecho de él era, en el

mejor de los casos, superficial.

—He oído lo que dijo Dorothy —comentó Sal—. Es decir, que tendremos a ese Mini por aquí; habrá que lidiar con él en medio de todos nuestros problemas. De todas maneras, ¿qué tal te vendría un trago?

—Aceptado —dijo Jim Briskin—. Donde tú quieras. Indica el camino.

—¿Puedo ir con ustedes? —preguntó Patricia, apareciendo junto a su esposo.

—Seguro —repuso Sal, mientras la rodeaba con un brazo y la estrechaba contra sí—. Una copa bien grande, alta y llena de burbujillas caprichosas y refrescantes que duran todo el trago: como les gusta a las mujeres.

Cuando salieron a la calle, Jim Briskin vio a dos manifestantes que llevaban pancartas.

MANTENGA
BLANCA LA CASA BLANCA
¡NO DEJE QUE AMÉRICA SE ENSUCIE!
ASEO

Los dos manifestantes, dos jóvenes Cauca, clavaron sus ojos en él; Sal y Patricia les miraron fijamente. Nadie habló. Varios fotógrafos dispararon sus cámaras; la luz de sus flashes iluminó por un instante la estática escena, y luego Sal y Patricia, seguidos por Jim Briskin, continuaron su camino. Los dos manifestantes siguieron su marcha.

—Malditos —murmuró Pat, mientras los tres se sentaban dentro de una cabina en la cafetería que quedaba frente al estudio de televisión.

Jim Briskin observó:

—Cumplen con su función. Evidentemente, Dios quiere que hagan eso.

El incidente no le molestaba de manera particular; de un modo u otro, esto había formado parte de su vida desde que tenía memoria.

—Pero Schwarz ha aceptado que las cuestiones de raza y religión quedaran fuera de la elección —protestó Pat.

—Bill Schwarz, sí —subrayó Jim Briskin—, pero Verne Engel, no. Y es

Engel quien conduce ASEO, no Schwarz.

—Sé de sobras que el DC apoya económicamente a ASEO —arguyó Sal—. Sin ese apoyo se vendría abajo en cuestión de horas.

—No estoy de acuerdo contigo —dijo Jim—. Creo que el odio se organizará siempre en torno a agrupaciones como ASEO y que siempre habrá gente que las apoye.

Después de todo, ASEO tenía un propósito. No querían que hubiera un Presidente negro; ¿no tenían derecho acaso a opinar así? Algunas personas eran de este parecer, otras no; era muy natural. «¿Y por qué —se preguntaba— debemos pretender que la raza no sea un factor de elección? Lo es, en realidad. Soy un negro. La posición de Verne Engel es objetivamente correcta.» La verdadera incógnita era: ¿qué porcentaje del electorado sustentaba las ideas de ASEO?

Ciertamente, ASEO no hería sus sentimientos; no podían herirle: ya tenía una larga experiencia acumulada durante sus años de locutor de noticiarios. «En mis años de negro norteamericano», pensó ácidamente.

Un niño, blanco, llegó a la cabina, llevando consigo un lápiz y un bloc de papel.

—Señor Briskin —dijo—, ¿puede firmarme un autógrafo?

Jim garabateó su firma y el niño salió corriendo a encontrarse con sus padres en la puerta de la cafetería. La pareja, bien vestida, joven y obviamente de clase alta, le hizo señas alegremente.

—¡Estamos con usted! —gritó el hombre.

—Gracias —contestó Jim, asintiendo con la cabeza y tratando sin éxito de parecer también alegre.

—Vaya humor que tienes —comentó Pat.

Briskin asintió en silencio.

—Piensa en toda la gente de piel blanca como las azucenas —observó Sal—, que va a votar a un Col. Hombre, es muy estimulante. Prueba que no todos los blancos hemos caído tan bajo.

—¿Dije alguna vez que así fuera? —preguntó Jim.

—No, pero lo crees. No confías realmente en ninguno de nosotros.

—¿De dónde has sacado eso? —inquirió Jim, enojado.

—¿Qué vas a hacerme? —exclamó Sal—. ¿Cortarme en trocitos con tu rasuradora magnético-electrográfica?

Pat se interpuso tajantemente.

—¿Qué haces, Sal? ¿Por qué hablas a Jim de ese modo? —y mirando alrededor nerviosamente, agregó—: Imagina que por casualidad alguien escuchara.

—Estoy tratando de sacarlo de su depresión —replicó Sal—. No me gusta verle ceder ante los otros. Esos manifestantes de ASEO le preocupan, pero él no quiere reconocerlo.

Miró a Jim.

—Te lo he oído decir varias veces —dijo—: «No pueden herirme». Por supuesto que pueden. Ahora mismo te han herido. Tú pretendes que todos te quieran, los blancos y los Cols, todos. No comprendo cómo has logrado ingresar en la política. Debiste haberte quedado como locutor, deleitando a jóvenes y viejos. Especialmente a los adolescentes.

Jim declaró:

—Quiero ayudar a la raza humana.

—¿Cambiando la ecología de los planetas? ¿Lo dices en serio?

—Si me eligen para el cargo, estoy decidido a nombrar director del Programa Espacial a Mini, sin conocerle personalmente; voy a darle la oportunidad que nunca ha tenido, ni siquiera cuando...

—Si te eligen, podrías absolver al doctor Sands —sugirió Pat.

—¿Absolverle? —dijo Jim, mirándola desconcertado—. No lo están juzgando; sólo está tratando de divorciarse.

—¿No has oído los rumores? —preguntó Pat—. Su mujer está a punto de desvelar un crimen que él ha cometido, y así podrá ganar el juicio y quedarse con todas las propiedades de ambos. Nadie sabe de qué se trata, pero ella ha dejado entender que...

—No quiero oírlo —objetó Jim Briskin.

—Puede que tengas razón —reflexionó Pat—. El divorcio de los Sands se está volviendo desagradable. Mencionarlo, como quiere Sal, podría volverse en tu contra. La amante, Cally Vale, ha desaparecido; probablemente la hayan asesinado... Tal vez no nos necesites, después de todo.

—Les necesito —concretó Jim—, pero no para que me embrollen en los problemas matrimoniales del doctor Sands.

Tomó su bebida.

El técnico Rick Erickson, de Transcursores Instantáneos Pethel, Ventas y Reparaciones, encendió un cigarrillo e inclinó su banquillo hacia atrás, empujándose con sus huesudas rodillas contra la mesa de trabajo. Frente a él estaba la torrecilla principal de un transcursor defectuoso. Concretamente, el que pertenecía al doctor Lurton Sands.

Siempre había habido desperfectos en los transcursores. El primero que se había puesto en uso ya estaba fuera de servicio; eso ocurrió varios años atrás, pero desde entonces los transcursores no se habían modificado en lo esencial.

Históricamente, el primer transcursor defectuoso había pertenecido a un empleado de Investigaciones Terran, llamado Henry Ellis. Siguiendo una costumbre muy humana, Ellis no había comunicado el desperfecto a sus empleadores..., o, por lo menos, eso era lo que recordaba Rick. En aquel entonces, él no había entrado en la profesión, pero el mito subsistía. Era una leyenda increíble que aún circulaba entre los reparadores de transcursores y según la cual, gracias al defecto de su aparato, Ellis —se hacía difícil creerlo— había compuesto la Santa Biblia.

Los transcursores se caracterizaban por hacer posible una forma limitada de viaje a través del tiempo. A lo largo del tubo de su artefacto, se decía, Ellis había encontrado un punto débil, una trémula luz dentro de la cual se podía ver una acción simultánea. Se había agachado y había observado un conglomerado de personas pequeñas que gemían con voces aceleradas, moviéndose precipitadamente en su mundo, al otro lado de la pared del tubo.

¿Quién era aquella gente? En un principio, Ellis no lo supo, pero aun así había trabado relación con ellos; había aceptado unas hojas —sorprendentemente finas y pequeñas—, que contenían preguntas, las había llevado al equipo de decodificación de lenguajes que funcionaba en Investigaciones Terran y, una vez que los extraños escritos de la gente pequeña estuvieron traducidos, los llevó a una de las computadoras grandes

de la compañía para que contestara las preguntas. Luego volvió al Departamento de Lingüística y, al caer la noche, retornó al tubo del transcursor para devolver a la gente pequeña —en su propio idioma— las respuestas a sus preguntas.

Evidentemente, si hay que dar crédito a esto, Ellis era un hombre caritativo.

Sin embargo, Ellis suponía que no se trataba de una raza terráquea, e insistía en que era un diminuto planeta de otro sistema. Estaba equivocado. De acuerdo a la leyenda, la gente pequeña pertenecía al propio pasado de la Tierra; el idioma, naturalmente, era hebreo antiguo. Rick no pretendía saber si la historia era o no cierta, pero, en todo caso, debido a alguna sospechosa infracción de las leyes de la compañía, Ellis había sido despedido de Investigaciones Terran y desde entonces había desaparecido. Quizá había emigrado; ¿quién podía saberlo? ¿A quién podía importarle? La misión de Investigaciones Terran era cubrir la pequeña mancha del tubo y procurar que el defecto no reapareciera en los sucesivos transcursores.

De repente, en el extremo de la mesa de trabajo de Rick, sonó con estridencia el intercomunicador.

—Oye, Erickson —dijo la voz de Pethel—. El doctor Sands está aquí y pregunta por su transcursor. ¿Cuándo estará listo?

Con el mango de un destornillador, Rick Erickson golpeó fuertemente la torrecilla del artefacto de Sands. «Será mejor que suba y hable con Sands —pensó—. Esto me está volviendo loco. No es posible que funcione tan mal como para que se queje así.»

De dos en dos escalones, Rick Erickson subió a la planta baja. Allí, por la puerta principal, salía un hombre; era Sands: Erickson le reconoció por las fotos de los periódicos. Se apresuró y le dio alcance al llegar a la calle.

—Oiga, doc... ¿Cómo dice usted que su aparato le traslada de golpe a Portland, Oregón y sitios por el estilo? No es posible... ¡No está preparado para eso!

Se quedaron mirándose el uno al otro. El doctor Sands, bien trajeado, enjuto y ligeramente calvo, de piel muy bronceada y nariz afilada, le miraba de un modo complejo, calculando la respuesta. Parecía inteligente, muy

inteligente.

«Así que éste es el hombre sobre el que todo el mundo escribe —se dijo Erickson—. Sabe vivir mejor que cualquiera de nosotros; su traje es de piel de alacrán marciano.» No obstante, se sintió irritado. El doctor Sands tenía modales suaves; bien parecido al bordear los cuarenta y cinco años, tenía un aire de afabilidad bonachona y confundida, como si fuera incapaz de comprender o manejar los sucesos que le habían sobrecogido. Erickson lo notaba; el doctor Sands tenía una distinción trastornada, apabullada.

Mas no por ello dejaba de ser un caballero. En un tono calmoso y preciso dijo:

—Pues parece que eso es lo que hace. Me gustaría poder darle más detalles, pero la mecánica nunca ha sido mi fuerte.

Su sonrisa desarmó a Erickson, haciendo que se avergonzara de su rudeza.

—Bueno... —dijo Erickson, cambiando de actitud—. La culpa la tiene IT... Podrían haber eliminado hace años los defectos de los transcursores. Es una lástima que usted tenga un cacharro así.

«No pareces tan mal tipo», reflexionó.

—Un cacharro así —repitió el doctor Sands—. Sí, encima eso. Es mi suerte, ¿sabe? Todas mis cosas han andado igual últimamente.

Su expresión cambió; parecía divertido.

—Tal vez yo pudiera hacer que IT se lo cambiara por otro —comentó Erickson.

Sands meneó la cabeza con energía.

—No —dijo—. Quiero ése especialmente.

Su tono se había vuelto firme; lo decía en serio.

—¿Por qué?

¿Quién podría querer quedarse con un verdadero cacharro? No tenía sentido. De hecho, todo el asunto olía de un modo extraño, que Erickson, con su aguda perspicacia, había detectado; en sus horas de trabajo había alternado con muchos clientes.

—Porque es mío —respondió Sands—. Lo elegí yo.

Continuó su camino, calle abajo.

—No pensaré que voy a creerme eso —dijo Erickson, como para sí.

Sands se detuvo y preguntó:

—¿Qué?

Retrocedió un paso, ahora con el rostro sombrío. La afabilidad había desaparecido.

—Discúlpeme. No quise ofenderle —dijo Erickson, mirando a Sands fijamente.

No le gustó lo que vio. Bajo la suavidad del doctor Sands había una gran frialdad, algo estático y duro. No era una persona común, y Erickson se sintió incómodo.

—Arréglo pronto —dijo Sands con sequedad.

Se volvió y se fue con grandes zancadas, dejando a Erickson perplejo.

«¡Diablos! —se dijo éste, silbando—. Pobre de mí, no querría tener líos con él.» Caminó hacia el establecimiento.

Bajando los escalones de uno en uno, con las manos hundidas en los bolsillos, pensó que lo mejor sería armar de nuevo el aparato y hacer un viaje en él. Se acordó otra vez del viejo Henry Ellis, el primer hombre que había recibido un transcursor defectuoso. Recordaba que Ellis tampoco había querido cambiarlo. Tenía sus buenas razones.

De vuelta al taller del sótano, Rick se sentó junto a la mesa de trabajo, tomó la torrecilla principal del transcursor instantáneo del doctor Sands y comenzó a unir sus piezas. Al cabo de poco rato había vuelto a colocarlo hábilmente en su lugar y lo había enganchado al circuito.

«Ahora —se dijo, mientras conectaba la energía motriz—, veamos adónde nos lleva.» Pasó a través del aro brillante que rodeaba la entrada del artefacto y se encontró —como de costumbre—, dentro de un tubo gris informe, que se estrechaba en ambas direcciones. Tras él, enmarcada por la abertura, quedaba su mesa de trabajo. Y frente a él...

La ciudad de Nueva York. La visión inestable de una activa esquina de la calle a la que daba la oficina del doctor Sands. Y más arriba, el prisma triangular del enorme edificio de plástico —una mezcla de compuestos rexeroides de Júpiter—, con su infinidad de pisos, sus innumerables ventanas... y más allá los retropropulsores individuales despegando o

llegando a las rampas, en las cuales los transeúntes se desplazaban en multitudes tan densas que parecían autodestructivas. La ciudad más grande del mundo: cuatro quintos de ella quedaban bajo tierra; lo que Erickson veía no era más que una escasa porción, sólo una traza de su extensión visible. Nadie, en toda su vida, ni siquiera un veterano, podía verla íntegra; la ciudad era demasiado extensa.

«¿Lo ves? —rezongaba Erickson para sí—. Tu transcursor funciona a la perfección; esto no es Portland, es exactamente lo que debe ser.» Agachándose, deslizó su mano experta por la superficie del tubo. ¿Qué buscaba? No lo sabía. Algo que justificara la insistencia del doctor en conservar especialmente aquel transcursor.

Se tomaría el tiempo necesario. No tenía prisa. Y estaba decidido a encontrar lo que buscaba.

3

El discurso sobre recreación planetaria que había pronunciado Jim Briskin —grabado en las primeras horas del día y luego retransmitido por el satélite RL—, había sido demasiado penoso como para que Salisbury Heim lo soportara. Por eso había decidido tomarse una hora de descanso y buscar alivio como lo hacían muchos hombres: subió a un taxi a reacción y en pocos instantes volaba hacia el satélite *Salón de los placeres*. «Deja que Jim se canse de hablar de ese chiflado programa de ingeniería de Bruno Mini —pensaba en el asiento trasero del taxi aéreo, gozando de aquella pausa en sus tareas—. Deja que él mismo se ahorque. Por lo menos yo no tengo por qué dejarme arrastrar en su caída. A veces me tienta la idea de desertar del partido poco antes de las elecciones y pasarme al lado de los demócratas-conservadores.»

Sin lugar a dudas, Bill Schwarz le recibiría con los brazos abiertos. Heim ya había tanteado, a través de un contacto muy sutil, la posible reacción de la oposición. Schwarz había aprovechado estos tenues lazos para expresar su

entera conformidad ante una eventual unión de fuerzas con él. Sin embargo, Heim no estaba preparado aún para hacer su jugada; no había desarrollado bien su plan.

Al menos no hasta entonces. Aquella inesperada y desoladora sorpresa... ¡Justo cuando el partido tenía tantos problemas por resolver!

El quid de la cuestión —sabía esto por los padrones electorales— era que Jim Briskin iba a la zaga de Schwarz, a pesar de contar con todos los votos de los Cols, que incluían también las razas no negras, tales como los portorriqueños de la costa este y los mexicanos del oeste. La diferencia era amplia. Pero, ¿por qué se rezagaba Briskin? Porque todos los blancos concurrirían a las elecciones, mientras que sólo un sesenta por ciento de los Cols se dejaría ver ese día. Se mostraban increíblemente apáticos con respecto a Jim. Tal vez pensarán —Sal lo había oído decir— que Jim se había vendido a los intereses de los blancos. Que no era, aun siendo Col, un auténtico líder de la gente de su raza. Y en alguna medida era verdad. Porque Jim Briskin representaba tanto a blancos como a Cols.

—Ya hemos llegado, señor —le informó el conductor del taxi.

El vehículo aminoró la marcha y se posó sobre la superficie en forma de pechos de mujer, a unos diez metros del pezón rosado que hacía las veces de señal de posición.

—¿Usted es el asesor de Jim Briskin? —preguntó el conductor, que era Col, volviéndose hacia él—. Sí, le he reconocido. Oiga, señor Heim; él no es un vendido, ¿no es cierto? He oído a mucha gente discutir sobre eso, pero no creo que él sea de éstos; estoy seguro.

—Jim Briskin —dijo Heim, mientras buscaba su billetera— jamás se ha vendido a nadie. Y nunca lo hará. Puede decir eso a sus hermanos de raza, porque es verdad.

Pagó su viaje. Se sentía malhumorado. Condenadamente malhumorado.

—¿Pero es cierto que...?

—Trabaja con gente blanca, sí. Mi esposa y yo trabajamos con él. ¿Y qué? ¿Acaso van a desaparecer los blancos cuando Briskin sea electo? ¿Es lo que queréis? Porque si queréis eso, no lo vais a conseguir.

—Creo que sé a qué se refiere —manifestó el conductor, asintiendo

lentamente—. Usted opina que él está a favor de toda la gente, ¿no es eso? Comparte los intereses de la minoría blanca al igual que los de la mayoría Col. Los va a proteger incluso a ustedes, los blancos.

—Eso es —contestó Salisbury Heim, mientras abría la puerta del taxi—. Como usted dice, «incluso a vosotros, los blancos».

Ya estaba de pie sobre el pavimento. «Sí, incluso a nosotros —se dijo—. Porque lo merecemos.»

—Hola, señor Heim.

Era una melodiosa voz de mujer. Heim se volvió.

—¡Thisbe! —exclamó, complacido—. ¿Cómo estás?

—Feliz de verte y porque no te hayas quedado abajo sólo porque tu candidato no nos aprueba —dijo Thisbe Olt.

Arqueó graciosamente sus brillantes cejas, pintadas de color verde. En su rostro estrecho, como de arlequín, relucieron incontables puntos de luz pura, enclavados en su piel; daban a su semblante misterioso la apariencia de la belleza siempre renovada. Y, en verdad, se había renovado a lo largo de varias décadas. Cimbreada, esbelta, casi frágil, jugueteaba con las pequeñas borlas, hechas de una tela impregnada de piedras, que colgaban de su brazo desnudo; se había puesto ropas ligeras para salir a recibirle y él se sentía complacido. Ella le atraía mucho; hacía tiempo que le gustaba.

Cautelosamente, Sal Heim preguntó:

—¿Qué te hace pensar que Jim Briskin tenga algún motivo de queja contra el *Salón*, Thisbe? ¿Alguna vez ha dicho algo al respecto?

Que él supiera, las opiniones de Jim sobre ese punto nunca se habían hecho públicas; por lo menos, él había tratado siempre que las mantuviera ocultas.

—Esas cosas se saben pronto aquí, Sal —explicó Thisbe—. Creo que deberías entrar y hablar de ello con George Walt; están abajo, en su oficina del nivel C. Tienen un par de cosas que decirte, Sal. Lo sé porque les he oído discutirlos.

Molesto, Sal comenzó a decir:

—No he venido para...

¿De qué servía? Si los dueños del *Salón*, querían hablarle, era

conveniente que fuera.

—De acuerdo —contestó.

Siguió a Thisbe en dirección al ascensor.

Pese a sus esfuerzos por evitarlo, siempre que trababa conversación con George Walt se angustiaba. Eran una clase especial de mutantes; nunca había visto a nadie como ellos. No obstante su impedimento, George Walt habían alcanzado un gran poder económico en la sociedad. Se rumoreaba que el satélite *Salón de los placeres* era sólo una de sus posesiones, cuyo conjunto estaba vastamente diseminado en el mapa financiero del mundo moderno. Ellos eran una clase de mutantes gemelos, unidos por la base del cráneo, de modo que una sola estructura cefálica servía a ambos cuerpos separados. Era evidente que la personalidad George habitaba un hemisferio del cerebro y usaba un solo ojo: el derecho, según recordaba Sal. Y la personalidad Walt existía en el otro lado, distinta, con su idiosincrasia propia, sus tendencias y sus puntos de vista... y su ojo propio, desde el cual observaba el universo exterior.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el nivel C, un sirviente uniformado, que hacía las veces de policía, detuvo a Sal.

—El señor George Walt quieren verme —arguyó éste—. O al menos eso me ha dicho la señorita Olt.

—Por aquí, señor Heim —rogó entonces el sirviente, llevando la mano respetuosamente hacia su gorra, mientras conducía a Sal a través del silencioso pasillo alfombrado.

Fue guiado hasta una espaciosa habitación. En ella estaban George Walt, sentados en un diván. Los dos cuerpos se pusieron de pie a un mismo tiempo, sosteniendo entre ellos la cabeza común. La cabeza, con las entidades de los hermanos bien separadas, hizo un gesto de bienvenida y la boca sonrió. Un ojo —el izquierdo— le miraba con fijeza, mientras el otro se extraviaba vagamente, como si estuviera preocupado.

Los dos cuellos se unían de un modo tal que la cabeza y el rostro quedaban algo inclinados hacia atrás. George Walt tendían siempre a mirar por encima de su interlocutor, no importaba quién fuera, y a esto se agregaba su singular expresión. Todo hacía que parecieran formidables, que fuera

imposible atraer su atención. La cabeza era de tamaño normal, pese a todo, al igual que los cuerpos. El cuerpo de la izquierda —Sal no recordaba a quién pertenecía— llevaba ropas informales: una camisa de algodón, anchos pantalones y sandalias en los pies. El de la derecha, en cambio, llevaba un traje con una sola chaqueta, corbata y una capa corta abotonada de color gris. Las manos del cuerpo de la derecha estaban hundidas en los bolsillos del pantalón, postura que le daba un aire de autoridad cuando no de edad; parecía notablemente mayor que su gemelo.

—Soy George —dijo con amabilidad la cabeza—. ¿Cómo está, Sal Heim? Me alegro de verle.

El cuerpo de la izquierda extendió su mano. Sal caminó hacia ellos y estrechó enérgicamente la mano. El cuerpo de la derecha no quiso estrechar la suya; la dejó en el bolsillo.

—Soy Walt —indicó luego la cabeza, con menos afabilidad—. Queríamos discutir con usted sobre su candidato, Heim. Siéntese y tome un trago. Dígame, ¿qué quiere que le prepare?

Los dos cuerpos se las arreglaron para ir juntos hasta el copero, en el que podía verse un bar bien provisto. Las manos de Walt abrieron una botella de aguardiente de maíz, mientras las de George preparaban hábilmente un Old Fashioned, mezclando azúcar, agua y bíter en el fondo de un vaso. Juntos, George Walt terminaron de preparar el cóctel y se lo alcanzaron a Sal.

—Gracias —dijo Sal, tomando el vaso.

—Le habla Walt —dijo la cabeza común—. Sabemos que si Jim Briskin resulta elegido, dará instrucciones a su secretario de Justicia para que encuentre el modo de clausurar el satélite. Es un hecho, ¿no?

Los dos ojos, ahora juntos, clavaron en él una mirada intensa y astuta.

—No sé dónde pueden ustedes haber oído una cosa así —replicó Sal, evasivamente.

—Le habla Walt —anunció la cabeza—. Hay un informante en su organización. Por eso nos enteramos. Usted se da cuenta de lo que esto significa. Tendremos que volcar nuestro apoyo en Schwarz. Sabe muy bien la cantidad de transmisiones que hacemos a la Tierra día tras día.

Sal suspiró. El *Salón* mantenía una corriente ininterrumpida de *shows* de

baja calidad, que llegaban a través de una gran variedad de canales, y aunque estaban dirigidos a los hombres, eran vistos por casi todo el país. Los *shows*, especialmente esa orgía visual en la que aparecía la misma Thisbe —con su famoso despliegue de músculos contrayéndose y expandiéndose— eran un poderoso impulso para la actividad del satélite. Organizar una campaña en contra de Briskin sería muy sencillo: los publicistas del satélite eran diestros profesionales.

Dejando el vaso, Sal se puso de pie y se encaminó hacia la puerta.

—Adelante. Pongan vuestros *shows* en contra de Jim. Ganaremos de todos modos las elecciones, y entonces sí pueden estar seguros que él los clausurará. Es más, yo en persona se lo garantizo ahora mismo.

La cabeza parecía preocupada.

—¡Eso sería abuso de poder! —bramó.

Sal se encogió de hombros.

—Yo sólo protejo los intereses de mi cliente; fueron ustedes los que comenzaron con amenazas.

—Le habla George —señaló con rapidez la cabeza—. Esto es lo que yo creo que hay que hacer. Presta atención, Walt. Queremos que Jim Briskin suba hasta aquí y se fotografíe públicamente.

El mismo celebró la propuesta.

—Es una buena idea. ¿Entiende, Sal? Briskin llega aquí, rodeado por todos los medios de difusión y visita a una de nuestras chicas; a él le conviene, porque aparecerá como un hombre normal, no como un cretino. De ese modo os beneficiáis vosotros. Y mientras está aquí, Briskin nos favorece con elogios. Un buen toque final, aunque optativo. Por ejemplo, puede decir que los intereses de la nación tienen...

—Nunca lo hará —aseguró Sal—. Antes perdería las elecciones.

La cabeza dijo con acento lastimero:

—Le daríamos la mujer que quisiera; tenemos quinientas para elegir.

—No tendréis suerte —dijo Sal Heim—. Si me hicieseis esa oferta a mí, yo aceptaría en seguida. Pero no Jim. Él es... chapado a la antigua. Es un puritano. Hasta podría decirse que es un remanente del siglo XX.

—O del XIX —dijo venenosamente la cabeza.

—Decid lo que os parezca —apuntó Sal—. A Jim no le importa. Él tiene sus convicciones; cree que este satélite es... una deshonra. El modo en que se hacen las cosas aquí, bum, bum, bum..., todo mecánicamente, sin que haya contacto personal, sin que las relaciones personales tengan una base humana. Conducís esto como un autoservicio; yo no me opongo, ni la mayoría de la gente lo hace, porque ahorra tiempo. Pero Jim se opone, porque es un sentimental.

Los dos brazos derechos amenazaron a Sal mientras la cabeza decía a viva voz:

—¡Al diablo con eso! Aquí arriba somos tan sentimentales como el que más. Ponemos música de fondo en todos los cuartos y las muchachas aprenden siempre el nombre de pila de todos los clientes y se les exige llamarlos por éste y no por ningún otro. ¿Cuánto más sentimentales quiere que seamos, por el amor de Dios? ¿Qué es lo que en realidad desea?

En tono aún más alto, casi rugiendo, agregó:

—¿Una ceremonia de casamiento antes y un divorcio después para que sea un matrimonio legal? ¿Es eso? ¿O quiere que enseñemos a las chicas a zurcir y a usar ropas de mamá y calzones y que los clientes paguen para verles los tobillos? Escuche, Sal...

La voz bajó de tono y se volvió siniestra, letal.

—Escuche, Sal Heim —repitió—. Conocemos nuestro negocio. No se meta en él y nosotros no nos meteremos en el suyo. A partir de esta noche, nuestros anunciadores insertarán un aviso a favor de Schwarz en cada transmisión que se haga a la Tierra; justo en medio de esa gloriosa obra de arte, usted sabe a qué me refiero, cuando las muchachas..., bueno, usted sabe. Quiero decir, en *esa* parte precisamente. Y vamos a hacer una campaña acerca de esto; lo impondremos al público. Vamos a asegurar la reelección de Schwarz. Y asegurar que la derrota de ese payaso Col sea completa, total.

Sal no dijo palabra. La amplia oficina alfombrada quedó en silencio.

—¿No va a responder, Sal? ¿Va a quedarse de brazos cruzados?

—He venido hasta aquí para visitar a una chica que me gusta —declaró Sal—. Se llama Sparkey Rivers. Querría verla ahora.

Se sentía fatigado.

—Es diferente de todas las que he probado —agregó, pero en seguida, pasándose la mano por la frente, murmuró—: No, estoy muy cansado ahora. He cambiado de idea. Me iré.

—Si es tan buena como dice —observó la cabeza—, no le requerirá ningún esfuerzo.

Se rió festejando su ocurrencia, y mientras una de las manos oprimía un botón en el escritorio, ordenó:

—Enviad aquí a una tal Sparkey Rivers.

Sal asintió con desgana. Después de todo, era eso lo que había ido a buscar. Ese antiguo y valioso remedio.

—Usted trabaja demasiado, Sal —mencionó la cabeza—. ¿Qué ocurre? ¿Va perdiendo el RL? Me temo que necesita nuestra ayuda, y mucho.

—¿Ayuda? ¡Qué va! —repuso Heim—. Lo que necesito es un descanso de varias semanas, pero no precisamente aquí. Debería tomar un taxi e irme a África a cazar arañas o lo que esté de moda ahora.

Con todos sus problemas había perdido contacto con la moda.

—Las arañas cava-trincheras están muy obsoletas —le informó la cabeza—. Ahora se acostumbra de nuevo a cazar polillas nocturnas.

El brazo derecho de Walt señaló la pared y Sal pudo ver, expuestos detrás de un cristal, tres enormes cadáveres iridiscentes, cuyos numerosos colores brillaban bajo un haz de luz ultravioleta.

—Los he cogido yo mismo —dijo la cabeza. E inmediatamente se regañó—. No fuiste tú. He sido yo. Tú las viste, pero yo las metí en el tarro mortífero.

Sal Heim se sentó en silencio a esperar a Sparkey Rivers, mientras los dos habitantes de la cabeza discutían entre sí quién de ellos había atrapado las polillas africanas.

El eficiente y costoso detective privado Tito Cravelli, de piel oscura, alcanzó a la mujer sentada frente a él, en su oficina de Nueva York, las conclusiones que, a partir de los datos suministrados, había extraído su computadora Altac 3-60. Era una buena máquina.

—Cuarenta hospitales —dijo Tito—. Cuarenta operaciones de trasplante este último año. Estadísticamente, es improbable que el Fondo de Reservas de Órganos Vitales de la ONU dispusiera de tantos órganos en un lapso tan limitado, pero es posible. En otras palabras, la pista no nos sirve.

Myra Sands acarició su falda pensativamente y luego encendió un cigarrillo.

—Elegiremos al azar entre los cuarenta —indicó—. Quiero que investigue a cinco o seis de ellos, por lo menos. ¿Cuánto cree que le llevará hacerlo?

Tito calculó en silencio.

—Digamos dos días —contestó—. Eso sí, tengo que ir allí y hablar con la gente. Desde luego, si pudiera averiguarlo por videófono...

Le gustaba trabajar con el videófono. De ese modo podía quedarse cerca de la Altac 3-60 y si se le presentaba alguna duda, podía colocar los datos en el aparato y obtener sin demora una decisión. Sentía respeto por la 3-60. Le había costado una fuerte cantidad de dinero un año atrás y no podía permitirse el lujo de dejarla ociosa; no si era posible evitarlo. Pero a veces...

Estaba en una situación difícil. Myra Sands no era de las que toleran la incertidumbre; para ella, las cosas debían ser esto o aquello, o A o no A. Myra hacía uso de la ley de Aristóteles del Medio Excluido, más que nadie que él conociera. La admiraba. Era una mujer hermosa, extremadamente educada; tenía cabellos claros y bordeaba los cuarenta y cinco. Su pose era erguida; su traje, de lana lunar amarillo chillón; sus piernas, largas y perfectas. Su mentón prominente dejaba ver —a Tito, por lo menos— la fuerza inflexible de su personalidad. Myra era, antes que nada, una mujer de negocios; como una de las más destacadas autoridades de la nación en el campo de la terapia especializada en genes, recibía elevados ingresos y altos honores. Ella le sabía muy bien. Al fin y al cabo, había trabajado muchos años en esto. Tito respetaba a los profesionales independientes; después de todo, él también era su propio jefe; no estaba sujeto a nadie, a ninguna organización que le subvencionara ni tampoco a una entidad económica. Él y Myra tenían algo en común. Aunque, por supuesto, ella lo hubiera negado. Myra Sands era muy orgullosa; para ella, Tito Cravelli no era más que un

empleado a quien había contratado para averiguar —o mejor, para confirmar— cierta información sobre su marido.

Tito no podía imaginar por qué Lurton Sands se había casado con ella. Seguramente había habido un conflicto —psicológico, social, sexual, profesional— desde el principio.

No encontraba explicación para la química que unía a hombres y mujeres con lazos de odio y sufrimiento, a veces a lo largo de noventa años consecutivos. En su profesión, Tito había visto mucho de todo esto, lo suficiente como para no olvidarlo ni en sus años de veterano.

—Llame al Hospital Lattimore de San Francisco —ordenó Myra, con voz firme y autoritaria—. En agosto, Lurton hizo allí un transplante de bazo a un mayor del Ejército. Creo que su nombre era Walleck o algo parecido. Recuerdo que para esa época..., Lurton estaba, ¿cómo le diré? Había bebido un poco de más. Era de noche y estábamos cenando. Lurton hablaba de algo raro, maldiciendo. Decía algo como «pagar muy caro» por un bazo. Usted sabe, Tito, que los precios del FROV están estrictamente fijados por la ONU y no son altos; al contrario, son muy bajos. Por eso el fondo se queda tan a menudo sin reservas de algunos órganos. No es tanto por la falta de suministros como por el exceso de pedidos.

—Hum —murmuró Tito, tomando nota.

—Lurton siempre decía que si al menos el FROV aumentara los precios...

—¿Está segura que era un bazo? —interrumpió Tito.

—Sí —repuso Myra, asintiendo bruscamente y exhalando un humo gris, que llegaba hasta la lámpara situada tras ella y que, formando una nube, se metía dentro de la pantalla. Afuera estaba oscuro; eran las siete y media.

—Un bazo —apuntó Tito, recapitulando—. En agosto de este año. En el Hospital Lattimore de San Francisco. Un mayor del Ejército llamado...

—Ahora me parece que era Wozzeck —indicó Myra—. ¿O ése es un compositor de óperas?

—Es una ópera —explicó Tito—. De Berg. Ya casi no se representa.

Tomó el receptor del videófono.

—Trataré de comunicarme con las oficinas del Lattimore; allá en la costa

sólo son las cuatro y media.

Myra se puso de pie y vagó incansablemente por la oficina, restregándose las manos enguantadas en un gesto que irritaba a Tito, impidiéndole concentrarse en la llamada.

—¿Ha cenado ya? —le preguntó, mientras esperaba la conferencia.

—No. Pero nunca como antes de las ocho y media o nueve; es una barbaridad comer más temprano.

—¿Puedo invitarla a cenar, señora Sands? Conozco un pequeño restaurante armenio que es maravilloso. La comida está preparada realmente por seres humanos.

—¿Seres humanos? ¿Qué quiere decir?

—Sistemas autónomos de preparación de comidas —murmuró Tito—. ¿O es que usted no come nunca en restaurantes autoprep?

En realidad, los Sands eran ricos; era posible que siempre consumieran comida hecha por seres humanos. Tito agregó:

—Personalmente no soporto los autoprep. La comida es siempre igual, nunca está quemada, nunca... —se interrumpió al ver que en la pantalla del videófono comenzaban a formarse, en miniatura, los rasgos de una empleada del Lattimore. Le dijo—: Señorita, pertenezco a la compañía Consultores para la Investigación de los Factores de Vida de Nueva York. Le llamo para que me informe sobre una operación que se practicó a un mayor Wozzeck o Walleck en el pasado mes de agosto; un trasplante de bazo.

—Espere —dijo Myra, súbitamente—. Ahora recuerdo. No era de bazo... Era de islotes de Langerhans, esa parte del páncreas que regula la producción de azúcar en el cuerpo. Me acuerdo porque Lurton se puso a hablar de eso al verme poner dos cucharadas de azúcar en el café.

—Buscaré eso entonces —dijo la muchacha del Lattimore, que había escuchado a Myra.

Se volvió hacia el fichero.

—Lo que quiero averiguar —especificó Tito— es la fecha exacta en que se pidió el órgano al FROV de la ONU. Si usted pudiera facilitarme ese dato, por favor.

Esperó con su acostumbrada paciencia. Su profesión requería esa virtud

por encima de cualquier otra, incluyendo la inteligencia.

Al cabo de unos instantes, la chica dijo:

—El doce de agosto de este año se efectuó un trasplante a un coronel Weiswasser. Islotes de Langerhans, obtenidos el día anterior, once de agosto, del FROV. La operación estuvo a cargo del doctor Lurton Sands, y, naturalmente, él certificó la utilización del órgano.

—Gracias, señorita —exclamó Tito, y cortó la comunicación.

—Las oficinas del FROV están cerradas —informó Myra, cuando Tito volvió a marcar—. Deberá esperar hasta mañana.

—Es que conozco a alguien de allí —replicó Tito, mientras continuaba marcando el número.

Finalmente consiguió hablar con Gus Anderton, su contacto en el banco de órganos vitales de la ONU.

—Gus, te habla Tito. Fíjate, por favor, en agosto once. Islotes de Langerhans. ¿De acuerdo? Mira si ese cirujano de quien te hablé activó unas en esa fecha.

El contacto retornó casi en seguida con la respuesta.

—Es correcto, Tito; todo coincide. Once de agosto, islotes de Langerhans. Transferidos por saltamontes a reacción al Lattimore de San Francisco. Pura rutina.

Tito Cravelli cortó el circuito, exasperado.

Después de una pausa, Myra, que seguía paseando sin cesar por la oficina, exclamó:

—¡Pero estoy segura que él ha obtenido órganos ilegalmente! Nunca ha dejado morir a nadie, pero usted sabe que jamás ha habido tantos órganos en el banco de reservas; tiene que haberlos conseguido en algún otro lado. Lo mismo que ahora; estoy convencida.

—De decirlo a probarlo...

Volviéndose a él, Myra chasqueó los dedos, observando:

—Aparte del banco de la ONU, sólo hay otro lugar adonde podría acudir.

—De acuerdo —expuso Tito, asintiendo—. Pero, como dice su abogado, debe tener pruebas antes de formular el cargo; si no él entablará juicio por calumnia, libelo, difamación y todas esas cuestiones. Es lógico; usted no le

deja alternativa.

—Esto no le gusta a usted nada —comentó Myra.

Tito se encogió de hombros.

—No es necesario que me guste —explicó—. No es eso lo que cuenta.

—Pero piensa que estoy metiéndome en terreno peligroso.

—Sí, claro. Aun si fuera cierto que Lurton Sands...

—No diga «si fuera cierto». Es un fanático y usted lo sabe muy bien. Lurton se identifica tan plenamente con su imagen pública de salvador de vidas, que esto ha provocado en él una ruptura psicológica con la realidad. Es probable que haya comenzado con poca cosa, con lo que le habrá parecido una situación especial, una excepción; necesitaría un órgano determinado y lo habrá tomado. Y la vez siguiente..., le habrá resultado más fácil. Y así, sucesivamente.

—Comprendo —dijo Tito.

—Creo que empiezo a saber qué es lo que debemos hacer —manifestó Myra—. Lo que *usted* deberá hacer. Comience por aquí: comuníquese con su contacto en la ONU y averigüe qué órganos le faltan en este momento al banco. Luego será necesario producir otra situación de urgencia: busque en algún hospital a alguien que necesite un trasplante de ese órgano y haga que la persona pida que la atienda Lurton. Me doy cuenta que esto va a costar un montón de dinero, pero estoy dispuesta a hacerme cargo de los gastos. ¿Entiende?

—Entiendo —dijo Tito.

«En otras palabras, tenderle una trampa a Lurton Sands —pensó—. Aprovechar su determinación de salvar la vida a un moribundo..., hacer de su humanitarismo el instrumento de su destrucción. ¡Vaya manera de ganarme la vida! El pan nuestro de cada día... No; no es algo tan puro, si se trata de un asunto como éste.»

—Sé que podrá conseguirlo —dijo Myra, con vehemencia—. Usted es de los buenos; tiene experiencia, ¿no es así?

—Sí, señora Sands —repuso Tito—. Tengo experiencia. Sí, posiblemente pueda atrapar a este hombre. Hacerle tragar el anzuelo. No debería costarme mucho.

—Asegúrese de que su «paciente» le ofrezca una fuerte suma —subrayó Myra, con voz amarga y tensa—. Lurton caerá, si ve que será bien retribuido. Eso es lo que le interesa, a pesar de lo que usted o el maldito público pueda creer. He vivido muchos años con él y conozco sus pensamientos más íntimos.

Antes de continuar sonrió brevemente.

—Me parece vergonzoso que yo deba decirle cómo realizar su tarea —dijo—, pero es obvio que debo hacerlo.

—Aprecio su ayuda —dijo Tito, con cierta torpeza.

—No, no es verdad. Usted cree que estoy haciendo algo malintencionado, por puro despecho.

—Yo no creo nada —arguyó Tito—. Yo sólo tengo hambre. Tal vez usted no cene antes de las ocho y media o nueve, pero yo tengo espasmos pilóricos y debo comer a las siete. Con su permiso. Voy a cerrar.

Se puso de pie empujando hacia atrás el sillón del escritorio. No repitió su invitación de llevarla a cenar.

Buscando con la mirada su abrigo y su cartera, Myra Sands preguntó:

—¿Ha localizado a Cally Vale? ¿Dónde, en caso que así sea?

—No he tenido suerte —dijo Tito, sintiéndose incómodo.

Myra lo miró fijamente.

—Pero, ¿por qué no puede localizarla? —insistió—. Tiene que estar en alguna parte.

No parecía estar muy convencida de su afirmación.

—Los funcionarios del tribunal tampoco pueden hallarla —señaló Tito—. Pero estoy seguro de que aparecerá para el juicio.

Él también se preguntaba por qué su personal no había podido encontrar a la amante de Lurton Sands; después de todo, una persona no podía esconderse más que en un determinado número de lugares, y los instrumentos para detección y seguimiento de pistas, en especial durante las dos últimas décadas, habían alcanzado un nivel de eficiencia casi sobrenatural.

Myra exclamó:

—Comienzo a creer que usted no es tan bueno. Me pregunto si no debería confiar este asunto a alguien más eficiente.

—Usted decide —afirmó Tito.

Su estómago le dolía. Los espasmos pilóricos le atormentaban. Se preguntaba si aquella noche tendría alguna oportunidad de comer.

—Debe encontrar a la señorita Vale —reiteró Myra—. Ella conoce todos los pormenores de su actividad; es más, anda paseando por ahí la sangre de un corazón que él le ha entregado.

—De acuerdo, señora Sands —declaró Tito.
Internamente, su dolor aumentaba.

4

El joven negro, de cabellos muy oscuros, dijo con timidez:

—Señora Sands, hemos venido a verla porque hemos leído sobre usted en el periódico. Decía que usted era muy capaz y también que atendía a la gente que no poseía mucho dinero. Nosotros no tenemos dinero ahora, pero quizá podamos pagarle más adelante.

Bruscamente, Myra Sands exclamó:

—No se preocupen por eso ahora.

Mirando de arriba abajo al muchacho y a la chica, agregó:

—Veamos... Vuestros nombres son Art y Rachel Chaffy, ¿no? Siéntense los dos y conversemos.

Les sonrió con su cálida y profesional sonrisa de bienvenida, reservada sólo a los clientes; jamás a otra persona, ni siquiera a su esposo; o mejor dicho, como pensaba ahora de Lurton, su ex esposo.

La muchacha, Rachel, dijo con voz suave:

—Tratamos que nos convirtieran en *bibs*, pero nos dijeron que primero debíamos consultar a un consejero. Estoy..., bueno, verá usted, de un modo u otro yo... tenía que acabar embarazada. Lo siento.

Bajó la cabeza temerosamente, avergonzada, al tiempo que sus mejillas se tornaban de color escarlata.

—Está muy mal que no le dejen a uno matarse, como hace unos años.

Porque eso sería la solución —murmuró.

—Esa ley no era buena —afirmó Myra—. Por imperfecto que sea el sueño prolongado, sin duda es preferible al antiguo camino de la autodestrucción adoptada sobre la base individual. ¿Cuánto hace que estás encinta, querida?

—Un mes y medio, más o menos —respondió Rachel Chaffy, levantando apenas la cabeza.

Pudo hacer frente a la mirada de Myra; unos instantes al menos.

—Pues el proceso terapéutico no presenta dificultades —comentó Myra—. Es cosa de todos los días. Podemos quedar para hoy al mediodía y haber terminado esta tarde a las seis. En cualquiera de las muchas clínicas especializadas, gratuitas, que posee el Gobierno en la zona. Aguarden un momento.

Su secretaria había abierto la puerta del consultorio y le hacía señas.

—¿Qué quieres, Tina?

—Hay una llamada urgente para usted, señora Sands.

Myra encendió el videófono de su escritorio. En la pantalla se formaron los rasgos de Tito Cravelli, que resoplaba agitadamente.

—Señora Sands —dijo—. Discúlpeme por llamarla a su oficina tan temprano. Pero es que casi todos los aparatos de seguimiento que hemos venido utilizando han cumplido su horario de trabajo y están de vuelta en casa. Pensé que le interesaría saber que Cally Vale no está en ningún lugar de la Tierra. Está del todo comprobado; es definitivo.

Hizo una pausa, esperando que Myra hablara.

—Entonces, ha emigrado —opinó ésta, tratando de figurarse la frágil y delicada señorita Vale en la tosca geografía de Marte o Ganímedes.

—No —aseveró Tito, agitando la cabeza con énfasis—. Hemos investigado eso, por supuesto. Cally Vale no ha emigrado. Parece ilógico, pero así es. No queda duda en que progresamos; estamos enfrentados a una situación imposible.

No parecía muy feliz por ello. Su rostro se había ensombrecido.

—No está en la Tierra y no ha emigrado —recapituló Myra.

Era obvio. ¿Cómo no lo había pensado antes, apenas Cally Vale se perdió

de vista?

—Ha ingresado en un almacén del Estado. Cally es una *bib* —afirmó. Era la única posibilidad que quedaba.

—Estamos buscando allí —anunció Tito, con muy poco entusiasmo—. Admito que es posible, pero no estoy muy convencido. Personalmente creo que deben haber pensado algo nuevo, algo más original; apostaría todo lo que tengo a que es así.

El tono de su voz sé había vuelto insistente:

—Pero de todos modos revisaremos los noventa y cuatro almacenes del Ministerio de Bienestar Social Especial. Eso por lo menos llevará dos días —aclaró. Y al ver a la pareja que esperaba en silencio, se interrumpió—: Mientras tanto... Quizá sea mejor que lo discuta con usted más tarde; no corre prisa.

«Tal vez lo que sugieren los periódicos haya ocurrido —pensó Myra—. Tal vez sea cierto que Lurton la ha matado. De ese modo, Frank Fenner no podrá citarla a declarar.»

—¿Usted cree que Cally Vale está muerta? —preguntó Myra, bruscamente.

Ignoraba por completo a los Chaffy; aunque estaban sentados frente a ella, no contaban en aquel momento: aquello era mucho más importante.

—No estoy en posición de... —comenzó a decir Tito.

Myra cortó la comunicación y la imagen de Tito se desvaneció.

—No estoy en posición de opinar —terminó de decir por él—. Pero, ¿quién lo está entonces? ¿Lurton? «Tal vez ni él sepa dónde está Cally. Ella puede haberle abandonado. Puede haberse ido al satélite *Salón de los placeres* y haberse unido a ese ejército de chicas usando un nombre falso —pensó, imaginando a la amante de su marido convertida en una de esas criaturas asexuadas, mecánicas y automáticas de Thisbe Olt—. ¿Cuál será Cally? ¿Una, dos, tres o cuatro? Sólo que la elección no depende de uno. Depende de ellos. Siempre. Es allí donde debieras estar, Cally —decía Myra, interiormente, riendo—. Por el resto de tu vida. Por los próximos doscientos años.»

Luego se dirigió a la pareja:

—Disculpad la interrupción —encareció—. Y continuad, por favor.

—Bueno —dijo Rachel Chaffy, turbada—, Art y yo sentimos que... hemos... pensado... no queremos provocarlo. No sé por qué, señora Sands. Sé que deberíamos hacerlo. Pero no podemos.

Hubo un silencio.

—No sé para qué habéis venido a verme —exclamó Myra—. Si ya habéis tomado la decisión. Es obvio que estéis un poco asustados... Al fin y al cabo, sois muy jóvenes. Pero yo no voy a persuadiros. Una decisión de este tipo debe ser vuestra.

En una voz muy baja, Art puntualizó:

—No estamos asustados, señora Sands. No es eso. Queremos..., bueno, querríamos tener el niño. Eso es todo.

Myra Sands no supo qué decir. Nunca, en sus años de profesión, se había enfrentado a algo así. Estaba desconcertada.

Veía que éste iba a ser un mal día. Este caso y la llamada de Tito eran demasiado para ella. Y tan temprano. Aún no eran las nueve de la mañana.

En el sótano de Transcursores Instantáneos Pethel, Ventas y Reparaciones, Rick Erickson se preparaba, por el segundo día consecutivo, a entrar en el transcursor averiado del doctor Lurton Sands, Jr. Aún no había encontrado lo que buscaba.

Sin embargo, no tenía intención de darse por vencido. Intuía que estaba cerca. Que no tardaría en encontrarlo.

Detrás de él, una voz dijo:

—¿Qué está haciendo, Rick?

Sobresaltado, Erickson miró en derredor. En la puerta del taller de reparaciones estaba parado su empleador, Darius Pethel, con todo su peso enfundado en el arrugado traje de lana marrón, de anticuado estilo veterano, que acostumbraba usar.

—Escuche —indicó Erickson—. Éste es el transcursor del doctor Sands. Puede tomárselo como algo ridículo, pero yo creo que tiene escondida a su amante en él.

—¿Qué? —rió Pethel.

—Hablo en serio. No creo que esté muerta, y lo digo después de haber hablado con Sands lo suficiente como para saber que él podría matarla si lo creyera necesario; es esa clase de hombre. Además, nadie ha podido encontrarla; ni siquiera la mujer de Sands. ¡Naturalmente! No la pueden encontrar, porque Lurton ha dejado aquí su aparato, fuera de la vista. Él sabe que está aquí, pero los demás no. Y no quiere que se lo entreguemos, pese a lo que diga: quiere dejarlo aquí, aquí mismo, en este sótano.

Mirándolo fijamente, Pethel exclamó:

—¡Pedazo de alcorcho! ¿Es esto lo que ha estado haciendo durante su tiempo de trabajo? ¿Fantaseando historias de detectives?

—¡Esto es importante! —replicó Erickson—. ¡Aunque no le rinda ningún beneficio! Y hasta puede que gane algo; si tengo suerte y la encuentro, tal vez usted pueda cambiársela por dinero a la esposa de Sands.

Después de una pausa, Pethel se encogió de hombros filosóficamente.

—De acuerdo —manifestó—. Si es así, búsquela. Si llega a encontrarla...

Detrás de él apareció el vendedor de la firma, Stuart Hadley.

—¿Qué es lo que pasa, Dar? —preguntó jovialmente, tan alegre e interesado como siempre.

—Rick está buscando a la amante del doctor Sands —informó Pethel, señalando con el pulgar hacia el artefacto.

—¿Es guapa? ¿Tiene buena figura? —interrogó Hadley.

Parecía hambriento.

—Debes haber visto sus fotos en los periódicos —dijo Pethel—. Es muy hermosa. ¿O crees que si no fuera algo excepcional el doctor hubiera arriesgado su matrimonio? Ven, Hadley, te necesito arriba. No podemos quedarnos los tres aquí abajo... ¡A ver si alguien nos roba la caja registradora!

Comenzó a subir las escaleras.

—¿Y está aquí dentro? —preguntó extrañado Hadley, mientras se inclinaba para espiar el interior del transcursor—. No la veo, Dar.

—Ni yo tampoco —farfulló Darius Pethel—. Y tampoco Rick, pero sigue buscando..., ¡y en horas de trabajo! ¡Maldita sea! Escuche, Rick: si la

encuentra ella es *mi* amante, porque usted está trabajando para mí.

Los tres se rieron de lo que había dicho.

—De acuerdo —aceptó Rick, que estaba apoyado sobre sus rodillas y su mano libre, mientras con un destornillador en la otra raspaba la superficie del tubo del transcursor—. Pueden reírse y yo convengo en que es gracioso. Pero no me detendré. Naturalmente, la grieta no es visible; si lo fuera, el doctor Sands no se hubiera atrevido a dejar esto aquí. Tal vez piense que soy un bruto, pero no tanto: la ha disimulado y muy bien.

—Grieta —repitió Pethel, frunciendo el ceño y bajando de nuevo los escalones que le separaban del sótano—. ¿Quiere decir como la que años atrás encontró Henry Ellis? ¿Esa ruptura en la pared del tubo que conducía a la antigua Israel?

—Eso es —contestó brevemente Rick, sin dejar de raspar.

Su ojo experto, altamente entrenado, había descubierto de súbito una ligera irregularidad, una pequeña deformación. Inclinandose hacia delante, llevó su mano hasta allí.

Sus dedos pasaron a través de la pared del tubo y desaparecieron.

—¡Demonios! —dijo.

Intentó mover sus dedos invisibles, sin sentir nada al principio; luego tocó el borde superior de la grieta.

—La he encontrado —exclamó—. ¡Darius!

Miró a su alrededor, pero Pethel se había ido.

—¡Darius! —volvió a gritar, sin recibir respuesta; entonces se volvió hacia Hadley, diciendo—: ¡Maldito sea!

—¿Qué cosa ha encontrado? —preguntó Hadley, entrando con cautela en el tubo—. ¿A Cally Vale?

Rick Erickson introdujo la cabeza en la grieta.

Extendió los brazos en busca de algo a que aferrarse; cayó pesadamente al suelo y maldijo. Al abrir sus ojos vio, hacia arriba, un cielo azul pálido con unas pocas nubes tenues. Y a su alrededor, un prado. Había abejas, o algo más o menos parecido a las abejas, zumbando en torno a unas flores blancas del tamaño de un platillo y de tallos muy largos. El aire olía dulcemente, como si las flores hubieran impregnado la atmósfera con su aroma.

«Estoy aquí —se dijo—. He conseguido llegar. Es aquí donde Sands ha escondido a su amante, para evitar que testifique a favor de su esposa en el juicio o la audiencia o como quiera que se llame. —Se incorporó con cautela. Detrás de él descubrió un débil resplandor: el nexa con el tubo del transcursor que le conectaba al sótano del establecimiento en Kansas City—. No quiero perder la conexión —pensó precavidamente—. Si me pierdo, tal vez no sea capaz de regresar y eso puede ser malo.»

«¿Dónde me encuentro? —se preguntó—. Debo averiguarlo..., ahora. La gravedad es igual que en la Tierra. Debe ser la Tierra entonces —decidió—. ¿Mucho tiempo atrás? ¿Mucho tiempo en el futuro? Descubre qué es esto; ¡al diablo con la amante del tipo! ¡Al diablo con él y sus problemas personales! Eso no cuenta.»

Miró desesperadamente a su alrededor buscando algún otro signo de vida; algún animal o ser humano, algo que le dijera qué época era, si pasada o futura.

«Del Período Trilobites, tal vez. No, no puede ser del Trilobites: fíjate en esas abejas. Ésta es la grieta que Investigaciones Terran ha tratado de descubrir desde hace treinta años —se dijo—. Pero el cretino que la encontró la utilizaba para sus viles propósitos; para el solo fin de esconder a su amante. ¡Vaya un mundo!»

Erickson echó a andar lentamente, paso a paso.

Lejos de allí se movía una figura.

Protegiendo sus ojos del resplandor del cielo, trató de descubrir qué era. ¿Un hombre primitivo? ¿El Cro-Magnon o algo parecido? ¿Un majestuoso habitante del futuro, tal vez? Sus ojos bizquearon: era una mujer; lo supo por los cabellos. Llevaba unos pantalones anchos y corría hacia él.

«Cally —pensó—. La amante del doctor Sands viene hacia mí. Pensará que soy Sands.»

Presas del pánico, se detuvo.

«¿Qué hago? —se preguntó—. Es mejor regresar y pensarlo bien.»

Comenzó a volverse en la dirección en que había venido.

Con el raballo del ojo vio que los brazos de la muchacha se levantaban peligrosamente.

«¡No! —pensó—. ¡No lo haga!»

Trató de alcanzar el pequeño y confuso aro del transcursor que conectaba los dos mundos, pero tropezó.

Sobre su cabeza pasó el brillo rojizo de un rayo láser dirigido a él.

«No me has dado —pensó, aterrorizado—. Pero...»

Arañó el aire buscando la entrada, la encontró y comenzó a introducirse en ella.

«Pero la próxima vez... —temió—. ¡La próxima vez!...»

—¡No dispare! —gritó sin mirarla.

Su voz resonó en el prado de flores donde zumbaban las abejas.

El segundo rayo láser le alcanzó en la espalda. Extendió la mano y la vio pasar a través del aro, desapareciendo por el otro lado. Se había salvado, pero él no. Ella le había matado; era demasiado tarde ahora, demasiado tarde para escapar.

«¿Por qué no habrá aguardado? —se preguntó—. ¿Por qué no habrá esperado a ver quién era yo? Debía estar asustada.»

De nuevo el golpe seco del rayo láser. Esta vez le alcanzó en la nuca y eso fue todo. No habría retorno para él, no podría regresar a la seguridad del tubo.

Rick Erickson estaba muerto.

Situado en el otro extremo del transcursor del doctor Sands, Stuart Hadley esperó nerviosamente hasta que vio aparecer los dedos de Rick Erickson a través de la pared cercana al piso; los dedos se crispaban como por algún dolor. Hadley se agachó y tomó a Rick por la muñeca.

«Trata de regresar», supuso y tiró del brazo con toda su fuerza.

Lo que consiguió arrastrar dentro del tubo fue un cadáver.

Se incorporó aterrado; vio los nítidos orificios y comprendió que Erickson había sido asesinado con un rifle láser, probablemente a distancia. Trastabillando a lo largo del tubo, alcanzó el mando del transcursor e interrumpió el paso de energía. La débil luz del aro de entrada se desvaneció en seguida y entonces supo —o así lo esperó— que ahora, quienquiera que

hubieran matado a Rick Erickson, no podrían venir tras él.

—¡Pethel! —gritó—. ¡Venga aquí abajo!

Corrió hasta el intercomunicador que había en la mesa de trabajo de Rick.

—Señor Pethel —dijo—. Venga al sótano en seguida. Erickson está muerto.

Instantes después, Darius Pethel, junto a él, examinaba el cadáver del técnico.

—Debe haber encontrado lo que buscaba —murmuró Pethel, pálido y tembloroso—. Pero ha pagado cara su curiosidad; muy cara.

—Tendríamos que llamar a la policía —observó Hadley.

—Sí —admitió Pethel, anonadado—. Por supuesto. Veo que ha cortado la energía. Bien hecho. Será mejor que le dejemos solo. Pobre diablo; verdaderamente, pobre diablo; mire lo que ha ganado por haber imaginado todo. Fíjese, tiene algo en la mano.

Se inclinó y abrió los dedos de Erickson. La mano encerraba un puñado de hierba.

—No hay trasplante que le salve —comentó Pethel—. Porque el rayo le dio en la cabeza. Alcanzó el cerebro. De todos modos, el mejor cirujano de trasplantes es Sands y él no haría nada por ayudarle. De eso puede estar seguro.

—Un lugar donde hay hierba... —murmuró Hadley—. ¿Dónde estará? En la Tierra, no. No ahora, al menos.

—Debe ser en el pasado —señaló Pethel—. O sea que es posible viajar muy atrás en el tiempo. ¿No es fantástico?

La aflicción transformó su rostro.

—Vaya comienzo: un buen individuo muerto... —añadió—. ¿Cuántos le seguirán? Imagínese la importancia que tendrá para este hombre su reputación hasta el punto de permitir una cosa así. O tal vez Sands no esté enterado; tal vez le haya dado el arma a la chica para que se defienda. Digo en el caso que los detectives de su mujer la encontraran. Por otra parte, no sabemos si lo ha hecho ella; puede haber sido alguna otra persona y no Cally Vale. ¿Qué sabemos nosotros? Todo lo que conocemos es que Erickson está muerto. Y que en su teoría algo fallaba básicamente.

—Usted podrá concederle a Sands el beneficio de la duda, si quiere —apuntó Hadley—. Pero yo no.

Luego se puso de pie, suspiró estremecido e insistió:

—Llamamos a la policía, ¿no? Llame usted; yo no podría hacerlo. Llame usted, Pethel.

Con poca firmeza, Pethel caminó hacia el videófono que había en la mesa de Erickson, extendiendo su mano torpemente, como si su sentido del tacto hubiera comenzado a desintegrarse. Tomó el receptor y se volvió hacia Hadley, diciéndole:

—Espere, es un error. ¿Sabe a quién deberíamos llamar? A los fabricantes. Debemos informar esto a Investigaciones Terran; es lo que están buscando. Ellos tienen prioridad.

Mirándole muy serio, Hadley protestó:

—Yo... no estoy de acuerdo.

—Esto es más importante de lo que usted o yo pensamos —dijo Darius Pethel, comenzando a marcar el número—. Más importante que Sands y Cally Vale o cualquiera de nosotros. Aun habiendo muerto uno de los nuestros. Ni siquiera eso cuenta. ¿Sabe en qué estoy pensando? En la posible emigración. Usted vio la hierba en la mano de Erickson. Sabe lo que significa. Significa que la muchacha que está al otro lado, o quienquiera que haya matado a Rick, puede irse al diablo. Significa que cualquiera o todos nosotros juntos, nuestros sentimientos y nuestras opiniones, pueden irse al diablo. Todas nuestras vidas, si es necesario.

Oscuramente, Stuart Hadley comprendió. O eso creyó. Entonces dijo a Pethel:

—Pero es probable que la chica mate al próximo que...

—Deje que se ocupe IT de eso —indicó Pethel, violentamente—. Es problema de ellos. Tienen policía particular y guardias armados que usan en las patrullas de vigilancia; que los envíen primero a ellos.

Su voz continuó áspera:

—¿Qué les supone perder un par de hombres? La vida de millones de personas está en juego ahora. ¿Se da cuenta, Hadley? ¿Comprende?

—Sí —respondió Hadley, asintiendo con la cabeza.

—Además —explicó Pethel, más calmado ahora—, el caso está legítimamente dentro de la jurisdicción de IT, porque ocurrió en uno de sus transcursores. Llámelo accidente; piense que ha sido eso. Entre un aro de entrada y otro de salida. Inevitable, tremendo. Como es natural, la compañía debe saberlo.

Volvió la espalda a Hadley, concentrándose en el videófono.

—Estoy tramando algo —informó Salisbury Heim a su candidato presidencial Jim Briskin— que no te va a gustar. He estado hablando con George Walt.

En el acto, Jim Briskin exclamó:

—No hay trato. No con ellos. Sé lo que quieren y me opongo, Sal.

—Si no negocias con George Walt —afirmó Heim—, tendré que renunciar a ser tu asesor. Después de ese discurso de recreación planetaria, simplemente no aguanto más. Las circunstancias se presentan muy mal para nosotros, tal como están; no podemos, además, permitir que George Walt se pongan en contra nuestra.

—Aún no te has enterado —señaló Jim Briskin, después de una pausa— de algo peor. Ha llegado un telegrama de Bruno Mini. Está encantado con mi discurso y viene hacia aquí, según sus palabras, para aunar esfuerzos.

Heim insinuó:

—Pero todavía estás a tiempo de...

—Mini ya ha hablado con los corresponsales de los periódicos. Es demasiado tarde para echarse atrás. Lo siento.

—Vas a perder.

—De acuerdo. Perderé entonces.

—Lo que me saca de quicio —expresó Heim, amargamente— es que, aun si ganas las elecciones, no podrás hacer todo lo que te propones; un hombre no puede alterar tanto las cosas. El satélite *Salón de los placeres* continuará existiendo; los *bibs* continuarán existiendo y también Nonovulid y los consejeros de abortos: podrás hacer alguna que otra modificación, pero no...

Dejó de hablar porque Dorothy Gill había entrado buscando a Jim.

—Hay una llamada para usted, señor Briskin —anunció la joven—. La persona dice que es urgente, pero que no va a quitarle mucho tiempo. También dice que usted no le conoce, así que no ha dado su nombre.

Y agregó:

—Es Col. Si eso le ayuda a identificarle.

—Pues no —dijo Jim—. Pero le atenderé de todos modos.

Se alegraba de poder interrumpir la conversación con Sal; a su rostro asomaba el alivio.

—Traiga el videófono aquí, Dotty.

—Sí, señor Briskin.

Desapareció y al instante estuvo de vuelta con el aparato.

Jim le dio las gracias. Luego presionó un botón y, al soltarlo, la pantalla del videófono se iluminó. En ella se formó el rostro moreno y agradable de un hombre de ojos penetrantes, bien vestido y evidentemente agitado.

«¿Quién es éste? —se preguntó Sal Heim—. Yo le conozco. He visto su fotografía en alguna parte.»

Luego identificó al hombre. Era el famoso investigador neoyorquino que trabajaba para Myra Sands; un hombre llamado Tito Cravelli, un individuo duro. ¿Para qué quería a Jim?

La imagen de Tito Cravelli comenzó a hablar:

—Señor Briskin, tengo mucho interés en almorzar con usted. En privado. Hay algo que quiero proponerle a solas; es de vital importancia para usted. Tan vital que nadie más debe estar presente.

«Puede ser un intento de asesinato —pensó Sal Heim—. Algún fanático, de ASEO enviado por Verne Engel y su pandilla de petimetres.»

—Es mejor que no vayas, Jim —recomendó en voz alta.

—Tal vez, pero de todos modos iré —declaró Jim, y mirando a la pantalla, preguntó—: ¿En dónde y a qué hora?

Tito Cravelli repuso:

—Hay un pequeño restaurante en el barrio bajo de Nueva York, en la manzana número quinientos de la Quinta Avenida; suelo comer siempre allí: la comida es hecha a mano. Se llama Scotty's Place. ¿Qué le parece? Digamos a las trece, hora de Nueva York.

—Aceptado —dijo Jim—. En Scotty's Place, a las trece. He estado otras veces allí. Atienden bien a los Cols.

—Todo el mundo atiende bien a los Cols, si yo estoy entre ellos —aseguró Tito, cortando la comunicación. La pantalla se oscureció.

—Esto no me gusta nada —manifestó Sal Heim.

—De todos modos, estamos en bancarrota —le recordó Jim, sonriendo lacónicamente—. ¿No lo decías hace un minuto? Creo que ha llegado el momento de intentarlo todo. De probar cualquier cosa. Incluso ésta.

—¿Qué le diré a George Walt? Están esperando. Quedamos en que yo organizaría una visita tuya al satélite dentro de las veinticuatro próximas horas; o sea, antes de las nueve de esta noche.

Antes de continuar, Sal Heim sacó su pañuelo y se enjugó la frente:

—A partir de entonces...

—A partir de entonces —prosiguió Jim por él—, emprenderán una campaña sistemática contra mí.

Sal asintió.

—Puedes comunicar a George Walt —dijo Briskin— que en el discurso que pronunciaré hoy desde Chicago voy a comenzar abogando por la clausura del satélite. Y si salgo elegido...

—Ya lo saben —mencionó Sal—. Hay un informante.

—Siempre hay un informante —puntualizó Jim, sin perturbarse en lo más mínimo.

Sal llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta y extrajo un sobre lacrado.

—Aquí tienes mi renuncia.

Hacía tiempo que la llevaba consigo.

Jim Briskin aceptó el sobre; lo guardó sin abrirlo.

—Confío en que escucharás el discurso de esta noche, Sal —expresó—. Va a ser muy importante.

Sonrió tristemente a su ex asesor de campaña; la pena que le causaba la ruptura de aquella relación se reflejaba en los profundos surcos de su rostro. La escisión había tardado en producirse; pero flotaba en la atmósfera desde sus primeras discusiones.

No obstante, Jim estaba dispuesto a continuar de todos modos. Y a hacer lo que debía ser hecho.

5

Mientras volaba en un taxi hacia Scotty's Place, Jim Briskin pensaba:

«Por lo menos ahora no tengo que tomarle el pelo a Lurton Sands; no tengo por qué seguir las indicaciones de Sal en ningún sentido, puesto que si ya no es mi asesor, no puede decirme lo que debo hacer.»

En cierto modo era un alivio. Pero a un nivel más profundo, Jim Briskin se sentía muy infeliz.

«Voy a tener problemas desenvolviéndome sin la ayuda de Sal — comprendía—. No quiero seguir adelante sin él.»

Pero ya estaba hecho. Sal, con su esposa Patricia, se había ido a su casa en Cleveland, a tomar un siempre postergado descanso. Y Jim Briskin, junto a su escritor de discursos, Phil Danville, y su secretaria de Prensa, Dorothy Gill, viajaba en dirección opuesta, hacia el centro de Nueva York, con sus pequeños comercios y restaurantes, sus viejos y decadentes edificios de apartamentos y todas sus anticuadas oficinas microscópicas, donde continuamente tenían lugar las transacciones más peculiares y ocultas. Era un mundo que intrigaba a Briskin, pero también un mundo que apenas conocía; había estado apartado de él la mayor parte de su vida.

Phil Danville, que estaba sentado a su lado, dijo:

—Puede ser que regrese, Jim. Tú sabes cómo se pone Sal cuando está saturado de problemas: explota y cae en pedazos. Pero después de haraganear una semana...

—Esta vez no será así —afirmó Jim—. La separación es irreversible.

—A propósito —comentó Dorothy—. Antes de irse, Sal me dijo quién es el hombre que va a encontrarse con usted. Sal le reconoció. ¿No se lo ha dicho? Es Tito Cravelli, el detective de Myra Sands.

—No lo sabía —repuso Jim.

Sal no le había dicho nada. El tiempo en que Sal Heim le brindaba los beneficios de su experiencia había concluido.

Se detuvo brevemente en la sede republicana-liberal de Nueva York para dejar a Phil Danville y Dorothy Gill, y luego siguió solo a encontrarse con Tito Cravelli.

Cuando llegó a Scotty's Place, Cravelli estaba esperándole, nervioso y algo fuera de sí, en una cabina al fondo del restaurante.

—Gracias, señor Briskin —dijo Tito Cravelli, mientras Jim se sentaba frente a él; apuró el resto de café que quedaba en su taza y explicó—: Seré breve; lo que pido a cambio de mi información es mucho. Quiero que me prometa formalmente que cuando le elijan presidente, porque gracias a esto le elegirán, me dará un puesto en su gabinete.

Luego quedó en silencio.

—Hombre —observó Jim, suavemente—. ¿No quiere nada más?

—Me lo he ganado —manifestó Cravelli—. Por haberle conseguido esta información. Tuve acceso a ella a través de alguien que trabaja para mí en...

Se interrumpió de súbito y especificó:

—Quiero el cargo de Secretario de Justicia. Creo que podré desempeñarlo bien... Creo que seré un buen Secretario de Justicia. Y si no, usted puede despedirme. Pero primero tendrá que darme la oportunidad de probar.

—Dígame cuál es su información. No puedo prometerle tal cosa sin saber de qué se trata.

Cravelli vaciló:

—Una vez que se la haya dicho... No, no es necesario; usted es honesto, Briskin. Todo el mundo lo sabe. Bien, hay un camino para que pueda desembarazarse del problema de los *bibs*. Puede ponerlos de nuevo en actividad, en plena actividad.

—¿Dónde?

—Aquí no —respondió Cravelli—. En la Tierra no. El hombre que trabaja para mí y que descubrió esto es un empleado de Investigaciones Terran. ¿Qué le sugiere eso?

Después de una pausa, Jim Briskin contestó:

—Que han conseguido abrir una brecha.

—Ellos, no. Ha sido una pequeña firma. Un revendedor de Kansas City, mientras reparaba un transcursor instantáneo. La abrieron ellos; o mejor dicho, la encontraron. La descubrieron. El transcursor está ahora en IT; los ingenieros de la fábrica están estudiándolo. Se lo llevaron al este sin perder tiempo apenas el revendedor les avisó. Sabían lo importante que era. Tan bien como usted o yo o mi hombre, el revendedor.

—¿Adónde conduce la grieta? ¿A qué período?

—A ningún período de tiempo. Evidentemente. La conversión parece haberse dado en términos espaciales, según se ha podido determinar. Un planeta con una masa casi igual a la de la Tierra, atmósfera similar, fauna y flora bien desarrolladas, pero no es la Tierra: han conseguido una fotografía del cielo y sobre ella han realizado una lectura estelar. Dentro de unas horas habrán trazado una carta celeste exacta y sabrán a qué sistema pertenece. Aparentemente está a una distancia enorme de aquí. Demasiado lejos para que nuestras naves espaciales intenten llegar allí, por lo menos durante unos cuantos años. Esta grieta, este paso directo, tendrá que ser utilizado cuanto menos durante dos décadas más.

La camarera llegó en busca de la petición de Jim.

—Un Perkin's Syn-Cof —pidió éste, distraído.

La camarera se fue.

—Cally Vale está allí —dijo Cravelli.

—¿Qué?!

—El doctor la llevó. Ésa es la causa por la que el revendedor se pusiera a habla conmigo; como usted sabrá, yo estaba contratado para encontrar a Cally y hacer que se presentara a declarar en el juicio. Es un lío; disparó con láser a un empleado del revendedor de Kansas City, su único y extraordinario técnico en transcursores. Había pasado al otro lado para explorar. Lástima por él. Pero en el marco de todas las cosas...

—Sí —concedió Jim Briskin. Cravelli tenía razón; era en realidad un precio mínimo. Estando en juego tantos millones de vidas y tantos otros millones potencialmente.

—Como era de esperar, IT ha declarado todo esto *ultrasecreto*. Ha extendido una amplia red de seguridad. Yo he sido muy afortunado al

enterarme. Si no hubiera tenido desde antes a ese hombre allí...

Terminó la frase con un gesto.

—Le daré el cargo que me pide —prometió Jim—. Secretario de Justicia. No me parece el más indicado, pero creo que es justo.

«Vale la pena —se dijo—. Cien veces. Para mí o para cualquier otro ser sobre la Tierra, *bibs* y no *bibs*, todos por igual.»

Desbordando alivio y regocijo, Tito Cravelli exclamó:

—¡Maravilloso! ¡No puedo creerlo! ¡Es estupendo!

Extendió su mano para estrechar la de Jim, pero éste no se dio cuenta. Su mente estaba demasiado ocupada como para pensar en felicitar a Tito Cravelli.

Pensó:

«Sal Heim se fue demasiado pronto. Debió haberse quedado.»

He ahí la intuición política de Sal Heim; en el momento crucial le había fallado.

Sentada en su oficina, la consejera Myra Sands, hojeaba una vez más el breve informe de Tito Cravelli. Pero ya, al otro lado de su ventana, la máquina de noticias de uno de los periódicos más importantes voceaba la primicia que Cally Vale había sido encontrada; la policía ya lo había hecho público.

«No creí que Tito lo lograra —se dijo Myra—. Veo que estaba equivocada. Se ha ganado el sueldo, por alto que sea.»

Y en seguida se regodeó, pensando:

«Será un gran juicio.»

Desde una oficina cercana, probablemente la firma de corretajes de la puerta contigua, se escuchó muy amplificado el sonido de una voz de hombre, que luego descendió a un volumen más razonable. Alguien había encendido el televisor y veía al candidato presidencial republicano-liberal pronunciando su último discurso.

«Tal vez yo también debiera escucharlo», pensó Myra, y se decidió a encender el televisor de su escritorio.

La pantalla se iluminó y en ella aparecieron los oscuros y acentuados rasgos de Jim Briskin. Myra hizo girar su silla en dirección al aparato, dejando de lado, por el momento, el informe de Tito. Al fin y al cabo, cualquier cosa que dijera James Briskin se había vuelto importante; fácilmente él podría ser el próximo presidente.

—... Una acción inicial de mi parte —decía Briskin—, y que muchos de ustedes podrán reprobar, pero que es muy cara a mis sentimientos, será iniciar una acción legal en contra del satélite llamado *Salón de los placeres*. He reflexionado mucho sobre este propósito; la mía no es una decisión apresurada. Por el contrario, mucho más vital que eso, creo que veremos al satélite *Salón de los placeres* convertirse en algo totalmente inocuo. Eso será lo mejor. El rol de la sexualidad en nuestra sociedad podrá retornar a su cauce biológico: como medio hacia la procreación antes que como un fin en sí mismo.

«¿De veras? —pensó Myra, jocosamente—. ¿Y cómo?»

—Voy a daros parte de una noticia, de la que ninguno de vosotros ha oído hablar —continuó Briskin—. Provocará en vuestras vidas un cambio fundamental tan grande, de hecho, que es imposible que alguien pueda prever su alcance en este momento. Finalmente, se abre para nosotros una nueva posibilidad de emigración. En Investigaciones Terran, la...

En el escritorio de Myra, el videófono comenzó a llamar. Myra, maldiciendo por la interrupción, bajó el volumen del televisor y tomó el receptor.

—Habla la señora Sands —dijo—. ¿Podría volver a llamar dentro de unos minutos, por favor? Gracias. Estoy terriblemente ocupada ahora.

Era Art Chaffy, el joven moreno.

—Queríamos saber qué ha decidido usted —farfulló en tono de disculpa, pero sin cortar la comunicación—. Es muy importante para nosotros, señora Sands.

—Sé que lo es, Art —arguyó Myra—. Pero si pudieras aguardar algunos minutos, tal vez media hora...

Se esforzaba por escuchar lo que James Briskin decía en el televisor. Apenas podía desentrañar el murmullo de palabras. ¿Cuál era la noticia?

¿Adónde iban a emigrar? ¿A una zona virgen?

«Bueno, no podía ser de otro modo —reflexionaba Myra—. Pero, ¿dónde es? ¿Va a extraer este mundo virgen de la manga, como por arte de magia, Briskin? Porque si es así, querría ver cómo lo hace; valdría la pena el espectáculo.»

—De acuerdo —respondió Art Chaffy—. Llamaré más tarde, señora Sands. Y discúlpeme por haberla molestado.

Colgó.

—Deberíais estar escuchando el discurso de Briskin —observó Myra, a media voz, mientras hacía girar su silla hacia el televisor, e inclinándose, movía el control del volumen—. Vosotros más que nadie.

La voz de Briskin tenía ahora un nivel claramente audible:

—... Y según los informes que dispongo —decía lenta y gravemente—, tiene una atmósfera casi idéntica a la de la Tierra, a la vez que su masa es similar.

«¡Dios mío! —se dijo Myra, afligida—. En ese caso me quedaré sin trabajo. Nadie volverá a precisar a los agentes de mi especialidad. Pero francamente me alegro igual. Es una tarea que querría ver cumplida. De una vez por todas.»

Con las manos tensas, escuchó el resto del trascendental discurso de James Briskin desde Chicago.

«¡Caramba! —exclamó para sí—. Este descubrimiento es un trozo de historia viva. Si es cierto. Si no es sólo un truco propagandístico.»

En algún lugar dentro de ella, sabía que era verdad. Porque Jim Briskin no era la clase de persona que podía inventar algo así.

En la sucursal de Oakland, California, del Ministerio de Bienestar Social Especial, Herbert Lackmore también escuchaba el discurso del candidato presidencial Jim Briskin desde Chicago, transmitido a todos los canales de televisión desde el satélite RL.

«Esta vez le elegirán —comprendió Lackmore—. Tal como temía, tendremos por fin un presidente Col. Y si lo que dice es cierto, esto de la

emigración a un mundo virgen con fauna y flora similares a las de la Tierra, significa que despertarán a todos los *bibs*. De hecho —caía en la cuenta con un dejo de temor—, quiere decir que no habrá más *bibs*. Ni uno más.»

También significaba que el trabajo de Herb Lackmore llegaría a su fin. Y en seguida.

«Por culpa suya —dijo Lackmore para sí— me quedaré sin trabajo; igual que todos los Cols que llegan aquí día y noche. Seré como uno de esos adolescentes mexicanos o portorriqueños que no tienen ni perspectivas ni ilusiones. Todo lo que he logrado en años y años de trabajo, desbaratado por esto. Completamente.»

Los dedos temblorosos de Herb Lackmore buscaron en las páginas de la guía telefónica local.

Era el momento de hablar —y unirse— a la organización de Verne Engel, autodenominada ASEO. Porque ASEO no se quedaría con los brazos cruzados ante una eventualidad de tal naturaleza; no si pensaban como él.

Era el momento para que ASEO interviniera. Y no necesariamente de un modo pacífico; era demasiado tarde para usar medios no violentos. Ahora se imponía algo más. Mucho más. La situación había dado un vuelco terrible y se hacía necesario rectificarla por medio de una acción rápida y directa.

«Y si ellos no quieren —pensó Lackmore—, lo haré yo. No tengo miedo; sé cómo hacerlo.»

El rostro de Jim Briskin aparecía decidido cuando dijo desde la pantalla de televisión:

—... Proporcionaré una solución natural a las presiones que ejerce la sociedad sobre cada uno de nosotros. Podremos elegir con libertad, al menos, si...

—¿Sabes lo que esto significa? —preguntó George a su hermano Walt.

—Sí, lo sé —respondió Walt—. Que ese imbécil de Sal Heim no consiguió absolutamente nada de lo que habíamos acordado. Tú sigue mirando a Briskin; yo hablaré con Verne Engel y concertaré ciertos arreglos con él. Es un sujeto en quien podemos confiar.

—De acuerdo —aceptó George, asintiendo con la cabeza compartida.

Mantuvo su ojo fijo en el televisor, mientras su hermano marcaba el número en el videófono.

—Todo ese cotorreo inútil con Sal Heim —refunfuñó Walt, callándose cuando su hermano le codeó, señalándole que quería escuchar a Briskin—. Disculpa...

Volvió su ojo a la pantalla del videófono.

En la puerta de la oficina apareció Thisbe Olt, con una túnica de piel de cervatillo que alternaba con franjas de magnífica transparencia.

—Ha regresado el señor Heim —informó a los hermanos—. Para veros. Parece abatido.

—No tenemos nada que hablar con él —señaló con ira George.

—Dígale que se vaya a la Tierra —agregó Walt—. Y a partir de este momento, el satélite estará cerrado para él; no podrá visitar a ninguna de nuestras chicas, no importa lo que ofrezca. Hay que dejarle morir como un miserable, consumido por la frustración. No se merece otra cosa.

George le recordó ácidamente:

—Heim no necesitará venir a nosotros, si Briskin está diciendo la verdad.

—Claro que está diciendo la verdad —afirmó Walt—. Es demasiado tonto para mentir; no sabe hacerlo.

Su llamada se había conectado a un circuito privado. En la pantalla del videófono apareció la imagen de uno de los sirvientes personales de Verne Engel, vestido con el brillante uniforme plateado y verde de ASEO.

—Póngame directamente con Verne —ordenó Walt, usando la boca común justo cuando George iba a añadir más advertencias a Thisbe—. Dígale que le habla Walt, desde el satélite.

—¡Largo de aquí! —gritó George a Thisbe, cuándo Walt terminó de hablar—. Estamos ocupados.

Thisbe clavó su mirada en él y luego cerró la puerta tras de sí.

El rostro enjuto y vacilante de Verne Engel cobró vida en la pantalla.

—Veo que por lo menos la mitad de vosotros está siguiendo ese populachero sermón de Briskin —apuntó Engel—. ¿Cómo habéis decidido quién de vosotros me llamaba y quién escuchaba a ese Col?

Sus falsos rasgos se contrajeron en una mueca despectiva.

—Oiga, ya está bien de bromas —protestaron simultáneamente George Walt.

—Disculpadme. No quise ofenderos —adujo Engel, sin cambiar su expresión—. Bueno, ¿en qué puedo servirlos? Sed breves, por favor; yo también quiero escuchar esa perorata.

—Usted va a precisar ayuda —dijo Walt a Engel—. Si es que piensa detener a Briskin *ahora*. Este discurso lo va a encumbrar y no creo que las transmisiones que habíamos planeado para combatirle sean suficientes. El discurso es condenadamente inteligente. ¿No crees, George?

—No queda duda —repuso George, con el ojo fijo en el televisor—. Y mejora a cada instante. Apenas si está empezando; es muy persuasivo el maldito. Pega duro.

Con su ojo fijo en la pantalla del videófono, Walt continuó:

—Ha oído cómo nos ha atacado Briskin; debe haber escuchado esa parte... Es seguro que todo el país la ha oído. La recreación planetaria no era suficiente; también tenía que emprenderla con nosotros. Planes muy ambiciosos para un Col, pero es evidente que tanto él como sus asesores creen que puede cumplirlos. Veremos. El momento es crucial. ¿Qué piensa hacer usted, Engel?

—Tengo mis planes —aseguró Engel—. Tengo mis planes.

—¿Aún piensa en la no violencia?

No hubo respuesta verbal, pero el rostro de Engel se contrajo sospechosamente.

—Venga al *Salón* —propuso Walt—, y aquí hablaremos. Creo que mi hermano y yo podremos hacer una donación a ASEO, del orden de los diez u once millones, digamos. ¿Será suficiente? Con ese dinero debería poder comprar lo que necesita.

Pálido por la conmoción, Engel tartamudeó:

—Seguro, George o Walt, quienquiera que sea.

—Entonces, suba lo antes posible —indicó Walt, y colgó, diciendo a su hermano—: Creo que él lo hará por nosotros.

—Un tarado así no puede hacer nada bien —objetó George, con

amargura.

—¿Qué diablos quieres que hagamos, entonces? —inquirió Walt.

—Haremos lo que se pueda. Ayudaremos a Engel, le incitaremos, le obligaremos, si hace falta. Pero no podemos cifrar nuestras esperanzas en él. No por completo, por lo menos. Debemos hacer algo por nuestra cuenta para asegurarnos. Es imprescindible asegurarnos; esto es muy serio. Ese Col está en verdad decidido a clausurarnos el negocio.

Ambos ojos se volvieron hacia la pantalla del televisor, y ambos, George Walt, se sentaron en su especialmente ancho diván para escuchar el discurso.

En el lujoso apartamento que poseía en Reno, el doctor Lurton Sands escuchaba, absorto ante su televisor, el discurso que el candidato Col, James Briskin, dirigía desde Chicago. Sabía muy bien lo que significaba para él. Sólo había un lugar al que Briskin pudiera referirse como «un mundo lozano y virgen». Obviamente, Cally había sido hallada.

Lurton Sands fue hasta su escritorio, tomó una pistola láser y la deslizó en el bolsillo de su chaqueta.

«Me sorprende que pudiera hacerlo —pensó—. Beneficiarse a costa de perjudicarme: evidentemente le he subestimado. Ahora, todas las vidas que yo podría haber salvado se perderán. Por causa de esto. Briskin es el responsable..., me ha quitado de las manos el poder de curar, ha debilitado las fuerzas que trabajan por el bien del hombre.»

Sands llamó por videófono a una compañía local de taxis a reacción:

—Quiero un taxi para ir a Chicago —pidió—. Lo más rápido posible.

Dio su dirección y salió apresurado hacia el ascensor.

«Myra, sus detectives y los periódicos tienen otro cómplice para asediarnos a Cally y a mí. Ahora se les ha unido Briskin. ¿Cómo ha podido ponerse de su lado? ¿No he demostrado claramente lo que soy capaz de hacer al servicio de las necesidades del hombre? Briskin tiene que estar al corriente; esto no puede ser simple ignorancia por su parte.»

Sands, frenético ya, se preguntó:

«¿Será posible que Briskin quiera que los enfermos mueran? Toda esa

gente que aguarda que yo acuda a ellos, que necesita de mi ayuda..., ayuda que después de mi muerte nadie más podrá brindarles.»

Palpando la pistola láser que llevaba en el bolsillo, dijo en voz alta, sombrío:

—¡Qué fácilmente te equivocas respecto a otras personas!

«Pueden engañarte con tanta facilidad —pensó—. O desorientarte deliberadamente. ¡Deliberadamente, sí!»

El taxi a reacción llegó a toda velocidad, se detuvo junto al bordillo y sus puertas se deslizaron hacia atrás.

Cuando terminó su discurso, Jim Briskin se acomodó en la butaca y supo que esta vez, por fin, había hecho un excelente trabajo. Había sido el mejor discurso de su carrera política, y en algunos aspectos, el único en verdad decente.

«Y ahora, ¿qué? —se preguntó—. Sal se ha ido, y junto con él, Patricia. He agraviado a los poderosos e inmensamente ricos hermanos George Walt, por no mencionar a Thisbe. Y los de Investigaciones Terran, que tampoco son poca cosa, se pondrán furiosos por haber divulgado lo de la brecha. Pero nada de esto importa. Tampoco el hecho de verme obligado a nombrar a un conocido detective como Secretario de Justicia; ni siquiera eso cuenta. Mi deber era pronunciar este discurso, apenas Tito me trajo la información. Y es exactamente lo que he hecho. Al pie de la letra. Pase lo que pase.»

Llegando hasta él, Phil Danville le dio unas palmadas calurosas en la espalda.

—Fue un magnífico alboroto, Jim —le felicitó—. Te has lucido.

—Gracias, Phil —murmuró Jim.

Estaba cansado. Saludó con un gesto a los camarógrafos, y junto a Danville, marchó a reunirse con la camarilla del partido, que aguardaba al fondo del estudio.

—Necesito un trago —les dijo, mientras varios de ellos extendían sus manos, deseosos de estrechar la suya—. Después de lo que he dicho...

«Me pregunto qué hará la oposición —se dijo—. ¿Qué dirá Bill Schwarz?»

Nada, ¿qué puede decir? He descornado el velo de la cuestión y no voy a echarme atrás. Ahora que todos saben que hay un lugar al que podemos emigrar, el traslado se pondrá en marcha. Por multitudes. Gracias a Dios, los almacenes quedarán vacíos. Como debieron estarlo desde hace años.

«Ojalá hubiera sabido esto antes de promocionar las técnicas de recreación planetaria de Bruno Mini. Podía haberle evitado..., lo mismo que la ruptura con Sal. Pero de todos modos —se tranquilizó—, saldré elegido.»

Dorothy Gill le dijo suavemente:

—Jim, creo que ha triunfado.

—Claro que sí —aseguró Phil Danville, sonriendo satisfecho—. ¿Qué tal, Dotty? Ya no estamos como hace un rato, ¿eh? ¿Cómo consiguió esa información sobre IT, Jim? Debe haberle costado...

—Ya lo creo —repuso Jim, brevemente—. Me ha costado mucho. Pero recuperaré el costo con creces.

—Y ahora, tomemos un trago —señaló Phil—. Hay un bar en la esquina; lo he visto cuando venía hacia aquí. Vamos.

Se dirigió hacia la puerta y Jim Briskin le siguió con las manos en los bolsillos.

Descubrió que la acera estaba atestada de gente. Una multitud que le saludaba y vitoreaba; devolvió el saludo, al tiempo que observaba que entre los entusiastas había tantos blancos como Cols.

«Buen síntoma», pensó, mientras el grupo se movía con lentitud hacia el bar que Phil Danville había elegido, a través del camino abierto por la policía de Chicago por entre la densa turba.

Una muchacha pelirroja, muy pequeña, que llevaba un deslumbrante traje holgado propio de las chicas del *Salón de los placeres*, llegó con premura hasta Jim, forcejeando y escurriéndose entre los presentes.

—Señor Briskin... —llamó.

Jim se detuvo con desgana, preguntándose quién sería y qué querría. Era una de las chicas de Thisbe Olt, seguramente.

—Dígame —manifestó Briskin, sonriéndole.

—Señor Briskin —expuso la pequeña pelirroja—. En el satélite corre un rumor; George Walt están tramando algo con Verne Engel, el sujeto de

ASEO...

Cogió a Jim por el brazo, asiéndole con fuerza, para detenerle.

—... Planean asesinarle, o algo así. Cuídese, por favor.

Su rostro estaba tenso por el temor.

—¿Cómo se llama usted?

—Sparkey Rivers. Yo... trabajo allí, señor Briskin.

—Gracias, Sparkey —dijo Jim—. No te olvidaré. Tal vez algún día te dé un cargo en el gabinete.

Continuó sonriéndole, pero ella no devolvió la sonrisa.

—Sólo estoy bromeando —aclaró Briskin—. No estés tan preocupada.

—Creo que van a matarle —insistió Sparkey.

—Tal vez —repuso Jim, encogiéndose de hombros.

Era muy posible que lo hicieran. Se inclinó brevemente hacia delante y besó a la chica en la frente.

—Cuídese usted también —agregó y continuó andando junto a Phil Danville y Dorothy Gill.

Después de unos instantes, Phil le preguntó:

—¿Qué piensas hacer, Jim?

—Nada. ¿Qué puedo hacer? Esperar, nada más. Tomar mi trago.

—Debería buscar protección —insinuó Dorothy—. Si algo le ocurriera..., ¿qué haríamos nosotros? ¿Qué haría el resto de nosotros?

Jim declaró:

—La posibilidad de emigración quedará en pie, aun sin mí. Podrán despertar a los durmientes. Como dice la Cantata 140 de Bach, *Despierta, la voz nos llama*. Esa debe ser vuestra consigna, de ahora en adelante.

—Éste es el bar —señaló Phil Danville.

Frente a ellos, un guardia uniformado mantenía la puerta abierta. Entraron uno por uno.

—Fue maravilloso que esa muchacha me previniera —observó Jim.

Cerca de él, una voz masculina le interrogó:

—¿El señor Briskin? Soy Lurton Sands, Jr. Tal vez haya leído sobre mí en los periódicos.

—¡Oh, sí! —respondió Jim, sorprendido, extendiendo su mano como

bienvenida—. Me alegro de verle, doctor Sands. Querría...

—¿Me permite hablar, por favor? —le cortó Sands—. Debo decirle algo. Por culpa suya se han arruinado mi vida y mi trabajo humanitario de dos décadas. No conteste; no quiero discutir con usted. Tan sólo se lo digo, para que comprenda el porqué.

Sands echó mano a su bolsillo. Ahora tenía la pistola láser directamente apuntada al pecho de Jim Briskin.

—No alcanzo a comprender —puntualizó— qué aspecto de mi dedicación a los enfermos ha podido ofenderle, haciéndole volverse en contra mía; pero si todos lo están, ¿por qué no usted?

Apretó el gatillo de la pistola. El arma no disparó y Lurton Sands bajó hacia ella sus ojos incrédulos.

—Myra, mi mujer —dijo, como disculpándose—. Ha quitado la cápsula de energía. Sin duda ha creído que la usaría contra ella.

Arrojó la pistola a un lado.

Hubo un instante de silencio y luego Briskin dijo con sequedad:

—Bien, doctor, ¿y ahora qué?

—Nada, Briskin. Nada. Si hubiera tenido más tiempo, hubiera podido revisar si la pistola tenía su carga, pero tuve que apurarme para llegar aquí antes de que usted partiera. Su discurso ha sido en verdad heroico; ciertamente a mucha gente causará la impresión de que pretende aliviar los problemas de la humanidad... Desde luego, usted y yo sabemos que no es así. Dicho sea de paso..., sabrá usted que no va a poder despertar a *todos* los *bibs*; no podrá realizar del todo esa tarea, porque algunos están muertos. Yo soy el responsable de eso. Son cuatrocientos, aproximadamente.

Jim Briskin le miró asombrado.

—Así es —afirmó Sands—. He tenido acceso a los almacenes del MBSE. ¿Sabe lo que eso significa? Cada órgano que he tomado ha dado lugar a un hombre muerto..., o que no podrá vivir cuando le llegue el turno. Pero supongo que tarde o temprano debía ocurrir.

—¿Sería capaz de hacer eso? —preguntó Jim Briskin.

—Ya lo he hecho —corrigió Sands—. Pero recuerde esto: sólo he matado *potencialmente*. Mientras que, en cambio, he salvado a los que sufren ahora,

a los que están vivos y conscientes en el presente, a los que dependen en exclusiva de mi habilidad.

Dos hombres de la policía de Chicago se abrieron paso hacia él; el doctor Sands se apartó con brusquedad, irritado, pero los guardias le prendieron, llevándole entre ellos.

Blanco por el susto, Danville observó:

—Ahí lo tienes, Jim. Casi fue eso, ¿no? La historia se repite.

Durante el incidente, se había interpuesto entre Jim y Sands, protegiendo a Briskin.

—Sí —alcanzó a decir Jim.

Su boca estaba seca. Se sentía resignado. Si bien Lurton Sands no había podido asesinarle, llegado el momento, cualquier otro podría hacerlo. Era demasiado fácil. La tecnología de las armas se había perfeccionado asombrosamente en los últimos cien años; cualquiera lo sabía: el asesino ni siquiera tenía que estar en la zona. Igual que un acto de magia diabólica, podía hacerlo a distancia. Los instrumentos eran baratos y estaban al alcance de cualquiera... incluso, de acuerdo con la historia, de cualquier ignorante, de alguien insignificante y despreciable, sin amigos, dinero o un propósito fanático o convicción política que le justificara.

El episodio con Lurton Sands no era más que un simple presagio.

—Bien —murmuró Phil Danville, suspirando—. Creo que debemos continuar. ¿Qué quieres tomar?

—Un Black Russian —decidió Jim—. Vodka y...

—Sí, ya lo sé —interrumpió Phil. Su rostro estaba aún marcado por el temor y la conmoción cuando se dirigió al mostrador para pedirlo.

Jim se dirigió a Dorothy Gill:

—Si me mataran, habré cumplido ya mi tarea. No dejo de pensar en eso una y otra vez —dijo—. He puesto en público conocimiento la existencia de la brecha de IT y eso basta.

—¿Piensa eso en realidad? —preguntó Dorothy, mirándole sin parpadear—. ¿Es tan pesimista respecto a sus posibilidades?

—Sí —afirmó Jim. Tenía sus buenos motivos.

«Tengo el presentimiento —pensó— de que aún no es época para que un

negro llegue a ser Presidente.»

Los planes secretos de ASEO le llegaron por vía de un individuo llamado Dave de Winter. De Winter había ingresado en el movimiento durante sus comienzos, proporcionando informes a Tito desde entonces. Ahora, presurosamente, De Winter contaba a su jefe la más reciente —y urgente— noticia.

—Lo intentarán esta noche a última hora. El hombre que lo va a hacer no es miembro del partido. Su nombre es Herb Lackmore o Luckmore, y con el equipo que van a proporcionarle no necesita ser un tirador experto. El equipo, al que llaman *guijarro*, fue financiado por George Walt, esos dos mutantes dueños del *Salón de los placeres*.

Tito Cravelli pensó:

«De esto depende mi cargo de Secretario de Justicia.»

—Ya entiendo —dijo—. ¿Dónde puedo encontrar a ese tal Lackmore?

—En su casa de Oakland, California. Probablemente comiendo; son más o menos las seis allí.

Tito extrajo de su caja de caudales un rifle láser desmontable, de poderoso alcance y mira telescópica; lo dobló y lo ocultó en su bolsillo. Aquel rifle era estrictamente ilegal, pero poco importaba eso ahora; lo que Cravelli intentaba hacer iba contra la ley, con cualquier clase de arma que usara.

Pero ya era demasiado tarde para encontrar a Lackmore o Luckmore, o como se llamase. Cuando él llegase a la Costa Oeste, seguramente Lackmore habría salido en dirección al este para interceptar a Jim Briskin; sus vuelos, el de Lackmore y el suyo, se cruzarían. Sería mejor localizar a Briskin, quedarse cerca de él y atrapar a Lackmore cuando apareciera. Claro está que Lackmore no tenía por qué aparecer en el sentido más estricto de la palabra, teniendo el tipo de arma que le habían dado los hermanos mutantes. Podía estar a quince kilómetros del lugar... y alcanzar a Briskin.

«George Walt tendrán que disuadirle —decidió Cravelli—. Es el único medio seguro..., pero es sólo *relativamente* seguro. Debo ir al satélite. Ahora.

Si es que pretendo lograr algo.»

Los gemelos George Walt no esperarían que fuera; no estaban al corriente de sus tratos con Jim Briskin; contaba con eso. Además, en el satélite había tres personas que trabajaban para él; tres de las chicas. Esto le proporcionaba tres lugares distintos para esconderse mientras estuviera allí. Luego, después de haberse ocupado de George Walt, esos lugares podrían representar la diferencia entre salvarse o morir.

Claro está, eso sería si George Walt no quisieran llegar a un acuerdo con él, si prefirieran pelear. Si había lucha, perderían; Tito Cravelli era un tirador excepcional. Por otra parte, la iniciativa estaba de su lado.

¿Dónde se encontraba en aquel momento el *Salón de los placeres*? Buscó en el periódico la página de entretenimientos y espectáculos. Si estaba, por decir un lugar, sobre la India, no había esperanzas; no podría alcanzarlo a tiempo.

De acuerdo con el horario que figuraba en el periódico, el satélite *Salón de los placeres* estaba pasando sobre Utah. Podía alcanzarlo, en menos de tres cuartos de hora, si utilizaba un taxi a reacción.

Tenía tiempo suficiente.

—Muchísimas gracias —dijo a Dave de Winter, que estaba de pie, incómodamente en el centro de la oficina, vestido con el uniforme plateado y verde de ASEO—. Regresa junto a Engel. Yo me mantendré en contacto contigo.

Dejó la oficina a toda prisa, descendiendo luego las escaleras hasta la planta baja.

En cuestión de minutos viajaba en dirección al satélite.

Cuando el taxi descendió sobre la plataforma del *Salón de los placeres*, Cravelli se precipitó por la rampa, compró un billete a la rubia empleada desnuda y se lanzó velozmente hacia la entrada número cinco, buscando la puerta de Francy. Creía recordar que era la 705..., pero sus nervios le hicieron dudar. Quinientas puertas alineadas en un corredor tras otro... y alrededor suyo, por todas partes, los retratos animados de las muchachas, contoneándose y exhibiéndose, tratando de cautivar su atención, tentándole a disfrutar de mil placeres.

«Tendré que consultar el cartel indicador —decidió—. Me llevará un tiempo precioso, ¿pero qué otra solución me queda?»

Corrió febrilmente por un pasillo hasta llegar a un panel con indicaciones y señales luminosas y todos los nombres de las chicas, encendiéndose y apagándose según los cuartos se ocupaban o quedaban libres de clientes.

Era el 507 y estaba desocupado.

Cuando abrió la puerta, Francly le saludó y se incorporó, parpadeando, sorprendida de verle.

—Señor Cravelli —exclamó insegura—, ¿ocurre algo?

Su cuerpo suave estaba apenas cubierto por una camisa pálida de tela delgada y barata. Dejó la cama y fue hacia Tito.

—¿En qué puedo servirle? —murmuró—. ¿Está aquí por...?

—No es por placer —le informó Tito—. Abróchate esa maldita camisa y escucha. ¿Hay algún modo en que hagas venir aquí a George Walt?

Francly pensó un instante.

—Normalmente no visitan los cuartos —aseguró—. Yo...

—Supón que hubiera problemas. Un cliente que se niega a pagar.

—No, aparecería un fornido guardián. George Walt vendrían si creyeran que el FBI o alguna otra policía hubiera llegado hasta aquí y estuviera arrestándonos.

La joven señaló un pulsador oscuro que había en la pared.

—Están aquí para esas emergencias —informó—. Tienen una fuerte neurosis con esta cuestión de la policía, creen que vendrá inevitablemente, de un momento a otro..., deben tener un gran complejo de culpabilidad. El pulsador está conectado directamente con su oficina.

—Úsalo —dijo Cravelli.

Extrajo el rifle de su bolsillo y, sentándose sobre la cama de Francly, comenzó a montarlo.

Pasaron los minutos.

Escuchando con atención junto a la puerta, Francly preguntó:

—¿Qué es lo que va a pasar aquí, señor Cravelli? Espero que no...

—Calla —dijo Cravelli de modo tajante.

La puerta se abrió.

Los mutantes George Walt se detuvieron en la entrada, con una mano en el picaporte y las otras tres empuñando tres extraños trozos de metal tubular.

Tito Cravelli les apuntó con el rifle láser y anunció:

—No tengo intención de mataros a ambos, sino sólo a uno de los dos. Así dejaría al otro con medio cerebro muerto, un ojo muerto y un cuerpo en descomposición unido a él. No creo que eso os seduzca. ¿Podéis amenazarme vosotros con algo igualmente desagradable? En verdad, lo dudo.

Hubo un silencio. Luego, uno de ellos —Tito no sabía cuál— inquirió:

—¿Qué..., qué es lo que quiere?

El rostro estaba demudado, lívido; los dos ojos miraron atónitos uno a Tito y el otro a su rifle.

—Pasad y cerrad la puerta —ordenó Tito Cravelli.

—¿Por qué? —preguntaron George Walt—. ¿Qué es lo que pretende?

—¡Entrad! —exclamó Tito, y esperó.

Los mutantes entraron. La puerta se cerró tras ellos. Se quedaron mirando a Tito, asiendo aún los trozos de metal.

—Habla George —dijo entonces la cabeza—. ¿Quién es usted? Seamos razonables; si está disconforme con el servicio que ha recibido de esta mujer... No, hombre, ¿no ves que es un asalto a mano armada?

La cabeza se había interrumpido al apoderarse el otro hermano del aparato vocal:

—Ha venido a robarnos —continuó—; ha traído el arma consigo, ¿comprendes?

—Vais a llamar a Verne Engel —indicó Tito—. Y él va a llamar a su pistolero, Herbert Lackmore. Juntos, vais a hacer que ese tal Lackmore deje lo que tiene entre manos y regrese. Lo haremos desde vuestra oficina; naturalmente, no podríamos llamar desde este cuarto. Tú, Francy, ve delante de ellos, muéstrame el camino. De prisa, por favor; no nos sobra el tiempo.

En su interior, el esfínter pilórico comenzó a retorcerse por los espasmos; apretó los dientes y, por un instante, cerró los ojos.

Un trozo de metal pasó silbando junto a su cabeza.

Tito Cravelli disparó con su rifle láser a George Walt. Uno de los dos cuerpos se contrajo, herido en el hombro.

—¿Veis? —observó Tito—. Sería terrible para aquel que sobreviviera.

—Sí —gimió la cabeza, meneándose torpemente, como una calabaza, de arriba abajo—. Haremos lo que nos diga, sea usted quien sea. Llamaremos a Engel; arreglaremos todo. Por favor.

Ambos ojos, cada uno fijo en un lugar distinto, parecían salirse de sus órbitas debido al miedo. El derecho, que estaba del lado que había recibido la herida del láser, se había vuelto opaco por el dolor.

—Así me gusta —dijo Tito.

«Aún puedo ser Secretario de Justicia», pensó, e intimidándoles con el rifle láser, encaminó a George Walt hacia la puerta.

El arma con que había sido provisto Herb Lackmore contenía una costosa réplica de la masa encefálica de James Briskin. Sólo era necesario colocar el instrumento a menos de tres kilómetros de Briskin, ensamblarle un manubrio y, por medio del conmutador, detonarla.

Lackmore había llegado a la conclusión de que era un mecanismo que causaba muy poca —o ninguna— satisfacción personal. No obstante, cumpliría su función; a la larga, era lo único que importaba. Y sin duda le aseguraba la huida, o, por lo menos, se la facilitaba considerablemente.

En aquel momento, las nueve en punto de la noche, Jim Briskin estaba en un cuarto del Galton Plaza Hotel, en Chicago, conferenciando con sus asistentes y consejeros; algunos piquetes de ASEO, que deambulaban frente al hotel de primerísima clase, le habían visto entrar y habían dado parte a Lackmore.

«Me pregunto de dónde habrán salido los fondos para comprar este aparato —se decía Lackmore—. Porque estas cosas cuestan un montón de dinero.»

Cuando minutos más tarde hacía los últimos preparativos, desde la acera en sombras surgieron dos siluetas macizas y erguidas que se acercaron al vehículo. Las siluetas llevaban uniformes verdes y plateados, que resplandecían tenuemente, como la luz de la luna.

Cautelosamente, con su aguzada suspicacia, Lackmore abrió la ventanilla

de la micronave.

—¿Qué queréis? —preguntó a los dos miembros de ASEO.

—Salga —dijo con brusquedad uno de ellos.

—¿Por qué?

A Lackmore se le había helado la sangre. No se movió. No podía.

—Ha habido una alteración en los planes. Engel nos lo acaba de decir por el intercomunicador portátil. Tiene que entregarnos ese *guijarro*.

—No —dijo Lackmore.

ASEO se había rendido en el último momento. Él no sabía con exactitud por qué, pero así era. El asesinato no se llevaría a cabo como estaba previsto: eso era todo lo que sabía, todo lo que le importaba. Rápidamente, comenzó a ensamblar el manubrio.

—¡Engel ha dicho que no lo haga! —gritó el hombre de ASEO—. ¿Entiende?

—Entiendo —repuso Lackmore y tanteó, buscando el detonador.

La puerta de su vehículo se abrió de golpe. Uno de los hombres le asió por el cuello, le sacó de un tirón del asiento y le arrastró, golpeando y pateando, desde la nave hasta la acera. El otro le arrebató el *guijarro* y, con mucha rapidez y pericia, desenroscó el detonador de la costosa arma.

Lackmore luchaba y se resistía. No se daba por vencido.

Más le hubiera valido hacerlo. El hombre de ASEO que tenía el *guijarro* ya había desaparecido en la oscuridad de la noche; se había esfumado con el arma. El *guijarro* y los acariciados proyectos de Lackmore se habían malogrado.

—Te mataré —resollaba inútilmente Lackmore, intentando zafarse del corpulento hombre de ASEO.

—Tú ya no matarás a nadie —respondió el hombre, apretando cada vez más el cuello de Lackmore.

No era una pelea igualada. Herb Lackmore estaba en desventaja. Había permanecido demasiados años con los brazos cruzados detrás de un escritorio y un mostrador del gobierno.

Lentamente, con evidente placer, el hombre de ASEO le hizo picadillo.

Para ser un supuesto devoto del culto a la no violencia, era sorprendente

lo bien que lo hizo.

Desde la oficina de los mutantes, con su mullida alfombra de pelusa de escarabajo de Titán, Tito Cravelli llamó por videófono a Jim Briskin, al Galton Plaza Hotel de Chicago.

—¿Cómo está? ¿Bien? —le preguntó.

Una de las enfermeras del satélite *Salón de los placeres* procuraba en vano curar al gemelo herido; trabajaba en silencio bajo la vigilancia de Cravelli, que sostenía su rifle láser, y de Francy, que estaba junto a la puerta con una pistola que Tito había encontrado en el escritorio de los mutantes.

—Estoy perfectamente bien —respondió Briskin, sorprendido.

Era evidente que podía ver a George Walt detrás de Cravelli.

Tito dijo:

—He cogido a una serpiente por la cola y no puedo dejarla escapar. ¿Se le ocurre alguna sugerencia? He evitado que le asesinaran pero, ¿cómo diablos voy a salir de aquí?

Había comenzado a preocuparse.

Después de meditarlo, Briskin contestó:

—Puedo llamar a la policía de Chicago...

—Olvídelo. No vendrían —observó Cravelli—. No tienen jurisdicción aquí arriba; se ha comprobado cientos de veces: esto no forma parte de los Estados Unidos..., ni hablar, entonces, de Chicago.

Briskin declaró:

—Está bien. Puedo enviar algunos voluntarios del partido para que le ayuden. Irán donde yo les diga. Tenemos algunos que vienen de enfrentarse con la gente de Engel en las calles; ellos sabrán qué hacer.

—Eso es más razonable —comentó Cravelli, aliviado.

Pero su estómago aún le estaba atormentando; apenas podía soportar el dolor y se preguntaba si habría algún modo de obtener un vaso de leche.

—La tensión me está venciendo —agregó—. Y no he podido cenar. Tendrán que venir muy pronto o, francamente, no resistiré. He pensado sacar a George Walt del satélite, pero temo no poder llegar hasta la plataforma de

despegue. Tendríamos que pasar a través de demasiados empleados del *Salón de los placeres*.

—Está usted exactamente sobre Nueva York —informó Jim Briskin—. De modo que no llevará mucho tiempo enviarle la gente. ¿Cuántos quiere que vayan?

—Por lo menos un autobús completo. De hecho, todos los que pueda enviar. No querrá perder a su futuro Secretario de Justicia, ¿verdad?

—No especialmente.

Briskin parecía tranquilo, pero sus negros ojos brillaban intensamente. Tirando con suavidad de su gran bigote, reflexionó sobre la situación.

—Creo que yo también iré —anunció.

—¿Por qué?

—Para asegurarme que usted se salve.

—Como usted quiera —advirtió Tito—. Pero no se lo aconsejo. Las cosas están un poco peligrosas por aquí. ¿Conoce alguna muchacha del satélite que pueda guiarle hasta la oficina de George Walt?

—No —repuso Briskin y, al momento, cambiando de expresión, corrigió—: Aguarde. Conozco una. Hoy estaba aquí, en Chicago, pero tal vez haya vuelto a subir.

—Es probable —opinó Cravelli—. Revolotean de aquí para allá como luciérnagas. Corra el riesgo, si le parece. Le veré luego. Y cuídese.

Dicho esto, colgó.

Quando se disponía a subir al gran autobús a reacción, ocupado por voluntarios del partido republicano-liberal, Jim Briskin se encontró frente a dos rostros familiares.

—No puedes ir al satélite —le dijo Sal Heim, deteniéndole.

Patricia estaba detrás de él, visiblemente preocupada; llevaba un abrigo largo y temblaba de frío bajo el viento que llegaba de los lagos por la noche.

—Es muy peligroso —insistió Sal—. Conozco a George Walt mejor que tú, ¿recuerdas? Al fin y al cabo, fui yo quien te propuso que negociaras con ellos; pretendí que ésa fuera mi contribución.

Pat añadió:

—Si vas, Jim, no regresarás nunca de allí. Lo sé. Quédate aquí conmigo. Se aferró a su brazo, pero Jim consiguió zafarse.

—Debo ir —le dijo—. Mi guardaespaldas está allí y debo salvarle; ha hecho mucho por mí, para no acudir en su ayuda.

—Yo iré en tu lugar —declaró Sal.

Bien mirado, era una buena oferta. No obstante, Jim debía corresponder a Tito Cravelli por todo lo que había hecho; sea como fuere, debía encargarse a fin que Tito saliera sano y salvo del satélite *Salón de los placeres*.

—Gracias —respondió Jim—. Pero lo único que puedo ofrecerte es que vengas conmigo.

Lo había dicho en broma.

—De acuerdo. Iré contigo —afirmó Sal y, volviéndose a Pat, apuntó—: pero tú te quedas aquí abajo. Si regresamos, te veremos inmediatamente..., y si no, nunca más. Vamos, Jim.

Subió los escalones del autobús, uniéndose a los que esperaban dentro.

—Cuídate mucho —rogó Pat a Jim.

—¿Qué te ha parecido mi discurso? —preguntó él.

—Estaba bañándome; sólo he escuchado una parte. Pero, aun así, creo que es el mejor que has pronunciado. Sal también lo cree, y él lo ha escuchado íntegro. Ahora comprende que ha cometido un lamentable error; debió haberse quedado a tu lado.

—Es una lástima que no lo haya hecho.

—¿No crees, después de todo, que es mejor tarde que...?

—Sí —dijo Jim—. Es mejor tarde que nunca.

Volviéndose, siguió a Sal, que entraba en el autobús.

Lo había dicho, pero no era cierto. Habían ocurrido demasiadas cosas; era demasiado tarde. Él y Sal se habían separado para siempre. Y ambos lo sabían..., o más bien, lo temían. Y buscaban instintivamente un nuevo acercamiento, sin saber muy bien cómo lograrlo.

Cuando el autobús comenzó a girar, ascendiendo vertiginosamente, Sal se inclinó hacia Jim y comentó:

—Te has desenvuelto magníficamente desde la última vez que te vi, Jim.

Déjame felicitarte. No es ironía, sino todo lo contrario.

—Gracias —contestó brevemente Jim.

—Pero nunca me perdonarás que te haya presentado mi renuncia cuando lo hice, ¿no es cierto? No puedo culparte.

Sal permaneció en silencio.

—Podrías haber sido Secretario de Estado —señaló Jim.

Sal hizo un gesto de resignación.

—Así es la vida —se lamentó—. De todos modos, espero que ganes, Jim. Sé que será así, después de ese discurso; sin lugar a dudas, fue una obra de arte el prometer el oro y el moro a todo el mundo. De más está decir que serás un gran Presidente. Alguien de quien todos nos enorgulleceremos.

Sonrió cálidamente y luego preguntó:

—¿Te estoy fastidiando, Jim?

El satélite *Salón de los placeres* estaba frente a ellos; desde uno de los pechos que hacían las veces de plataforma, el pezón de luz rosada guió el descenso de la nave. Indudablemente era una invitación para todos los que llegaban. El principio Yin se cumplía en el espacio, aumentando en proporciones cósmicas.

—Es increíble que George Walt puedan caminar —comentó Jim— unidos por la base del cráneo como están. Debe ser tremendamente incómodo.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Sal, ahora tenso e irritado.

—Nada en especial —repuso Jim Briskin—. Pero parece lógico que uno de los hermanos hubiera sacrificado al otro por motivos prácticos.

—¿Acaso los has visto alguna vez?

—No.

Jim ni siquiera había estado en el satélite.

—Es que están encariñados el uno con el otro —indicó Sal.

El autobús a reacción comenzó a posarse sobre el campo de aterrizaje; el girar permanente del satélite provocaba un flujo magnético constante, suficiente para atraer hacia sí los objetos más pequeños.

Jim Briskin pensó:

«Es aquí donde hemos cometido nuestro error. Nunca debimos permitir

que este lugar se volviera atractivo..., en ningún sentido.»

No se mostraba muy ingenioso, pero era lo más sagaz que podía pensar en aquellas circunstancias.

«Tal vez Pat tuviera razón —se decía—. Tal vez yo, e igualmente Sal Heim, no regresemos de este lugar.»

Hubiera preferido pensar en cualquier otra cosa; el satélite *Salón de los placeres* no era precisamente el lugar que hubiera elegido para finalizar sus días.

«Es irónico —concluyó— venir aquí ahora, por primera vez, en este momento de mi vida.»

Las puertas del autobús se deslizaron hacia atrás apenas la nave dejó de girar.

—Aquí estamos —dijo Sal, incorporándose con rapidez—. Vamos allá.

Junto a los voluntarios del partido, caminó hacia la entrada más cercana. Transcurrido un instante, Jim Briskin les siguió.

La hermosa morena desnuda que estaba de servicio en la entrada, sonrió, mostrando sus blanquísimos dientes y dijo:

—Sus billetes, por favor.

—Somos todos nuevos —explicó Sal, sacando su billetera—. Pagaremos al contado.

—¿Hay algunas chicas en particular a las que quieran visitar? —preguntó la empleada, guardando el dinero en la caja registradora.

Jim Briskin indicó:

—Una chica llamada Sparkey Rivers.

—¿TODOS VOSOTROS? —exclamó la muchacha, parpadeando y encogiéndose de hombros luego, discretamente—. Está bien, caballeros. *De gustibus non disputandum est*. Puerta número tres. Id con cuidado y no os empujéis, por favor. Ella está en el cuarto 395.

Señaló hacia la puerta número tres y el grupo fue en esa dirección.

Al otro lado de la puerta número tres, Jim Briskin vio largas filas de puertas doradas y resplandecientes; sobre algunas de ellas había luces

encendidas y comprendió que en ese momento deberían estar desocupadas de clientes. Y, sobre cada puerta, vio curiosas fotografías animadas de las muchachas que estaban dentro. Las fotografías les llamaban, intentaban atraerles o lloriqueaban mimosas, a medida que cada uno de ellos se acercaba buscando el cuarto 395.

—¡Hola, guapo!

—Ven, cariño...

—¿Cómo estás, tesoro?

—Date prisa, simpático... Te estoy esperando...

Sal Heim informó:

—Es por aquí. Pero no necesitas ir, Jim, yo puedo llevarte directamente a la oficina.

«¿Podré confiar en ti?», se preguntó Jim Briskin.

—Está bien —dijo. Y esperó no haberse equivocado.

—Por este ascensor —indicó Sal—. Aprieta el botón C.

Entraron en el ascensor; el resto del grupo les siguió, apretujándose tras ellos. Más de la mitad quedó fuera, en el corredor.

—Vosotros seguidnos —ordenó Sal—. Lo más rápido posible.

Jim oprimió el botón C y la puerta del ascensor se cerró silenciosamente.

—Me siento deprimido —comentó a Sal—. No sé por qué.

—Es el lugar. No es para ti. Pero si fueras un vendedor de corbatas, o vajillas de plata o pieles de insectos, te gustaría. Vendrías todos los días, si la salud te lo permitiera.

—No lo creo —opinó Jim—. No importa cuál fuera mi profesión.

El lugar iba en contra de su forma de ser, de todos sus principios éticos... y estéticos.

La puerta del ascensor se abrió suavemente.

Sal marchó con Jim delante del grupo, a través del silencioso pasillo alfombrado. Al entrar en el despacho, saludó neutralmente:

—Hola, George Walt.

Los dos mutantes estaban ante su gran escritorio de madera de cerezo, sentados en el ancho sillón especialmente construido para ellos. Uno de los cuerpos colgaba del otro como un saco flácido y un ojo, marchito y vacío,

miraba sin ver.

Con voz chillona, la cabeza gimió:

—Se está muriendo. Incluso creo que está muerto; usted sabe que está muerto.

El ojo activo miraba recriminando malignamente a Tito Cravelli, que, con su rifle láser en la mano, se hallaba al otro lado de la habitación. Una de las manos con vida sacudió con desespero el brazo inerte del otro cuerpo.

—¡Di algo! —exclamó histéricamente.

Con inmensa dificultad, el cuerpo ileso se puso de pie; entonces, su silencioso compañero chocó contra él. Con horror, George —¿o Walt?— apartó de sí el molesto saco sin vida.

Un débil espasmo vital animó al saco colgante; no estaba del todo muerto. En el rostro de su hermano surgió una arrebatadora esperanza. De repente, la criatura se tambaleó de forma grotesca en dirección a la puerta.

—¡Corre! —gritó la cabeza, al tiempo que el cuerpo procuraba escapar torpemente—. ¡Aún puedes hacerlo!

La impetuosa criatura doble rodó sobre los sorprendidos voluntarios que estaban en la puerta, cayendo todos al suelo en un confuso montón; el mutante gritaba aterrado, luchando por quitarse de encima el cuerpo herido que le oprimía en medio del desorden.

Jim Briskin, al ver que George Walt asomaba la cabeza, se zambulló para atraparlo. Consiguió asir un brazo y tiró de él hacia arriba.

El brazo se separó del cuerpo.

Jim se quedó mirándolo, mientras George Walt saltaba sobre sus cuatro piernas, abalanzándose hacia el corredor.

Sin apartar su mirada, Jim alcanzó el brazo a Sal Heim.

—Es artificial —dijo.

—Eso parece —asintió Sal, atónito.

Y, arrojando el brazo a un lado, se lanzó velozmente tras George Walt; Jim se unió a él y juntos persiguieron a los mutantes a través del corredor alfombrado. El organismo de tres brazos se movía con dificultad, con los dos cuerpos entrechocando y separándose continuamente. Al fin cayó al suelo con todos sus miembros extendidos y Sal se arrojó sobre el cuerpo derecho,

aferrándolo por la cintura.

El cuerpo íntegro quedó suelto: brazos, piernas y tronco. Pero sin la cabeza. El otro cuerpo —con la cabeza—, se las arregló de manera sorprendente para levantarse y seguir corriendo.

George Walt no era un mutante, sino un individuo normalmente constituido. Jim Briskin y Sal Heim le vieron irse; acompañaba con sus brazos el vigoroso movimiento de sus piernas.

Después de una larga pausa, Jim dijo:

—Vamos..., larguémonos de aquí.

—Eso es —asintió Sal, volviéndose a mirar a los voluntarios del partido, que habían llegado tras ellos.

Tito Cravelli salió de la oficina, con el rifle en la mano; vio el cuerpo que había sido parte de los mutantes y comprendió instintivamente, levantó su mirada cuando el gemelo restante desaparecía tras una esquina del corredor.

—Ya no podemos atraparlos —dijo—. Jamás.

—Atraparlo —corrigió mordazmente Sal Heim—. ¿Quién de los dos sería el sintético, George o Walt? ¿Y por qué toda esta farsa? No lo entiendo.

—Uno de ellos debió morir hace mucho tiempo.

Sal y Jim le miraron intrigados.

—Seguro —afirmó Tito—. Lo que ha ocurrido hoy aquí, debe haber pasado antes. Eran mutantes de nacimiento, de acuerdo; pero luego, uno de los cuerpos debió fallecer y el sobreviviente se hizo construir esta otra parte sintética. No hubiera podido subsistir solo, porque el cerebro... Bueno, habéis visto cómo estaba el sobreviviente; sufría de un modo terrible. Imaginad cómo estaría la primera vez cuando...

—Sin embargo, ha sobrevivido —subrayó Sal.

—Mejor para él —dijo Tito sin ironía—. Francamente, me alegra que así fuera; lo merecía.

Se arrodilló e inspeccionó el tronco.

—Me parece que éste es George —comentó—. Espero que puedan restaurarlo a tiempo.

Luego se puso de pie y añadió:

—Ahora, volvamos a la plataforma; quiero irme de aquí. Y después

quiero un vaso de leche descremada caliente. Un vaso bien grande.

Seguidos por los voluntarios del partido, los tres hombres avanzaron en silencio hacia el ascensor. Nadie los detuvo. El corredor, por fortuna, estaba desierto. No había siquiera fotografías que trataran de atraerles con sus encantos.

Cuando llegaron de nuevo a Chicago, Patricia Heim estaba esperándoles.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, echándose en brazos de su marido—. ¿Qué ha pasado? Me parecía que tardaban muchísimo, pero no ha sido tanto; sólo han estado fuera una hora.

—Te lo contaré más tarde —dijo bruscamente Sal—. Ahora sólo quiero descansar.

—Creo que dejaré de pedir la clausura del *Salón de los placeres* —anunció Jim de pronto.

—¿Qué? —preguntó Sal, perplejo.

—Creo que he sido demasiado rígido —explicó Jim—. Demasiado puritano. Preferiría no truncar su existencia: me parece que se la ha ganado.

Se sentía aturdido, incapaz de pensar en realidad en eso.

Lo que más le había impresionado, lo que le había hecho cambiar, no era la transformación de George Walt en dos entidades distintas, una artificial y otra genuina, sino la revelación de Lurton Sands sobre los numerosos *bibs* mutilados.

Había estado pensándolo, tratando de hallar una solución. Si se despertaba a los *bibs* mutilados, debería hacerse en último término. Y para ese momento tal vez hubiera suficientes órganos en el banco de la ONU. Pero había otra posibilidad en la que en ese momento reparaba. *La existencia conjunta de los hermanos George Walt probaba la funcionalidad de los órganos totalmente mecánicos.* Jim Briskin vio en esto una esperanza para las víctimas de Lurton Sands. Posiblemente se pudiera llegar a un trato con George Walt; se les dejaría en paz a cambio que él, o ellos, revelaran el nombre del fabricante de sus eficientes y altamente perfeccionados órganos artificiales. Era muy probable que se tratara de una firma de Alemania

Occidental; tales organizaciones estaban muy adelantadas allí en esa clase de experimentos. Pero también podía tratarse de ingenieros contratados exclusivamente por el satélite y que tuvieran residencia permanente en él. De todos modos, cuatrocientas vidas representaban una cantidad importante, y se justificaba cualquier esfuerzo por salvarlas. «Incluso —decidió—, el de persuadir a George Walt.»

—Vayamos a tomar algo caliente —propuso Pat—. Estoy congelada.

Llave en mano, se dirigió hacia la puerta de la sede central del partido RL.

—Aquí podremos, preparar un poco de café atóxico sintético.

Mientras esperaban que la cafetera se calentara, Tito sugirió:

—¿Por qué no deja que el satélite decaiga por sí solo? Cuando comience la emigración, la demanda de sus servicios será cada vez menor. Usted dejó entrever algo de eso en su discurso desde Chicago.

—Como tú bien sabes, yo he estado ya arriba otras veces —recordó Sal—. Y no he muerto. Tito también ha estado allí y tampoco ha muerto o se ha degenerado.

—Está bien, está bien —dijo Jim—. Si George Walt no se meten conmigo, yo haré lo mismo con ellos. Pero si siguen persiguiéndome o si no me ayudan en este asunto de la construcción de órganos artificiales..., entonces será necesario hacer algo. En cualquier caso, el bienestar de esos cuatrocientos *bibs* es lo principal.

—El café está listo —anunció Pat, comenzando a servirlo.

Después de sorber un trago, Sal Heim dijo:

—¡Qué bien sabe!

—Tienes razón —asintió Jim Briskin. En realidad, esa taza de café sintético atóxico caliente, como debía ser (sólo los Cols de clase baja que vivían en los dormitorios del Estado bebían café verdadero), era exactamente lo que necesitaba. Le hizo sentirse mucho mejor.

En noviembre, a pesar de las abusivas transmisiones de televisión enviadas desde el satélite *Salón de los placeres*, o tal vez a causa de las

mismas, Jim Briskin había conseguido superar la popularidad de Bill Schwarz y, por consiguiente, ganó las elecciones presidenciales.

De modo que, por fin, casi cien años más tarde de lo que se esperaba, Salisbury Heim podía decir: «Los Estados Unidos tienen un Presidente negro. Una nueva época del entendimiento humano ha comenzado al fin. O al menos confiemos en que así sea».

—Lo que necesitamos —dijo Patricia, pensativa, mientras ambos examinaban un duplicado de los últimos resultados del escrutinio— es celebrarlo con una fiesta.

—Estoy agotado para eso —repuso Sal—. Una cerveza, puede ser. Pero luego a casa, a dormir.

Fuera, una multitud de simpatizantes gritaba de alegría; el barullo se filtraba hasta el interior de la sede de la campaña. Sal Heim se dirigió hacia la ventana para observar.

«*Un voto para Jim Briskin* —pensó, recordando el lema de la campaña electoral— *es un voto para la humanidad.*»

Gastado ya y demasiado simplificado desde siempre, el lema encerraba en el fondo una verdad sustancial. De modo que, tal vez, sus riñas con Jim habían valido la pena.

Con sus grandes pies sobre el brazo del sofá, Phil Danville dijo:

—Han sido mis espléndidos discursos los que te han abierto el camino, Jim. ¿Cuál será mi recompensa ahora? —bromeó—. Estoy esperando.

—No hay nada en la Tierra que alcance a recompensar tal ayuda —respondió Jim Briskin, distraídamente.

—Míralo —dijo Danville a Dorothy Gill—. Ni siquiera ahora es feliz. Va a echar a perder la fiesta de Pat.

—¡De ningún modo! Jamás lo haría —aseguró Jim, incorporándose, con su mayor predisposición.

Después de todo, los demás tenían razón; aquél era el gran momento. Pero para él, en verdad, el gran momento histórico había comenzado a diluirse y desaparecer; era demasiado inaprensible, estaba tejido demasiado

sutilmente en la trama de la realidad cotidiana. Además, los problemas que le aguardaban parecían impedirle reparar en cualquier otra cosa. No obstante, así debía ser.

Un guardia del Servicio Secreto se aproximó a él.

—Señor Briskin —le dijo—. Hemos interceptado en el vestíbulo a un hombre que quiere hablar con usted.

—Algún entusiasta —comentó Pat.

—Un asesino —exclamó Tito, buscando su arma en el bolsillo.

—No —afirmó el guardia—. Es un hombre que viene por negocios.

Jim abrió la puerta que daba al vestíbulo y miró hacia allí, intrigado. Tal como había asegurado el guardia, no era un entusiasta ni un asesino. El hombre que esperaba para hablar con él, grueso y bajo, vestido con una antigua chaqueta, era Bruno Mini.

Extendiendo su mano, Mini expresó caluroso:

—Pues sí que me ha costado entrevistarme con usted, señor Presidente Electo. He tratado de conseguirlo a lo largo de toda su campaña.

Buscó en su alborotado portafolios y añadió:

—Usted y yo tenemos una cantidad de negocios vitales que tratar, señor. Ahora puedo revelarle que el planeta con el que he planeado comenzar, y no hay duda que para usted será una sorpresa, es Urano. Tan al alcance de la mano como está y tan grande como es. Ahora bien; usted me preguntará: ¿por qué?

—No —respondió Jim—. No le pregunto por qué.

Estaba resignado. Tarde o temprano, aun después del descubrimiento del mundo virgen, en el que ya habían comenzado a trabajar los primeros exploradores de Terran, Mini tenía que entrevistarse con él. A fin de cuentas, era casi un alivio. Tales cosas estaban ya predeterminadas en la vida; podía verlo con claridad en la cara rubicunda y excitada de Bruno Mini, y en sus ojos saltones.

—Permítame describirle las ventajas de Urano —expuso Mini, rebotante de alegría. Y comenzó a entregar a Jim un abrumador farrago de documentos, que extraía incansablemente de su portafolios, lo más rápido posible.

«Serán cuatro años difíciles —pensó Jim Briskin estoicamente—.

¿Cuatro? No me extrañaría que fueran ocho.»

Tal como marcharon las cosas, tuvo razón. Fueron ocho años.

CUATRO CLASES DE LO IMPOSIBLE

Norman Kagan

El fenómeno de los «estudiantes profesionales» todavía es desconocido entre nosotros, pero en Estados Unidos se trata de algo cada vez más frecuente, que ha dado lugar a una curiosa casta de «mercenarios de la ciencia», que viven a base de ir enrolándose en sucesivos proyectos científicos y solicitando becas para los más peregrinos cursillos entre un empleo y el siguiente.

Este agudo relato de Norman Kagan, que tal vez dejará una sensación de extrañeza en el aficionado hispano, constituye una incursión crítica en el curioso mundo de la investigación científica, un análisis de sus motivaciones individuales y sociales, de sus condicionamientos, sus intereses creados y sus contradicciones.

En su lecho de muerte, Gertrude Stein le preguntó a su compañera de toda la vida: «¿Cuál es la respuesta?» Y al no recibir contestación alguna, dijo: «Entonces, ¿cuál es la pregunta?»

—Y con esto concluye el teorema de Travis Waldinger —dijo el profesor Greenfield—. Como habrán podido comprobar, es bastante simple.

—Entonces, ¿por qué hubo tanta gente que quiso demostrarlo? —gritó un adolescente por encima de los demás, con descaro.

Una campanada interrumpió la respuesta del profesor, e inmediatamente la mayor parte de la clase abandonó el aula.

«Casi todos los matemáticos de mi universidad son malos, exceptuando a Greenfield, que es mediocre —pensaba Zirkle—, y su lema es: “Si lo puedes visualizar, no es geometría”. Este concepto no está tan lejos de la verdad si lo comparo al lema que tiene un profesor del otro curso. Este dice que “todo aquello que nos dé la impresión de tener sentido, no pertenece a la lógica matemática”. Recordé que aún tenía que verificar la nota que había sacado en esa materia, pero me parecía más necesario asegurarme un puesto bien remunerado para el verano, que se acercaba rápidamente. Me abrí paso en dirección a la salida dejando atrás a una pareja de jóvenes vistosos y decidí verificar más tarde el resultado de mis exámenes, puesto que durante todo el verano iban a colgar del tablero, “en la pared de los llorones”. Sería mejor ir a la multiversidad a estudiar para el examen final que nos haría Greenfield esa misma tarde. Atravesé lentamente el claustro de la universidad controlando cada uno de mis movimientos y de mis gestos, al tiempo que me repetía: “No juzguéis por las apariencias”, frase que jamás pude inculcar a los detestables investigadores de las corporaciones.»

Perry Zirkle se pasó una mano por el cabello despeinándose, agregó tres lápices al bolsillo delantero de su camisa y decidió no usar las gafas durante la entrevista, pues consideraba que era más fácil mentirle a alguien cuando no

se le podía ver la cara.

—¡Zirkle, Perry! —gritó alguien—. Espérame un momento.

Harry Mandel me saludaba desde el edificio de la biblioteca de psicología. Le sonreí, esperando a que se acercara; «Harry es un buen muchacho, graduado en psicología y, por suerte, no competimos en matemáticas», pensaba Zirkle. Mandel llegó corriendo, sumamente agitado, y me preguntó si andaba en busca de algún trabajo para el verano.

—Sí —le dije—. Casualmente, tengo concertadas dos entrevistas, una en la compañía Serependity y otra en la estación experimental de La Virgen.

—Igual que yo —dijo Harry, mientras señalaba mi desgreñado cabello—, veo que te estás preparando. El aspecto físico tiene una gran importancia —articuló el rechoncho psicólogo, mientras apuraba el paso para no quedar atrás.

En el claustro de la multiversidad reinaba un ambiente cálido y agradable. Las sillas de madera estaban dispuestas en largas hileras para la ceremonia de graduación, que pronto tendría lugar. Aquí y allá, se veían muchachas de cabello largo y pantalones vaqueros o algún guitarrista barbudo: los típicos personajes de la fauna local.

—¿Qué requisitos crees que piden los empresarios? —preguntó Zirkle.

Mandel frunció el ceño.

—Pretenden tomar gente para el personal en lugar de técnicos. Por eso, si tienes buenos antecedentes, no tendrás problemas. Yo haría cualquier cosa con tal de evitarme trámites burocráticos.

—¿Se te ocurre algo especial que sugerirme? —preguntó Zirkle.

—Si eres inteligente y rápido, bastará con que te muestres algo excéntrico para impresionarlos. Yo, en cambio, usaré la artimaña del bicho que camina por la pared —dijo Mandel.

—¿Pretenderás que hay un bicho que se pasea por la pared detrás de tu interlocutor, y tú lo seguirás con la mirada? —preguntó Zirkle.

—Algo así. En realidad, eso ya lo hice el año pasado; esta vez les haré creer que sufro de claustrofobia y que necesito espacios abiertos para sobrevivir, como Nuevo México o Arizona. Estoy harto del clima de la costa este, y sé que la estación experimental de La Virgen tiene laboratorios en la

zona de Nuevo México.

—También me convendría a mí. Veré qué se me ocurre al respecto —dijo Zirkle.

—En esta década de 1980 es casi imposible conseguir en el campo de la ciencia un buen empleo durante los meses de verano, puesto que, si bien los gremios científicos tienen interés en contratar gente, uno se pregunta quién posee la paciencia y las energías necesarias para resistir a la pesada barrera burocrática que pretenden imponer a todo aquel que se presente para un puesto: tests de personalidad, grafológicos, exámenes escritos, certificados y antecedentes de todo tipo —dijo Mandel y añadió—: Sin embargo, los estudiantes de ciencia e ingeniería hemos optado por otra alternativa para evitarnos todo ese infame papeleo; hacemos creer a los demás que estamos algo locos y esto es precisamente lo que más les divierte de nosotros, pues, dada nuestra especialización, consideran como algo muy natural nuestras excentricidades y chifladuras, y siempre llegan a la conclusión de que somos los brillantes muchachos que necesitaban. Inspirado en uno de mis profesores solía sacar de mi bolsillo durante el tiempo que duraba la entrevista un pedazo de tira, que me metía en la boca para luego escupirlo, al tiempo que decía en voz baja: «Tengo que dejar de fumar». A lo largo de la conversación, gesticulaba sin parar moviendo los brazos en todas direcciones y, al llegar la entrevista al momento culminante, me quedaba silencioso e inmóvil, dejándome caer al suelo y, acostado sobre mis espaldas, miraba fijamente los espacios vacíos que, instantes atrás, parecía haber querido abarcar con mis brazos; luego, grité al ver que mi entrevistador se acercaba: «Tengo que mirar esto desde otra perspectiva». Y todo salía exactamente como lo había previsto. Excepto la última vez en que no pude demostrar cuán loco estaba.

El entrevistador de la estación experimental de La Virgen era un hombre corpulento, alto y rubio, con el cabello cortado a cepillo, cuyos dientes estaban desagradablemente manchados de amarillo. Su sonrisa, un tanto sádica, me recordó a uno de mis profesores de filosofía. Me hizo pasar y todavía no me había sentado, cuando el hombre se puso a hablarme en un tono decididamente filosófico.

—Encantado de conocerlo, señor Zirkle. Es usted graduado en matemáticas, según he leído en sus antecedentes. ¿Es correcto? —me preguntó el sujeto.

Yo asentí.

—Siéntese, siéntese —me dijo, gesticulando—. Antes que nada quisiera ponerle en antecedentes de cuál es la actividad que desempeña esta estación experimental, como la llamamos aquí. Nuestra organización se interesa principalmente en tres aspectos de la investigación pura que nosotros llamamos «las tres clases de lo imposible».

Al oír esto hice un gesto afirmativo.

A Harry Mandel le brillaban los ojos cuando salió del cuarto, donde apenas tuvo tiempo de susurrarme, pocos minutos antes de que me hicieran pasar, que tomara el puesto sin dudarle; me incliné hacia delante y me dispuse a escuchar a mi entrevistador.

—Si ignoramos los problemas subjetivos, podríamos analizar el concepto de lo imposible de la siguiente manera —sacó un diagrama y dejó resbalar su dedo hacia abajo, mientras continuaba hablando—: En primer lugar, existe lo que llamamos la imposibilidad desde el punto de vista técnico, o sea, aquello que no se puede dar en la práctica, a pesar de no haber ninguna razón para que sea así, como, por ejemplo, tratar de colocar la pasta dentífrica nuevamente en el tubo, o querer enviar a un astronauta al planeta Saturno y cosas por el estilo que resultan por ahora poco prácticas —dijo, sonriendo brevemente—. Luego existe la noción de lo que es científicamente imposible, como lo sería construir una máquina que esté en perpetuo movimiento o viajar a mayor velocidad que la luz; si nos atenemos a nuestros limitados conocimientos sobre el universo, veremos que esas cosas son verdaderas imposibilidades científicas, aunque recordará usted que, hace apenas un siglo, se consideraba imposible que una máquina más pesada que el aire pudiera volar. Estas dos categorías se han mezclado en el siglo XX, aunque se las distingue aún con suficiente claridad. En el primer caso, la teoría de lo «técnicamente imposible» le permite a usted realizar lo imposible desde el momento que no existen técnicas específicas. En el segundo caso, que se refiere a la imposibilidad científica, no se tiene ninguna justificación teórica

para lo que se desea realizar. Pero, en ambos casos, el hombre ha realizado lo imposible, ya sea desarrollando nuevas técnicas o descubriendo en las teorías sus defectos y limitaciones. Pero hay una tercera categoría, que es ignorada hasta por los científicos más avanzados, y que es la que versa sobre lo imposible desde el punto de vista lógico —exclamó el hombre con tono triunfal, al tiempo que, sacando la mano del bolsillo, realizaba toda clase de dibujos en el aire.

Le guiñé el ojo a mi interlocutor.

—Pero lo que se considera lógicamente imposible es...

—Ya lo sé, ya lo sé; he oído estos comentarios en boca de nuestros consultores profesionales —dijo súbitamente impaciente el corpulento rubio—. Lo lógicamente imposible forma parte de un sistema arbitrario que podría ser destruido si alguien lo intentase. Permítame decirle —añadió, levantando la voz— que la estación experimental de La Virgen ha investigado el problema y ha decidido al respecto. Nuestros expertos, entre los cuales contamos con varios que descuellan dentro de su especialidad y son infinitamente superiores a cualquier graduado de la más antigua y famosa universidad, creen con certeza que nociones tales como la del cuadrado redondo contienen un amplio significado, e incluso, que poseen en potencia un enorme valor desde el punto de vista militar.

Su mirada era la de un loco.

—Siempre y cuando la batalla se pierda y se gane —murmuró, con voz siniestra, en un tono apenas perceptible. Y me sonrió fríamente, mostrando las podridas manchas de sus dientes, que tenían el aspecto de cráteres lunares—. Para acercarnos a nuestra meta, nosotros utilizamos tanto el aspecto psicológico como el de la lógica matemática. No hemos tenido la menor dificultad en reclutar graduados en psicología —añadió el hombre en un tono normal—, pero en cambio, la mayor parte de los estudiantes del departamento de matemáticas carecían de interés y prefieren irse de vacaciones con sus familias o por cuenta propia.

Al oír esto, sonreí. Se merecían que les sucediera esto, por tratar de reclutar adolescentes sin imaginación. Yo, en cambio, no tenía ningún inconveniente en ampliar mis horizontes y estaba dispuesto a luchar con lo

imposible; tenía el coraje suficiente como para enfrentarme a lo desconocido.

—¿Cuánto pagan? —pregunté con gran seriedad, sabiendo que aceptaba el desafío.

—Doscientos cincuenta dólares a la semana, pensión completa, una pequeña motocicleta y transporte gratis en autobús para ir y volver de los laboratorios de Nuevo México —explicó el rubio.

—Pues...

—Con los antecedentes que tiene usted, no debería dudarlo ni un minuto. He visto sus trabajos, hijo —dijo, moviendo la mano acompasadamente.

La palabra «hijo» terminó por decidirme.

—Bueno —farfullé.

—Está bien, está bien, ya decidirá usted —dijo bruscamente—. Tanto en ciencias como en matemáticas, los más viejos les temen a los jóvenes; uno produce lo mejor de sí mientras es joven, y luego todo el mundo se asusta cuando piensa que, al llegar a los treinta años, se les acaban todas las posibilidades.

Así como me hubiera gustado alinear contra una pared a todos mis competidores y fusilarlos, comprobé que mi entrevistador tenía miedo de mí.

Sacó de un cajón todos mis antecedentes y comenzó a señalarlos; yo me quité con disimulo los anteojos y me pasé la lengua por los labios. Más tarde, me enteré de que había sacado un nueve cincuenta en el examen final de lógica matemática; debería haber protestado, pues me merecía una puntuación más alta, dado lo complicado de la prueba.

El aparato G. E. M. Ruby, avanzaba estrepitosamente hacia el oeste, suspendido en el aire a unos doce pies de la tierra; la máquina continuaba la marcha con lentitud; ya las sombras de la noche habían desplazado al día en las inmensas planicies norteamericanas. Miré hacia fuera por la ventanilla sintiéndome por primera vez en paz después de muchas semanas. Sobre mis rodillas tenía el material informativo distribuido por la estación experimental. Zirkle pensó que ya las miraría luego. Se acabaron los informes para el laboratorio y las pequeñas frases tales como: «Dejaré eso como ejercicio», lo que equivalía a ponerse a trabajar intensamente doce horas para resolver tal o cual problema, o consultar algún libro, donde la página que se requería había

sido cortada con una hoja de afeitar por algún estudiante del año anterior. Por el momento, no me importaba que los directores de la estación experimental de La Virgen tuvieran en las ollas de sus sesos cerebro, cerebelo, médulas o revuelto de huevos. Por suerte me sentía libre de todo eso.

Alguien en el pasillo se debatía a causa de la gran presión ejercida por la aceleración del aparato Ruby; acabábamos de despegar del aeropuerto Ann Arbor. Dando un grito sofocado, el muchacho se dejó caer en el asiento que estaba a mi lado.

—¡Bien venido! —murmuré—. ¿También has sido contratado por la estación madre? La mitad de la gente que viaja aquí, trabaja para el V. R. C. Sólo estas inmensas compañías tan misteriosas pueden permitirse el lujo de ofrecer vuelos internacionales en *Jet* o en G. E. M. y de contratar a matemáticos.

—Pues sí —contestó mi compañero de asiento; era delgado, y con una permanente expresión de desconcierto en su cara, y tendría mi misma edad—. Y tú, ¿cómo te llamas? —preguntó, con el rostro muy pálido.

—Perry Zirkle; soy un matemático puro.

—Yo soy Richard Colby, graduado en electrónica y microminiaturización en la Multiversidad de Míchigan. Mi lema es: «Si lo puedes ver, es demasiado grande».

Su cara adquirió un intenso brillo y sonrió. Sus dientes estaban en buenas condiciones.

—Escucha, tengo los mismos libros —dijo Colby—. Supongo que tú estarás metido como yo en el proyecto del cuadrado redondo.

Asentí, mirando los libros con afectación.

—De acuerdo con lo que he aprendido, dudo que este proyecto tenga una validez duradera.

Colby se arrellanó en el asiento.

—¿Por qué se te ocurre pensar eso?

Colby no parecía ser un estudiante maniático, ni uno de esos genios precoces; sólo un electrónico emprendedor de veintitantos años, cosa que me tranquilizó.

—Las paradojas y las propias contradicciones son interesantes y atraen la

atención hacia nuevas ideas, pero su misma naturaleza... —dijo Zirkle, sin poder continuar.

—Quizá —contestó Colby—. Pero es posible que estés enfocando mal el problema; mi entrevistador no hizo otra cosa que hablarme de la necesidad de pensar en otras categorías.

—Oh, yo sé lo que pretendía —dije, riéndome—. Trataba de decirte que no te metieras en discusiones, y menos ganando doscientos cincuenta dólares por semana.

—Doscientos veinticinco —murmuró Colby.

El experto en electrónica dudó un momento y luego me miró con curiosidad.

—Yo no sé nada de ti —me dijo Colby—, pero considero un honor y un placer tener esta posibilidad de dedicarme a la investigación pura. En el campo de la electrónica, esto ocurre rara vez, pues quizá haya sólo un verdadero científico por cada cien ingenieros —dijo, entornando los ojos; en la penumbra del compartimiento, su cara aparecía oscura y meditabunda. Se pasó la lengua por los labios y continuó, como hablando para sí, aunque sus palabras iban dirigidas a mí—: Ya es suficiente que lo obliguen a uno a entrar en la industria; tomemos como ejemplo mi propia Multiversidad de Michigan. ¿Sabías que tenemos un proyecto supersecreto por parte del Congreso para automatizar la Presidencia? El presidente de la Junta del Departamento de Cibernética me explicó el sistema filosófico que se esconde detrás de todo eso; el presidente Roosevelt nos enseñó que alguien podía ser presidente cuanto tiempo quisiera; Truman demostró que cualquiera podía ser presidente y Kennedy fue la prueba suficiente que ser un presidente «humano» es demasiado peligroso. De ahí que estamos buscando la forma de automatizar la Presidencia —dijo Colby, haciendo una mueca.

Yo le respondí con una sonrisa. Saqué de mi mochila una botella y se la pasé a mi compañero, que sorbió algunos tragos.

Colby resultó ser un buen muchacho. Le conté lo que Smith decía sobre lo descuidados que suelen ser los ingenieros al aplicar términos muy poco precisos y utilizando el peor inglés cuando se refieren a los «valores característicos».

La máquina continuaba su trayecto a través del medio oeste nocturno, suspendida a unos dos pies de altura del suelo sobre un mullido colchón de aire.

De repente, desvió su trayectoria hacia el sur. El piloto utilizaba un radar y un satélite de navegación para detectar ciudades y edificios, que no ofrecían para él mayores dificultades. Desvió nuevamente el rumbo hacia el sudoeste.

Dick Colby, sin poder soportar por más tiempo el cansancio, pronto se durmió apaciblemente a mi lado. Lo dejé descansar sin molestarlo y me volví hacia la ventanilla para disfrutar del paisaje.

«Me divierte esta gente —pensaba Zirkle— que cree en la pureza de la ciencia aplicada y lucha por ello. En el fondo la ciencia y los científicos son lo mismo que cualquier otra cosa de este podrido mundo, e igualmente corruptos. He oído historias acerca de investigadores que, durante la época de los vuelos espaciales más importantes, cambiaban de empleo docenas de veces al año para duplicar los salarios cada vez. Lo mismo se cuenta sobre los publicitarios, quienes abandonaban las agencias llevándose con ello a los mejores clientes, para luego abrir su propia compañía. Pero eso no es nada comparado con los técnicos que logran impresionar al Pentágono y obtienen de los generales ayuda financiera para reinvertir en sus propias industrias electrónicas. No siento ninguna simpatía por las grandes compañías. Cualquiera que construya proyectiles y bombas H, y permite que luego otros decidan cuál será su uso, merece realmente el peor de los castigos. ¿Qué me sucedía últimamente? Aún me gustaba trabajar y estudiar, quedarme levantado hasta la una de la mañana, sentir luego la satisfacción de haber cumplido con mi trabajo y poderlo entregar al día siguiente.»

Encendí un cigarrillo y me recosté sobre el asiento; por mal que me fuera, esta aventura iba a entretenerme. Todo lo que a ciencia se refiera, bien venido sea. Me gusta mucho enfrascarme en cualquier trabajo nuevo y distinto. Es mucho más saludable que andar dando vueltas sin nada que hacer o tener que soportar algún rutinario y aburridísimo empleo en cualquier oficina. Francamente, no comprendo cómo hacen tantos millones de personas para soportar el desempleo. Habitualmente, cuando no tengo nada en que entretenerme y veo a los jovenzuelos despilfarrar sus horas libres en bailes,

fiestas y cosas por el estilo, admito que lo único que siento por ellos es un tremendo odio. Y no puedo decir que este nuevo trabajo, que pronto comenzaré, sea el mejor del mundo o comparable a algunos de los problemas que solía plantearnos el profesor Greenfield, pero por lo menos siento que empleo mi tiempo realizando algo positivo, en lugar de pasarme el día pensando en mí mismo. Me apasionan los problemas difíciles, sobre todo, aquellos que obligan a pensar constantemente.

La aurora asomaba ya por el horizonte; me acomodé en mi silla de aceleración tratando de conciliar el sueño. Según mi reloj, llegaríamos en pocas horas al inmenso desierto donde se encontraban las dependencias de la estación experimental de La Virgen, lugar de encuentro de todos los estudiantes contratados aquel verano para desarrollar el enigmático proyecto del cuadrado redondo.

—Ésta es su habitación, señores —dijo la muchacha rubia, a quien ambos miraban con admiración; tenía un lindo cuerpo, aunque sus piernas estaban ligeramente combadas.

Colby depositó su equipaje sobre la cama e inmediatamente comenzó a ordenar sus cosas en el ropero: yo me quedé leyendo el boletín informativo que nos habían dado al llegar, en el que nos invitaban a presentarnos inmediatamente después de nuestra llegada a la estación en la oficina de la computadora. Acomodé mis maletas en el ropero y salí.

Fuera, como hacía apenas unas pocas horas que el sol había aparecido, el resplandor del desierto no llegaba a molestar; guiándome por un mapa impreso en el mismo boletín, atravesé una serie de edificaciones en dirección a la oficina.

Los dormitorios eran agradables y simples, de estilo rústico, dotados de dos escritorios y dos bibliotecas cada uno. El lugar estaba limpio y cuidado; no poseía esa frialdad tan característica que suelen tener los edificios del gobierno. Los laboratorios y las construcciones auxiliares se encontraban desparramados por el desierto, y una sólida muralla rodeaba todo el complejo edificio. Gracias a esto, se evitaban las medidas de seguridad internas y las inspecciones. La gente vestía informalmente; se usaban pantalones vaqueros o de algodón de color caqui, botas y camisas de franela, lo que representaba

un agradable cambio, comparado con la universidad, donde la gente es muy formal casi siempre, si exceptuamos a los estudiantes técnicos.

El lugar donde se encontraba la computadora estaba, en su mayor parte, ubicado bajo tierra para facilitar la regulación de la temperatura, pues las computadoras suelen alcanzar temperaturas elevadas y hay que poner cuidado en que eso no suceda. En mi propia multiversidad he visto refrigerar estas máquinas mediante un complejo sistema de aire acondicionado con docenas de termómetros distribuidos por doquier. Si por alguna razón la temperatura dentro del laboratorio aumenta, existe un dispositivo eléctrico que corta el paso de la corriente para evitar que la máquina explote; sólo sé que, durante el verano, esas cámaras son el lugar ideal para descansar, dadas las bajas temperaturas que tienen y, de vez en cuando, hago incursiones en ellas, asustando a los genios adolescentes que las tienen a su cargo.

Me presenté en la oficina, donde averigüé sin pérdida de tiempo cuál era el cargo que se me adjudicaba; y me encontré con la triste sorpresa que la programación había sido organizada en base a una obsoleta máquina IBM, cuyo funcionamiento había yo aprendido en la multiversidad seis años atrás, cuando era sólo un principiante. La Compañía Internacional de máquinas Alef subcero pone a prueba la realidad creando este modelo de exactitud matemática. El mecanismo consiste en hacer deducciones a partir del modelo, que luego la máquina confirmará; si esto no sucediera así, se producirían en los tableros toda clase de señales y temblores. Esta máquina tenía algunas particularidades: el sistema era por lo menos diez veces más complejo que cualquier otro, con una acumulación de cincuenta unidades más y una frecuencia promedio de menos de diez segundos.

Al finalizar el día, yo me sentía disgustado, aburrido y profundamente frustrado. Apenas podía contener el deseo de tomar a mi joven ayudante por los tobillos, lanzarlo por el aire e incrustarlo contra el tablero de la máquina. ¡Maldito competidor! Por fortuna, me encontré con Harry Mandel sin necesidad de buscarlo, y, dos horas más tarde, nos reunimos con Richard Colby para intercambiar opiniones.

—He sufrido un gran desengaño —dijo Zirkle, muy disgustado—. Han organizado una serie de modelos de lógica matemática que no responden en

absoluto a la ley de la autocontradicción, como en el caso que A puede ser y no ser al mismo tiempo y otras cosas por el estilo; luego confirman los resultados con las máquinas Alef subcero, aunque creo que todo ese proceso no dará ningún resultado.

Harry Mandel meneó la cabeza de arriba abajo con gran entusiasmo. Era su forma de demostrar que estaba de acuerdo con lo que se decía; daba la impresión de que cada palabra dicha confirmaba alguna increíble teoría suya, ya se tratara de un comunista chino, un esquizofrénico o un espía. Su actitud asusta al principio, aunque luego uno se acostumbra a ella. Sus labios y sus manos temblaban, síntoma que, una vez que comenzara a hablar, no se detendría más y, para evitarlo, dediqué mi atención a Richie Colby. El experto en electrónica me miró mientras tomaba un trago.

—No lo sé —murmuró—. En este momento estoy trabajando en el campo de la biología psicológica, y hasta ahora, no logré entender qué es lo que sucede, pues me tienen ocupado en construir un mapa topológico neuronal para poder detectar los circuitos de los sesos. Pero no comprendo para qué lo quieren, ni tampoco me lo han explicado —añadió, levantando el vaso que había dejado sobre la mesa.

Tomé un trago de mi Coca-Cola; en general bebo poco, pues necesito que mis sesos se mantengan en buen estado para poder derrotar en buena ley a todo ese conjunto de mediocres.

El Bar Arenas Blancas, resultaba tranquilo; acabábamos de comer una gran *pizza* cargada de queso y aceite de oliva. Es increíble el tiempo que invierto recorriendo distintos bares. Nuestra civilización nos ofrece grandes facilidades para poder realizar ciertas cosas y pocas o ninguna para otras.

Resulta bien claro el proceso de cómo se deben llenar los formularios, ir a las clases, examinarse, graduarse y recibir finalmente el título de doctor; pero uno se pregunta cómo habría que hacer para alternar la diversión con el estudio en un tiempo tan largo como el que se invierte en una carrera. He oído comentar que en el M.I.T. se han visto obligados a duplicar el servicio psiquiátrico; más de una vez he tenido sueños demenciales en los que lograba escaparme de toda esta lamentable burocracia aunque, en un momento dado, me encontraba perdido, sin rumbo y sin amigos. Sí, eso era lo más

desesperante. ¡No tenía un solo amigo! De todos modos y volviendo al tema, pensó Zirkle, «los bares me gustan y éste es particularmente agradable».

Richard Colby tenía fija su mirada en el vaso.

—Vamos, Harry —le dije.

—Para que puedan entender mis propósitos es necesario que conozcan el funcionamiento del universo —acotó Mandel, incoherente—. La gente se pregunta por qué es así el universo, y Kant les respondió que el universo es un tango.

—¿Cómo?

—¿Acaso no saben lo que es un tango? —inquirió Mandel, burlón—. Pues hasta mis compañeros de psicología lo conocen. Es así —dijo, moviendo sugestivamente las caderas y, tomando el vaso, bebió el contenido de un solo trago—. ¡Daiquiri! —pidió a la camarera en voz alta, meneando las caderas otra vez.

Nos costó cierto tiempo elaborar las preguntas que deseábamos hacer a Mandel, pero éste, sin darnos tiempo siquiera, sacó un rotulador del bolsillo y se puso a dibujar algo sobre la servilleta de papel.

—¿Se acuerdan de aquel ejercicio de geometría que aprendimos en la escuela secundaria, que dice que un segmento tiene una sola bisectriz perpendicular, que se obtiene trazando dos arcos desde cada extremo y uniendo luego ambas intersecciones? Pero, ¿por qué tienen que tener los arcos intersección alguna? Podría haber en cambio dos líneas rectas que atravesaran los puntos en ambas intersecciones. Apuesto que a ninguno de ustedes se le ha ocurrido esta variante —dijo desafiante, mientras levantaba la vista del diagrama.

Dick Colby, que tenía una cara alargada, parecía preocupado; miró a Mandel sin dejar de parpadear.

—¡Y les diré por qué! —exclamó Harry muy decidido, bebiéndose la mitad del Daiquiri—. Porque el universo es un tango y nosotros somos incapaces de verlo de otro modo; cualquier otra cosa sería una contradicción, algo imposible e ilógico. La realidad es una interacción de ambas partes... y el universo es un tango —repitió Harry, terminando su Daiquiri de un trago y añadió—: Cualquiera de mis colegas les diría lo mismo.

Tanto Colby como yo habíamos llegado a la conclusión de que Mandel estaba algo chiflado; nunca se puede confiar en la gente de poca estatura, pues sus madres suelen contarles demasiado sobre la vida de Napoleón, ellos se lo creen al pie de la letra, y lo entienden todo al revés.

—Pero esto no significa que tengamos siempre que enfocar todas las cosas desde un mismo ángulo —parloteaba Harry—. Ya llegará el día en que el proyecto del cuadrado redondo dejará de ser algo imposible de comprobar y, junto con mis colegas, cambiaremos el mundo y enseñaremos a todos a bailar.

Cinco semanas más tarde, supe que Mandel no había estado bromeando ni ebrio cuando mencionó el proyecto del cuadrado redondo; sucedieron muchas cosas desde aquel día en que nos reunimos los tres en el Bar Arenas Blancas. En primer lugar, clausuraron las instalaciones de la sección de lógica matemática, donde había trabajado durante una semana. Luego, durante dos días, trabajamos normalmente, ensayando toda clase de pruebas y cálculos, ayudados por la computadora Alef subcerro, que verificaba hábilmente los datos que se le suministraban. El primer día estuve realmente entusiasmado, mientras que, al día siguiente, los jefes me dejaron perplejo. ¿Qué se proponían? Cuando llegó el tercer día, no hubo más trabajo, y, al cabo de una hora de espera, vino Besser —mi jefe—, quien me explicó que se me asignaría una nueva tarea, dado que esta sección también iba a ser clausurada.

—Pero, ¿qué ha sucedido? —inquirí, confundido—. Los dos últimos trabajos han dado excelentes resultados.

—Estos últimos trabajos... —comenzó a decir Besser, suspirando.

Tenía el aspecto de un camionero y nadie hubiera podido sospechar que él era un especialista en el difícil manejo de los sutiles enigmas que presentaba la lógica matemática.

—Los dos últimos trabajos fueron ejercicios banales —comentó el jefe—. Si recuerda algo de lo que estudió sobre lógica simbólica, en la escuela secundaria, podrá quizá imaginar cuál es nuestra intención. Para que me entienda mejor, le diré que, sólo si se descarta aquello que sea contradictorio respecto a una lógica adecuada para hacer legítimo el concepto del cuadrado

redondo, podremos eliminar toda noción de lo imposible y construir un lenguaje que se adapte a tal lógica. ¿Entiende?

—Sí, sí.

—Sin embargo —continuó Besser, carraspeando ligeramente—, no creo que tal cosa suceda. En el curso de introducción a la filosofía habrá oído usted quizá que algún joven mencionaba la existencia de una lógica disparatada, donde el color rojo puede ser también azul, o lo que es redondo ser también cuadrado —dijo Besser, enojado, encogiéndose de hombros—. Si el profesor lo deseara, podría obligarlo a callar, y si el joven insistiera, hasta podría humillarlo en público, pues esa clase de gente suele avergonzarse con mucha facilidad.

Asentí. El hombre sabía de qué estaba hablando, y se veía que conocía bastante a fondo el comportamiento de los adolescentes que concurrían a los colegios secundarios.

—Por lo tanto, es precisamente eso lo que nuestros matemáticos investigan. Como verá, aunque estos temas nos parezcan triviales en la vida cotidiana, pueden sin embargo poseer una lógica propia si descartamos la palabra «no». Muchos de los conceptos de la lógica pertenecen al pasado y carecen de interés, pues no tienen riqueza alguna ni ofrecen ideas nuevas; pero sirven de todos modos como punto de partida de alguna teoría matemática, así como Russel y Whitehead escribieron la famosa obra *Principia* tomándolos como base. Las matemáticas se utilizan para construir una lógica, un lenguaje con el cual poder describir el mundo; el hecho de haber descartado el «no», implica entonces que no hay oposición y, por ende, tampoco existirán las contradicciones —aclaró Besser, secándose el sudor que le corría por el rostro—. ¿Entiende?

—Creo que sí. Se trata otra vez del mundo de la realidad, que no coincide con las teorías planteadas —dije.

—Exacto. La matemática que usted ha estudiado no se ajusta al mundo real; es como si nos propusiéramos lograr que un transatlántico navegara sobre una línea recta, cuando sabemos que el mundo es redondo.

Asentí.

—Lo que quiero decir es que considero que es correcto y válido, pero no

describe algo real —corrigió Besser, rápidamente—. Parecería necesario que exista la contradicción.

—¿Cree usted que ésa podría ser la causa por la que la computadora Alef subcero haya producido series tan breves? Cada vez que la máquina detectaba alguna información contradictoria, se producían alteraciones en el diagrama del tablero, salvo en las dos últimas, donde todo transcurrió normalmente. ¿A qué se debió?

—Ah, aquéllas —gimió el jefe—. Fue una idea de Kadison.

—Continúe, por favor.

—Pues sabrá usted que la otra forma de eliminar las contradicciones es emplear el método de la exclusión.

—Explíquese.

—Trate de imaginarlo así —contestó Besser—. Usted sabe que tanto el concepto de «alto» como el de «bajo» son relativos. Pero si a usted se le llegara a ocurrir que todo aquel que se encuentre por debajo de los cinco metros será considerado bajo, no podrá entonces existir dualidad alguna y, de este modo, se podría continuar indefinidamente. Esa era la idea de Kadison.

—En la máquina funcionó a la perfección.

—Sí, pero fue completamente inútil desde el punto de vista científico; casi todas las cualidades tienen su opuesto en alguna otra cosa, como sucede con las nociones de espacio y materia, donde al final nada queda en pie y el problema se vuelve trivial.

—El universo es un tío —agregué.

—Estoy de acuerdo, aunque preferiría que emplease cualquier otro término que no fuese «tío» —apostilló Besser—. Llega un momento en que el universo entero se transforma en una sólida e indescriptible masa informe, exenta de cualidades.

Harry Mandel fue empeorando poco a poco. Al principio no me di cuenta de lo que le sucedía, pues estaba demasiado ocupado en descifrar los problemas que me planteaba la máquina, pero más tarde, como no me habían dado ninguna tarea, solía frecuentar el bar. Fue ahí, entre trago y trago, donde Mandel comenzó a mostrar síntomas de locura incipiente. Si me mantengo aún en mis cabales, se debe a que conozco todo lo que a psicología moderna

se refiere. Sé que me catalogan como el poseedor de una personalidad desvergonzada. Es para mí una cuestión de honor conseguir las mejores notas, los más altos honores, las becas y, por encima de todo, derrotar siempre a mis contrincantes. Así soy yo.

Dick Colby era de los que siempre se sienten culpables; tenía una fe ciega en los científicos y el mundo que los rodea. Según él, en su búsqueda de la verdad era indispensable poseer un código moral que él seguía al pie de la letra.

Harry Mandel era un individuo temeroso, que trataba por todos los medios de pertenecer siempre a grupos, ligando su destino al de los demás. Hay mucha gente que se comporta de la misma manera: los miembros de clubes, los grupos de atletas, los soldados y los grupos intelectuales y literarios. ¡Qué gran invento la psicología social! En el caso de Mandel, éste no tenía dificultades mientras se encontraba rodeado y protegido por sus amigos; el problema se agudizaba cuando ocurría lo contrario y se encontraba solo y sin amigos, pues corría el serio peligro de volverse un esquizofrénico. Como era muy inteligente, los síntomas que presentaba eran muy curiosos, lo que dificultaba más aún comprobar su chifladura.

A mediados del mes de agosto, se nos apareció una noche y empezó a monologar.

—En realidad, no tengo nada en contra de ese grupo minoritario — aseguró Mandel, en voz muy alta—. Sucede que aquellos que fueron traídos por primera vez, fueron seleccionados por su fuerza física, mientras que los más inteligentes lograron escapar de las garras de los negreros; luego, los trajeron aquí como esclavos, donde sirvieron como tales durante varios cientos de años. Podría asegurar que, si uno poseyera esclavos, no haría más que fomentar la procreación entre los más tontos y corpulentos, porque supongo que a nadie le convendría que la mezcla diera como resultado personas rápidas e inteligentes; si esto sucediera, es probable que intentarían escapar, y entonces se los fusilaría, o tal vez trataran de mezclarse con la raza blanca. Como ven, si esto se repitiera durante varios siglos, aparecería —y hablo exclusivamente en términos de genética— una raza inferior.

Mandel estaba completamente loco, y nada de lo que había dicho tenía

sentido; pues en un lapso de tiempo tan breve como son trescientos años, sería imposible percibir en la raza ninguna alteración genética; y es probable que los más inteligentes hubieran recibido el mismo trato que los demás. Además, en aquella época, a nadie se le hubiera ocurrido semejante idea; y pienso que, en lugar de fusilar a los fugitivos, sus amos optarían por capturarlos para que reanudaran sus tareas. Mandel utilizaba este argumento para justificar actitudes inmorales, inventando una especie de moralidad científica carente de toda realidad.

La ciencia y la moralidad son dos cosas muy distintas y, si tratamos de tomar a una como base para la otra, llegamos, como le sucedió a Hitler, a una conclusión parecida a la de «la solución final». Al menos el pobre desequilibrado de Mandel tenía la audacia de sostener semejante teoría, y por unos instantes, mis pensamientos se detuvieron en las bellas muchachas de la multiversidad, en el intercambio de estudiantes y, de pronto, me sentí poseído por una ligera excitación. La ciencia, el intelecto y la razón son cosas que valdría la pena olvidar... ¡Que Dios me perdone! Por un momento me dejé llevar por la ira. Tenía la imperiosa necesidad de abandonar todo lo que se relacionara con números y cálculos; hacía demasiado tiempo que me encontraba solo, y sentía ganas de encontrar a alguna muchacha con quien poder hacer el amor. Aparté esos pensamientos de mi mente. Con un gesto alejé el plato de latón con los restos de la deliciosa *pizza*; era evidente que el cocinero había hecho grandes adelantos en materia culinaria. Miré a Mandel, que se encontraba en el otro extremo de la mesa; su cara había comenzado a hundirse y sus ojos parecían cansados. Era necesario cambiar de tema, y pensé preguntarle sobre mi nuevo trabajo, pues esa misma tarde iban a transferirme a un nuevo grupo de programación psicológica, cuya tarea consistía en dibujar mapas neurológicos utilizando las matrices de Urbont.

—¿Cómo va el trabajo, Harry? —le pregunté—. ¿Y las clases de danza?

Mandel levantó la vista y me miró. Hacía un par de semanas que no hablaba de su trabajo, pues se había ofendido con nosotros al ver que lo tomábamos en broma desde aquel día en que disertó sobre Kant y el tango.

—¿Y qué hay con eso? —preguntó, crispado—. No sé demasiado al respecto. Hago lo que me ordenan.

—Pronto estaré a la par tuya —dijo Zirkle—. Estoy en tu misma sección, tratando de coordinar los dibujos que indican los mapas cerebrales.

—Ah, sí; en dos semanas debería comenzar la programación final y luego instalarán...

—¡Cómo! ¿Qué es lo que instalarán? ¿De qué estás hablando?

El hundido cuerpo de Mandel pareció derrumbarse más todavía. Estaba tan inclinado hacia delante que casi no se le veía la cara; sólo se vislumbraba su oscura forma, que contrastaba con el resto del ambiente, repleto de luces. El aire estaba impregnado del humo de los cigarrillos; sentados frente al bar estaban los técnicos del laboratorio y, en el otro rincón, dos físicos jugaban muy concentrados al juego del NIM; dos muchachas, una rubia y la otra castaña, vestidas con ropas livianas, bebían Coca-Cola sentadas en otra mesa.

—Nerviosismo sensorial —masculló Harry, en tono apagado. Y luego, dirigiéndose a mí, dijo—: ¿Qué otra cosa se te ocurrió pensar?

Parpadeó suavemente, y tomando el vaso bebió lo que quedaba.

—¡Ron y Coca-Cola! —pidió al encargado del bar—. En verdad odio beber —admitió sombríamente—. Pero al menos es algo que puedo hacer sin necesidad de rodearme de multitudes.

Richard Colby me miró divertido, y ambos nos inclinamos hacia delante dispuestos a escucharlo con atención.

—En la década de los cincuenta, los psicólogos de la universidad Mc Gill presentaron una serie muy interesante de experimentos sobre los vuelos espaciales pilotados por hombres, que formaban parte de la primera etapa de lo que se llamó «Vuelo espacial burbuja». El astronauta, confinado en su cápsula espacial, iba a estar sometido a toda clase de privaciones en el plano sensorial, con tan pocos estímulos visuales y auditivos con los cuales distraerse (concluyeron los psicólogos) que corrían un serio riesgo de volverse locos. Estos experimentos tenían por objeto verificar esta tesis, e incluían casos más extremos de privaciones de tipo sensorial. La perfección con que se habían construido los mapas que mostraban los circuitos cerebrales era asombrosa; los científicos que tenían a su cargo el proyecto del cuadrado redondo prefirieron adoptar el planteamiento inverso, o sea, en lugar de denigrar al ser humano hasta el límite de la locura, se lo elevaría

estimulándolo de la manera más enriquecedora posible, suministrándosele toda clase de datos e impresiones que serían verificadas por las más complejas computadoras y osciloscopios. No tardaron en aparecer voluntarios a quienes se les ofrecía dinero y la posibilidad de ingresar en un mundo ideal. El concepto que el hombre tiene del mundo varía según el calibre de su percepción y los datos que se le suministran. Durante miles de años, los hombres planificaron sistemas y estructuras para poder describir el universo, pero no se tomaron el trabajo de perfeccionar los instrumentos que recibían la información, y éstos, por lo tanto, no llegaron a cubrir las necesidades existentes. ¿Acaso la luz y el color pueden tener algún significado para un ciego? Los científicos que trabajaban en el proyecto antes mencionado tenían la esperanza de hacer desaparecer las contradicciones e imposibilidades siempre presentes en la realidad. Este sistema filosófico estaba expresado en el poema *El ciego y el elefante*. ¿Podría un delfín descubrir la relatividad? —dijo Mandel, casi enojado—. Claro que no. Por más sesos que tenga, nunca se ha creído que este animal tuviera percepciones o experiencias fuera de lo común. Y por esa misma razón debe haber muchos campos inexplorados por nosotros debido a nuestras carencias sensoriales. Creo que es la primera vez en setenta años que se encara un problema de esta índole de manera tan positiva —dijo Mandel, excitadísimo—. Antes, los psicólogos se entretenían en rebajar al hombre convirtiéndolo en una superrata de laboratorio, ¡verdaderos autómatas!

—¿Y qué piensas del psicoanálisis y de los seguidores de Freud? —le pregunté.

—¡Uf! —exclamó Mandel, irritado—. No quiero oír hablar de ellos. El id, el ego y el superego, son nada más que mecanismos mentales, cosas que están más allá de nuestro control y que al interactuar producen el comportamiento.

Era agradable ver contento a Mandel. Los neuróticos como él necesitan hablar durante horas para aliviarse, y es probable que, al hacerlo, se sientan protegidos de las agresiones del mundo exterior.

—Pero de todos modos —dije con lentitud, mientras movía mi dedo con aire amenazador—, ¿era yo el que se movía, y el dedo permanecía quieto?

¡Diantre! Tengo que beber menos.

»Pero, Harry —continué—, este dibujo no se alterará, aunque aparezcan todos los colores del arco iris juntos —dije arrojándole una servilleta que tenía impresa la imagen de un cohete.

—Puede que no —musitó—. Pero ése es sólo uno de los aspectos neurológicos de la idea. Hemos seleccionado elementos que nos permitirán llevar a cabo con éxito nuestra empresa. Los chicos tendrán que fabricar un mundo donde todo sea posible.

—¿Chicos? —preguntó Colby, en voz baja.

—Continúa, Harry.

Mandel parpadeó antes de proseguir.

La edad de los voluntarios oscilaba entre los doce y dieciséis años, edades que los psicólogos consideraban óptimas, ya que reunían una serie de ventajas; eran lo suficientemente jóvenes como para poderlos tipificar de acuerdo a sus reacciones, espontaneidad, integridad y fantasía total; además, poseían la madurez y flexibilidad suficiente como para poder elaborar correctamente todo el material que se les proporcionara, y, de todos los términos mencionados, la fantasía total es el más importante.

—Ciertos estudios —prosiguió Mandel— demostraron que esta fantasía es una cualidad característica de los genios, y estos jóvenes han sido especialmente elegidos a ese efecto; ello quiere decir que la mayoría de la gente tiene fantasía, pero se trata de una fantasía disociada, como lo es una revista sobre el sexo o los dibujos animados. Los niños que nacen genios precoces tienen complejas y extraordinarias percepciones que los ubica en el mundo de la realidad de un modo diferente. Estos niños han estado bajo los efectos de diversas drogas e hipnosis para que, una vez construido el nuevo esquema sensorial, se vean exentos de contradicciones lógicas, y pienso que va a tener que suceder de esa manera —exclamó Mandel.

Cuando por fin me decidí a preguntarle qué pautas utilizarían los psicólogos para comunicarse con los niños una vez finalizada la experiencia, Harry se dejó caer sobre la mesa completamente inconsciente.

—¡Niños! —murmuró con odio.

Me encontraba nuevamente en el departamento de matemáticas,

ordenando las matrices de Urbont que simbolizaban el modelo neurológico del cerebro humano. Era un trabajo aburrido y sutil, donde se descartaba la posibilidad de equivocarse. Las unidades básicas eran discretas, con ligeras intermitencias; poco a poco empecé a odiarme. Solía tener pesadillas diurnas mientras permanecía sentado en mi pequeño compartimiento refrigerado, donde creía transformarme en un insecto que quedaba atrapado dentro de un cubo de hielo, sintiéndome confortable, fresco y... muerto. De vez en cuando venían mis amigos a verme. Dick Colby, medio atontado y disculpándose, y Harry Mandel, confuso y hosco. Más de una vez tuve la intención de informar a las autoridades médicas sobre los problemas que tenía Mandel, pero nunca me animé.

En el mundo de la ciencia, cada hombre tiene su «sombra de papel» que lo sigue por donde va: expedientes, hojas de estudios y evaluaciones que sobre él hacen los supervisores. Y basta con que registren alguna situación negativa referida a la persona, como inestabilidad en el trabajo, hábitos irregulares o extravagancias, para que surjan dificultades.

Cualquier problema serio podría arruinar la carrera de un hombre. Pensé que lo mejor sería dejarlo en paz y que se arreglara solo. Prefería mantenerme alejado de los problemas emocionales de los otros. Por fortuna, la estación experimental introdujo nuevos entretenimientos, que me permitieron distraerme sin necesidad de recurrir al alcohol. Estas novedades resultaron ser las películas *moebius*, que se proyectaban en ciclos. Yo había visto el primero en Nueva York algunos años atrás y, desde entonces, el sistema había sufrido grandes alteraciones, aunque la estructura básica era muy simple. El desarrollo de la película se producía de tal manera, que no tenía principio ni fin; era casi imposible detectar el comienzo de la historia. *La guerra interminable* tenía por lo menos doce secuencias durante las que uno podía entrar en la sala, quedarse las dos horas que duraba la proyección, y al retirarse se tenía la sensación de haber presenciado un drama completo, una comedia, un documental, o cualquier otra cosa. El otro largometraje titulado *La novena generación o el incesto*, trataba sobre los amores de varias familias a través de tres generaciones; al cabo de cuarenta años, las relaciones amorosas de dichos personajes se transforman en una compleja maraña,

invirtiéndose la trama y presentando nuevamente a los protagonistas iniciales, quienes reinician sus matrimonios y divorcios. Era algo sobrecogedor y divertido al mismo tiempo. He sabido que los franceses están preparando una película de las mismas características con la variante que los acontecimientos abarcan sólo dos generaciones. En estas nuevas películas no se utilizará la idea de centrar los personajes y los objetos en el tiempo, la sonorización será reducida a simples disonancias, se empleará el mínimo de movimientos y se proyectarán del revés al derecho y viceversa. Aquellos que apoyan esta nueva técnica suponen que superará en calidad y significado a la tan conocida producción francesa titulada *El año pasado en Marienbad*.

La nueva generación me produjo un cierto placer, en tanto que Mandel, sentado a mi lado, sufría y se quejaba. Me quedé en la sala esperando la segunda proyección. Me acuerdo que después de ver por décima vez *La guerra interminable*, salí transformado en un pacifista; esto se debió seguramente a que el argumento culminaba proclamando el amor entre los hombres. En el caso de *La novena generación o el incesto*, el tema llegó a sorprenderme sobremanera; en una de las escenas, una bellísima muchacha, estudiante del Colegio Queens, da a luz en las escaleras de la biblioteca pública de Nueva York al que será Premio Nobel de Física, quien a su vez será el padre del dueño del burdel más importante del Bronx, y éste, según algunos indicios daban a entender, podría haber sido el padre de la hermosa rubia que daba a luz en las sucias escaleras.

Estaba condenado a competir con gente más joven que yo, y sabía que, pasados los veintisiete años, no sería ya capaz de producir una obra genial; me costaba contener las ganas que sentía de gritar y gritar, y, para evitarlo, apreté los puños con todas mis fuerzas.

En cuanto a Mandel, me había equivocado en parte al juzgarlo apresuradamente; tanto él como yo no nos avergonzaríamos. Él veía que el proyecto del cuadrado redondo era un manejo por parte de sus amigos para traicionarlo, como una nueva forma de tormento ideada por sus adversarios. Yo lo comprendía, aunque su problema no me afectaba.

Recordé un artículo que había leído en una revista titulada *Scientific American* sobre los problemas no resueltos en la carrera de un científico, de

las crisis nerviosas que suelen producirse pasados los cuarenta años, a medida que el individuo descubre que su actividad creativa se ha ido deteriorando al igual que su fantasía y espontaneidad. Me horrorizaba pensar en todo lo que he sacrificado en pro de mi intelecto para luego caer en un proceso análogo; y ahora me sentía viejo, pudriéndome en mi asiento, con los sesos al rojo brillando dentro de un cuerpo falto de ejercicio, desvencijado. No sé cómo logré levantarme del asiento y, tambaleándome, me dirigí a la salida. A mis espaldas proyectaban sobre la pantalla la imagen de un moribundo, que hablaba desde la cama a sus padres y nietos.

Me dediqué a trabajar intensamente con las máquinas grabadoras sin atreverme a tomar descanso, temeroso de cerrar los manuales indicadores del lenguaje de las computadoras. Otros días, en cambio, me costaba grandes esfuerzos concentrar la atención; estaba decidido a separarme definitivamente de todo lo que estuviera conectado con la ciencia. ¿Qué importancia tenía llegar a Marte o descubrir el elemento 1304? Daba lo mismo que se continuara o no la investigación concerniente al proyecto del cuadrado redondo, de las partículas o de las ondas. La ciencia no es más que otra de las grandes instituciones, y es probable que el hombre del futuro se ría de mí igual que mi colega se burla de los escribas que se pasaban la vida copiando manuscritos en los monasterios. Tuve que aguzar mi ingenio para hacer más llevaderas las últimas semanas de estancia en la estación experimental. Empecé a leer un libro sobre «la terapia del sueño»; explica que no hay mejor remedio para resolver los problemas angustiosos que dormir hasta que el subconsciente haya podido remediar el problema. Me costaba entender la filosofía del autor, pues añadía que, en el momento de morir, la mayoría de la gente no da la menor importancia a sus fracasos intelectuales o sociales, pero sí echan de menos, en cambio, los momentos de plenitud sensual.

Richard Colby aún venía a verme, mientras que Mandel había dejado de hacerlo; tal vez se había ofendido conmigo cuando, muy inoportunamente, le aseguré en cierta ocasión que él vivía perseguido por sombras de papel. Sin embargo, apareció un día sereno y alegre.

—¡Qué buen aspecto tienes! —le dije.

—Claro. He solucionado todos mis problemas.

—¿Y tus colegas psicólogos?

—Siempre supe que no eran verdaderos amigos míos, pero eso no significa que los deje de ver —repuso Harry.

—¿Por qué? —le pregunté, interesado.

—Bueno, supongo que recordarás lo que me dijiste acerca de los antecedentes que conviene tener y conservar para evitar conflictos con los superiores; sería muy difícil para mí encontrar un empleo fuera de mi carrera de psicólogo —admitió Mandel.

—Sé que la situación es así, al menos en las grandes organizaciones.

—Pero mientras mis colegas aprueben mi conducta, me dejarán tranquilo e incluso se mostrarán amables.

—¿A qué te refieres? —inquirí, desconfiado.

—Pues mira, es muy sencillo. Lo tengo todo planeado. Conseguí los elementos necesarios en el departamento de química y fabriqué una poderosa bomba que he colocado en el último estante de mi escritorio, que se halla situado en el centro de la sección de psicología, y la conecté a un detonador por medio de un botón.

—Continúa, continúa.

—Creo que está bastante claro.

—¡Harry, explícate! —le dije, impaciente.

—Mientras me sienta normal, continuaré con mis actividades habituales; pero si algún día compruebo que estoy volviéndome loco, como sospecho que va a suceder, y teniendo en cuenta que esto quedará registrado en mis antecedentes, con lo que todo se habrá acabado para mí y ya nunca podré ejercer mi profesión...

—¿Entonces?

—Pienso que todos se volverán contra mí, me acusarán de loco o se reirán a mis espaldas y, finalmente, querrán echarme —dijo Mandel, con una voz serena y contenida, aunque sin poder disimular el brillo demencial de sus ojos—. Pero no podrán hacerle eso a Harry Mandel; antes los volaré a todos en mil pedazos.

Esto fue suficiente para decidirme; ya no me importaba que fuera o no mi amigo. Informé al personal sobre la situación, por medio de un anónimo, y

aquella misma noche fueron a buscarlo y lo trasladaron bajo los efectos de fuertes sedantes en un aparato G. E. M. Topacio.

¿Acaso me encontraba yo en una situación mejor? Me había transformado en un alegre robot, en extremo neurótico, que se contentaba si cumplía con su trabajo. En una ocasión se me ocurrió la idea que, si alguna vez tenía un bebé perfecto, podría organizarle su vida de manera ideal, pero ya era demasiado tarde para que eso me ocurriera. ¿Estaría yo escondiéndome del mundo al dedicarme sólo a la ciencia? Por otra parte, mi profesión me daba la estabilidad que yo tanto necesitaba, a la vez que justificaba mi existencia; y por esa razón me sentía capaz de hacer trabajos que despreciaba. Tiene que haber alguna forma de encontrar el camino más conveniente para cada uno, el mejor, antes de que sea demasiado tarde. ¿Cómo hacerlo y por dónde empezar? Esta era una «imposibilidad» que tenía que resolver.

El proyecto del cuadrado redondo estaba llegando a su término; Dick Colby y yo, sentados en uno de los laboratorios electrónicos, observábamos en el tablero de la computadora el descenso de la aguja. Al lado, un circuito cerrado de televisión nos trajo la imagen de la enorme sección MT donde estaban situadas más de una docena de computadoras Alef subseis; el doctor Wilbur, jefe del grupo de traductores de las máquinas, se hallaba ante la consola de una de estas computadoras, la Alef subnueve, la más moderna y perfecta de todas las máquinas producidas hasta el momento por la compañía internacional. Este ejemplo fue construido a partir de la Alef subocho y su comportamiento era controlado por las máquinas Alef subseis para evitar cualquier irregularidad.

La rama de las matemáticas que ha cobrado mayor auge en este momento es la lingüística matemática, así como antes lo era la topología diferencial y luego lo fue la teoría de las categorías.

El profesor Wilbur se vestía en forma extravagante; usaba botas de material sintético, evitaba cuidadosamente la corbata y llevaba una raída chaqueta deportiva. Pero poseía una formidable intuición para todo lo que se refiriera al proceso de comunicaciones de las máquinas, que era lo que se requería para el buen funcionamiento y control de aquellas computadoras. Por encima de él, sobre el dintel de la máquina, se hallaba una inscripción,

cuyas palabras pertenecían a la Reina Juliana de Holanda y habían sido adoptadas como lema por la Unión Nacional de Programadores, que decía: «No lo comprendo. Y tampoco puedo comprender a la gente que lo comprende».

—El proyecto del cuadrado redondo me sigue pareciendo una locura —dijo un técnico, disgustado.

—Puede ser que no hayan acertado con el nombre —agregó Colby, que estaba a mi lado.

El experto en electrónica de la Universidad de Míchigan tenía el rostro tostado por el sol y parecía más contento que nunca.

—¿Leyeron ustedes alguna vez el poema del ciego y el elefante? —nos preguntó—. Es el mismo principio. Si se tuvieran nuevos sentidos y orientaciones, las aparentes contradicciones del mundo real podrían desaparecer. Es lo que algunos llaman «pensar en categorías distintas».

—Como en el caso de las *ondas-corpúsculo* —dijo alguien.

—Sí —dijo Richard Colby, sonriendo—. Los físicos comenzaron a estudiar ciertas partículas y comprobaron que algunas de ellas se comportaban como ondas bajo distintos influjos y que éstas, en ciertas reacciones, lo hacían como partículas; basándose en esa experiencia, los físicos llamaron a este nuevo ente *onda-corpúsculo*.

—¿Y qué aspecto tiene?

—No lo sé. Nadie lo sabe, pero tampoco se sabe qué aspecto tiene un cuadrado redondo —agregó Colby.

Un gran silencio invadió el laboratorio, como si se hubiera dicho algo de gran importancia.

En la pantalla de televisión, las computadoras teclearon ruidosas.

—¿Crees que todo esto tendrá aplicación militar de algún tipo? —gruñó a Colby, que parecía saber algo al respecto.

—Calculo que sí, aunque en realidad no lo sé. Por ahora no tiene ninguna aplicación específica; pero Einstein, al desarrollar sus ecuaciones y teorías, tampoco imaginó cuán útiles serían ni qué uso se les daría. Es posible que todo esto sea aprovechado en el futuro por los militares. Recuerda la organización que tenían los antiguos ejércitos alemanes; algo tan simple

como un comando en cadena podía barrer al más brillante de los generales junto con su ejército.

—Hasta pensar es peligroso hoy día, casi mortal.

—Habría que clasificar los pensamientos —dijo Colby, en tono de burla.

—Pero supongo que siempre habrá sido así —aclaré.

Las computadoras, que veíamos a través de las pantallas de televisión, continuaban funcionando; más tarde se completaría el trabajo suministrando a las máquinas traductoras la información que obtuviéramos para llegar a los resultados finales.

Los psicólogos del equipo decidieron no aceptar más información del centro de actividades.

Afuera, en el terreno del laboratorio, se veía a un grupo de adolescentes; éstos habían sido especialmente entrenados, superando en todos los aspectos el nivel que se obtiene en cualquier doctorado. Se los exponía a toda clase de fenómenos para extremar sus sensibilidades, incluso a aquellos que la gente común no podría percibir siquiera, pues nuestras maravillosas mentes están sordas y mudas a casi todo lo que nos rodea.

Bajo una sensibilidad tan delicada, estos muchachos escondían unas tremendas ansias de dominar el nuevo universo, de vaciarlo de aquella antigua noción que los humanos tenían de los opuestos, de las contradicciones y las limitaciones. Nada de cuanto pudieran soñar o imaginar debía ser un obstáculo para ellos.

Las computadoras continuaron funcionando durante diez horas, mientras Wilbur estudiaba, fumaba, paseaba y tomaba café.

A estas alturas, los jóvenes estarían despertando de una fuerte anestesia; la etapa siguiente consistía en ponerlos frente a una enorme cantidad de aparatos que, según me habían explicado, podían desarrollar la demostración de casi todos los fenómenos científicos acumulados hasta la fecha; a los más sensibilizados, se les suministraba un mínimo de información para poder obtener resultados más espontáneos. A partir de aquel momento había que esperar. Se encendió una luz roja en la computadora Alef subnueve, e inmediatamente comenzaron a llover los informes. Wilbur se acomodó en la silla del operador y comenzó a ordenar con una rara intuición el material

recogido para transformar todos esos datos en un lenguaje comprensible. Su cara reflejaba una gran concentración. Al cabo de cuatro horas, optó por emplear otro sistema. Volvió a concentrarse, apretó un botón y la máquina reaccionó proporcionándole información en código binario a través de los audífonos. Wilbur se sentó apoyándose en el respaldo del asiento y cerró los ojos durante breves instantes; luego tomó el micrófono.

—Hemos establecido comunicaciones; son comprensibles —aclaró—. Pronto sabremos de qué se trata.

¿Habría que felicitarlo? Quizá.

Los verdaderos resultados no se obtuvieron hasta once meses más tarde, después de una rigurosa clasificación. Recibí el informe algo embarullado por correo. Desde el punto de vista biológico, el éxito era rotundo. Los jóvenes que habían pasado por la experiencia se habían transformado en seres excepcionales y poseían un riquísimo universo sensorial. En el plano físico, eran semidioses, pues podían percibir cosas que nos estaban negadas a nosotros: intensidades distintas en los colores y perfumes, cuerpos y radiaciones de todo tipo completamente desconocidas por la humanidad; pero en cuanto al verdadero propósito del proyecto...

A los más sensitivos se les planteó el casi insoluble problema de eliminar toda contradicción existente, cosa que rayaba en lo utópico, puesto que, para poder hacer cualquier descripción racional, las contradicciones son prácticamente inevitables; los directores de la estación experimental pensaban que la ingenuidad de la mente humana podría llegar a resolver el problema allí donde la lógica pura de las máquinas había fracasado. En cierto modo, parte de él estaba resuelto. Wilbur tenía razón. Los indios de la raza hopi resultaban un ejemplo de la solución a la que apuntaban los más sensitivos. El lenguaje de estos indios no admitía ninguno de los tiempos compuestos de las lenguas indoeuropeas. Tiempo y espacio significaba para ellos una sola cosa y la noción de «lo posible» y «lo imposible» carecía de significado. Era tan absurdo para un hopi preguntarle sobre lo que había ocurrido ayer, como lo era intentar averiguar si llovería mañana. Para los sensitivos, tal cosa tenía redondez y tal otra era cuadrada. ¿Podría existir entonces algo que fuera redondo y cuadrado a la vez? El futuro dirá. Por ahora, carece de sentido

seguir pensando en una cosa semejante.

Pero la noticia se publicó un año más tarde. Harry Mandel, que se había escapado del aparato Topacio luego de agredir a un guardia, fue encerrado nuevamente bajo estricta vigilancia. Dick Colby y yo celebramos la partida con algunos tragos y luego él tomó el avión de regreso a la multiversidad.

Al día siguiente cobré mi sueldo, me entregaron el certificado que atestiguaba que había cumplido con mi trabajo y recogí la motocicleta.

Llegó el día de la partida y, al atardecer, permanecí un largo rato contemplando por última vez la puesta del sol en el desierto. La muchacha que nos había recibido a nuestra llegada caminaba a lo lejos, y pude observar que estaba embarazada; esto me produjo una agradable sensación, pues asocié ese estado con la protección del hogar y la continuidad de la raza, hecho que siempre me pareció un milagro. De repente, una ola de frío invadió mi cuerpo; mi mente produjo una trivial sensación tangencial que mis amigos solían llamar «curva de sostén» y que se representaba así:



Y de pronto, como en un vértigo, me vi apretujado junto a mis amigos en una de las sinuosidades cóncavas de la curva, entre el punto A y el B. El frío se extendió por todo el pecho, dejándome entumecido. De repente, todo me resultaba indiferente: la mujer encinta, los laboratorios, las oficinas y los edificios.

Una hora más tarde, tomé el aparato G.E.M. Esmeralda, que me llevó de regreso a la multiversidad. Las clases no empezarán todavía, pero ya tenía planeadas mis futuras actividades. Tomaría lecciones de chino durante tres semanas, y en otoño asistiría a dos cursillos sobre investigaciones militares. Como sé que los técnicos especializados escasean, es seguro que obtendré un excelente puesto muy bien remunerado, que me dará una agradable seguridad económica; no tendré que preocuparme de nada. Podré cooperar también en algunas investigaciones, y con ese dinero pagarme otros cursos de

matemáticas y ciencias. ¡Hay tantos problemas interesantes por descubrir y resolver! ¿Y si obtuviera una subvención del gobierno? Pero creo que debería callarme, sí, callarme de una vez por todas.

MUSCADINE

Ron Goulart

¿Qué ocurriría si se construyera un robot capaz de escribir un best-seller por año?

¿Una idea descabellada? En absoluto: en una época en que la cultura se ha convertido en una industria más, donde muchas obras de éxito son elaboradas y lanzadas al mercado ateniéndose casi exclusivamente a una serie de fórmulas comerciales preestablecidas. El hacer que una máquina se haga cargo de un proceso que de por sí tiene ya mucho de mecánico es algo perfectamente verosímil. Tan verosímil que queda preguntarse si más de una gran empresa editorial no tendrá ya su Muscadine...

Al sentir que su pie había desparramado los pequeños tornillos por el piso del oscuro cuarto del hotel, Norm Gilroy se detuvo murmurando:

—El muy simplón y crédulo. Otra vez se ha desenroscado una de las manos y seguro que ha corrido a enviársela a alguna tonta.

Encendió la luz. Vio que el cuarto estaba vacío y tomó el teléfono. Mientras sostenía el receptor entre el hombro y la cabeza, esperando que le respondieran desde la conserjería, se arrodilló y hurgó en la alfombra. Halló una lente de contacto que había perdido durante el fin de semana, y luego encontró los tornillos de la mano de Muscadine. Los miró de cerca con los ojos bizcos y el ceño fruncido y después los dejó caer en el bolsillo de su pijama.

—Parece que esta vez se trata de su mano izquierda. Al menos todavía podrá firmar autógrafos.

—Hotel Santo Tomás —dijo el conserje nocturno.

Gilroy hizo uso de su voz para relaciones públicas.

—Soy Norm Gilroy. ¿Ha visto usted al señor Muscadine?

Debía haberse levantado de su silla mientras Gilroy tomaba su ducha.

—Señor Gilroy, el señor Muscadine se fue en un taxi hace unos diez o quince minutos.

—¡Ah! ¿Se fijó si llevaba la mano izquierda en el bolsillo de su chaqueta?

—En realidad, señor Gilroy, el señor Muscadine parecía no tener mano izquierda. Se detuvo aquí a preguntarme desde dónde podría enviar un paquete postal a esta hora.

—¿Qué le dijo usted?

—Le sugerí que buscara un buzón —contestó el conserje—. ¿La mano

del señor Muscadine ha sido dañada por alguna negligencia del hotel?

—No —dijo Gilroy—, hay una historia bastante trágica detrás de todo esto, pero estoy seguro de que el señor Muscadine preferirá que ésta permanezca en secreto.

Gilroy comenzaba a recuperar la calma. Había trabajado diez años en relaciones públicas y seis con Muscadine.

—Gracias —dijo y colgó el receptor—. Ese tonto ha ido a enviar su mano por correo a esa muchacha pacifista.

Mientras se quitaba el pijama, Gilroy dijo:

—No es lógico dejarse deslumbrar por una pacifista que toca la cítara electrónica durante una sesión de autógrafos en The Emporium.

Además estaban quedándose sin recambios. La semana anterior Muscadine había enviado otra mano, por vía aérea, a la chica que había obtenido el tercer puesto en el concurso de Miss Wyoming. Ya era la sexta o la séptima vez. Dacoit & Sons, que mantenía aún su casa central en Boston, era una editorial conservadora en muchos aspectos. No estaría de acuerdo con aquel alboroto de las manos que viajaban por correo. Gilroy no les había dicho nada aún. Primero averiguaría un par de cosas en la zona de la bahía y luego haría frente a Dacoit & Sons.

Apretó su ancho rostro donde creía que estaría su sinusitis, aspiró profundamente, abotonó su elegante traje negro y bajó al salón de entrada.

La voz del boticario de la farmacia vecina lo detuvo al cruzar la entrada:

—Señor Gilroy, ya lo tengo.

—¿La mano de Muscadine?

—¿Qué?

El farmacéutico era pequeño; en su cabello cano quedaban algunas hebras rubias.

—La medicina para curar su «garganta de San Francisco».

—¿Ha visto pasar a Muscadine?

—Hace quince minutos. En un taxi que iba hacia Nob Hill. Parecía faltarle la mano izquierda. ¿Está enfermo acaso?

—No, es sólo el exceso de trabajo.

—Con un *best-seller* por año, me lo imagino. Dígale que me ha

encantado el asunto de la góndola en *Ten en cuenta este granito de polvo*. En general no me intereso por la flagelación, pero aquí estaba magníficamente elaborada —tomó un pequeño motor eléctrico y lo puso sobre el mostrador—. Esto es para su garganta.

—¿Cómo?

—Lo he inventado yo mismo. Está construido con un pulverizador de pintura que no podía vender, combinado con un rociador para insectos. Hágase aplicaciones en la garganta tres veces por día.

—Es que ahora es la nariz lo que me molesta —dijo Gilroy, dispuesto a marcharse.

—Claro, ha cogido «nariz de San Francisco». Es un efecto secundario de la «garganta de San Francisco». La gente que viene de Nueva York, especialmente los que vienen de los alrededores de las calles Sesenta y Cinco y Setenta Oeste, suelen coger «garganta de San Francisco» seguida de «nariz de San Francisco».

—Debo ir a buscar a Muscadine —dijo Gilroy. Pero se volvió hacia el mostrador—. ¿Sabe? Efectivamente, tengo un apartamento en la Setenta y Uno Oeste de Nueva York.

—Pues no hacía falta que me lo dijera. Con esos síntomas...

Una lluvia brumosa caía sobre Union Square. Gilroy dio cinco dólares al portero del Santo Tomás.

—¿Sabe dónde ha ido Muscadine?

—No dio ninguna dirección precisa al conductor —dijo el hombre del uniforme abultado—. Francamente, no fue amable al hablarme; me dijo que la chaqueta de mi uniforme no era del mismo color que el pantalón. Lo que pasa es que llevo los pantalones al tinte los lunes. Desde luego, he leído su novela *¡Largo de aquí, alegrías fútiles y engañosas!*, y después de leer entre líneas no me sorprende que Muscadine beba como un descosido.

—No, es sólo que se pone un poco quisquilloso cuando trabaja con prisas.

—Yo no llevaría prisa si pudiera vender un millón de libros al año —comentó el portero, entrecerrando un ojo—. Para mí que se ha ido de juerga a algún lugar de esos que no cierran en toda la noche, porque dijo que quería farrear hasta el amanecer.

—Gracias.

Gilroy vio que por la calle mojada se deslizaba un taxi. Lo detuvo y se metió en él.

—¿Sabe de algún club nocturno que cierre muy tarde? —preguntó al conductor.

—Sí, conozco montones de ellos, como el de Freddir Gibirini.

—El nombre parece un poco pasado de moda.

—Allí suele ir la gente más nostálgica y conservadora.

—Podemos comenzar por ahí —dijo Gilroy.

Acarició su nariz mientras contemplaba la lluvia cada vez más intensa.

Al alba, Gilroy estaba trepando a través de una maraña de arbustos en las colinas de la bahía de Berkeley. Dacoit & Sons le había advertido que no se acercara al doctor Pragnell en los viajes que hiciera a la costa oeste. Pero no había podido dar con Muscadine pese a haber seguido sus pasos durante toda la noche. Al mediodía debían ir a firmar autógrafos a la librería de Paul Elder, y a la hora de la cena tenían una entrevista. Gilroy esperaba que el doctor Pragnell pudiera darle alguna pista.

El hotelito de Pragnell no era muy alto. Estaba techado con maderos sin pulir, entre los que florecía una parra. Gilroy llamó golpeando con la leonina cabeza de bronce.

La puerta se abrió hacia dentro con agudos chirridos.

—Tu casa se está hundiendo, ¿no te habías dado cuenta? —dijo Gilroy, mientras entraba en el vestíbulo. Sobre la pared de la izquierda había apiladas unas doce sillas de mimbre, y sobre la última se había apoltronado un gato.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia? —preguntó el doctor Pragnell.

—¿Dónde está tu altavoz ahora? Lo tenías colocado en aquel perchero, bajo el águila.

—Ven a la biblioteca. ¿Cuál es tu tragedia?

—Se ha ido. ¿Puedes decirme cómo encontrarlo?

Tras un nuevo quejido, la puerta de la biblioteca se abrió.

—¿No está aquí? ¿No ha venido a su casa natal en busca de su padre?

—Tonterías —dijo el doctor Pragnell; hundido en su sillón de mimbre parecía Abraham Lincoln.

El cuarto estaba atestado de pilas de revistas, periódicos, libros, discos, abrigos, camisas y cientos de cosas impensables.

—No voy a comunicar esta visita a Dacoit & Sons —dijo Gilroy—. Les he hecho llegar un par de indirectas en el tono más jovial que pude sobre el estado de Muscadine. ¿Has oído decir algo tú?

El doctor Pragnell se encogió de hombros.

—Muscadine es una máquina sensible, Norm. Mucho más compleja que tu televisor, por ejemplo, y piensa en las veces que tendrás problemas con él.

—Nunca. En cambio al «Mercedes» tengo que llevarlo al taller cada dos por tres.

Se sentó sobre una sólida pila de *Mecánica Popular*.

—Muscadine ha enviado su mano izquierda a una pacifista que vive en Big Sur.

—Está construido de un modo muy especial, Norm; todas esas extravagancias están ligadas a su creatividad. Si tú llegaras al corazón de la gente como lo hace Muscadine, también tendrías esos arranques. En esto se han quedado atrás los muchachos de la Rand y la IBM: se negaron a programar los caprichos. Así es que, hasta el momento, soy la única persona que ha construido un robot funcional que puede escribir *best-sellers*.

—¿Ah, sí? Creíamos que Little & Brown había fabricado uno o dos.

—No pueden hacerlo. Tal vez en 1986, de aquí a cinco años, puedan conseguirlo.

—Habíamos oído decir que Little & Brown tenía una prolífica novelista androide y una cuentista de acero —dijo Gilroy—. ¿Recuerdas aquella vieja escritora inglesa de las novelas policíacas? La que ganó el año pasado el Edgar de la Sociedad Norteamericana de Escritores de Misterio. Pues murió hace dos años, pero en Simon & Schuster no se lo comunicaron a nadie. Todo lo que hicieron fue sustituirla por un androide.

—Te aseguro que sólo yo he tenido éxito en esto. Y bien, ¿qué es lo que te preocupa?

—La zona de la bahía siempre irrita un poco a Muscadine; supongo que

porque tú estás cerca. En este viaje ha estado peor que nunca; ha hecho de las tuyas en todas partes.

—¿Qué ha hecho?

—En Detroit le dio por tomar cuarenta tazas de café al día, vagando por las aceras móviles y viviendo de específicos farmacéuticos. Trató de alistarse en la marina mercante, marchar en una manifestación de protesta por la guerra en Formosa y emplearse como cocinero. Estuvo a punto de casarse con la heredera de un magnate de la industria automotriz, y luego la arrojó desde el segundo piso de un motel, en Hamtramck —Gilroy se restregaba la nariz mientras hablaba—. Afortunadamente conseguí que nada de eso trascendiera. En Chicago salía sólo por las noches. Ordenó que tapizaran con corcho la *suite* del hotel, tuvo un romance con una actriz de diecinueve años, tocó los tambores en la banda de Muddy Waters, se dio de puñetazos con un reportero del *Sun-Times*, y se hizo fotografiar abrazado al capo mafioso.

—Sí, todo eso está programado dentro de él —dijo el doctor—. Algunas veces creerá que es un hombre maduro y decadente y otras veces que es un borracho incurable. Todo basado en mecanismos microelectrónicos.

El gato había entrado maullando en el cuarto, y se encaramó de un salto sobre la espalda de Gilroy, que continuaba hablando.

—Estando en Los Ángeles se fue hasta Tijuana, y allí peleó contra dos toros, haciéndose llamar Papá Muscadine. También alquiló un Cessna y voló hasta Las Vegas, llevando consigo a la columnista más chismosa de todo Los Ángeles. Más tarde la arrojó desde otro segundo piso. La persuadí para que no lo demandara, pero tiemblo al pensar en lo que escribirá en su columna. En San Diego, desafió a un brujo del Ku-klux-klan, se presentó por el partido Conservador como candidato a gobernador, organizó un safari para cazar leones en África, se fue a una francachela que duró tres días, envió un telegrama proponiendo matrimonio a una muchacha de diecisiete años, hija de un senador, y casi lo arrestan por una discusión sobre linajes con una actriz de revistas que hace *strip-tease* bajo el nombre de Columbia, la perla del Océano.

—Es todo normal —dijo el doctor Pragnell—. Cuando programé en él todos esos toques de talento creativo e instinto para el best-sellerismo,

también incluí los rasgos impulsivos y salvajes que han caracterizado a los grandes hombres de letras de todos los tiempos.

—Pero es que cada vez está peor —observó Gilroy, echando de un manotazo al gato—. Pude transformar sus primeros disparates en buena publicidad, pero ahora... La ha emprendido contra sí mismo: no deja de desmontarse partes del cuerpo y enviarlas a las chicas que le interesan. Y lo que es más alarmante, Muscadine habla cada vez más seriamente del modo en que está traicionando su talento y de poner fin a toda esta payasada con el suicidio.

—Yo creí —dijo Pragnell—, que el éxito de sus libros *Bellos narcisos*, *¡Lloramos!* y *Nuestras trompetas llaman a tregua*, alegraría su espíritu.

—Sus dos últimas novelas no fueron gran cosa —observó Gilroy—. Pensé que Jocelyn, la muchacha de Dacoit & Sons, te mandaría los comprobantes de tus derechos. *Nuestras trompetas* no llegó a las cien mil copias. No cerramos trato con ningún club de libros ni nos propusieron filmar la obra, y aquello del serial para la televisión tampoco se concretó. Muscadine se está viniendo abajo.

—No es posible; es una máquina. Durará siempre.

—Ningún autor dura siempre —dijo Gilroy—. Muscadine me dice constantemente que todos los grandes escritores están acabados a los cuarenta, y se le ha ocurrido que ésa es su edad. Suele cantar una tonadilla irlandesa diciendo que la Dama del Lago se lo llevará, víctima de un corazón débil.

—Tú tampoco estás muy bien.

—Debe ser por la contaminación que hay en San Francisco. Oye, ¿dónde crees que pueda estar Muscadine?

—Supongo que para cuando vuelvas a San Francisco ya habrá regresado al hotel —repuso Pragnell—. Dentro tiene un mecanismo que lo hace regresar siempre. Antes de volverte a Nueva York, tráeme a Muscadine para hacerle algún pequeño ajuste.

—¿Sabes? Si continúa quitándose piezas, terminarán por darse cuenta que es un robot. A los de la Liga de Autores no les haría ninguna gracia.

—Muscadine es la primera muestra de lo que será el futuro.

—De aquí a diez años, tal vez. Pero ahora, una mala publicidad, podría arruinar a Dacoit & Sons.

—Deja que le haga un par de retoques, Norm. No te preocupes.

—Precisaré un recambio de mano izquierda.

Pragnell fue hasta un anaquel, tomó una bolsa de papel y la meneó diciendo:

—Aquí tienes un par de algunos tornillos extra.

Gilroy apartó el gato de su paso y salió. Estornudó durante todo el camino de regreso.

El cantante de blues, corpulento y con gafas oscuras, estaba sentado sobre su cama. La esbelta rubia, de no más de veinte años, estaba sobre el estante del equipaje. En el suelo estaba Muscadine con la mano apoyada en su cabeza de apretados rizos oscuros.

Gilroy cerró suavemente la puerta del cuarto del hotel y dijo:

—¿Quién está sobre mi cama? ¿Un cantante de blues?

—Una de estas mañanas —cantaba el negro, acompañándose con su guitarra— esa carroza negra vendrá a buscarme. Uh uuh.

—Ése —señaló Muscadine— es nada menos que el mismísimo Blind Sunflower Slim.

Gilroy lo miró, frunciendo el ceño.

—Oh, diablos, ¿dónde está tu ojo derecho?

—Sepultado en el pasado —contestó Muscadine, sentándose.

—Lo perdió en el club Ni muy ni tan —dijo la rubia—. Soy Jean Pinajian, del periódico *Post-Enquirer*. Yo estaba allí con un amigo; reconocí al señor Muscadine tocando la armónica electrónica y le propuse hacerle una entrevista exclusiva.

—He visto que tenían una bandeja llena de ojos de vidrio donde compré mis nuevos lentes de contacto —dijo Gilroy—. Ya conseguiremos uno, señorita Pinajian, tendremos muchísimo gusto en concederle una entrevista exclusiva mañana a primera hora. Creo que en este momento, el señor Muscadine debería descansar.

En realidad, el androide no necesitaba descansar. Bastaba con que se sentara en una silla mientras Gilroy dormía, aunque últimamente no lo hacía muy a menudo.

La muchacha asintió.

—Está tan atormentado... Vamos, Slim.

El cantante de blues se levantó de la cama, abrió la puerta para dejar pasar a la periodista y salió tras ella.

Gilroy buscó dentro de la bolsa de papel que había traído consigo.

—Te conseguí una mano nueva —dijo—. No vayas a enviársela a la primera amante de la paz que encuentres.

—Paz —dijo Muscadine, tomando la mano y atornillándola distraídamente a su muñeca—. Pronto la conoceré. El río del olvido fluye hacia el mar; el fatigado Leteo vuelve a casa a reposar.

—¿Me prometes quedarte aquí mientras corro a comprarte un ojo?

La mano de Muscadine jugueteaba en sus cabellos.

—Todo ha fracasado, Norm. El viejo esplendor ha pasado, también el nuevo. Una vez esperé que se me permitiera decir lo que yo creía que debía decir sin verme obligado a repetir lo que la gente quiere que le digan. Fui feliz siendo niño en Gales, Baltimore o no importa dónde. Cuando tenía aquella bicicleta y ayudaba a recoger la cosecha, y cuando tuve que matar a mi caballo porque se había caído en el desfiladero, cuando caminaba por las calles en octubre, aspirando el aire del año que moría y me sentaba en el tranvía que circulaba por el Mississippi. El pasado se ha ido, se lo ha llevado el viento; está muerto como lo estaré yo pronto.

—Cálmate —dijo Gilroy—. Siéntate en una de las camas; te pondremos ropas frescas e iremos a la librería.

—Esta mañana he sentido que la carroza negra venía a buscarme —cantaba Muscadine.

Gilroy seguía escuchándolo, mientras esperaban el ascensor.

La Torre Sin Fin quedaba en el piso octavo de un edificio en North Beach. En el amplio salón comedor había siete personas cenando y cinco

camareras desnudas. Un hombre delgado y harapiento llamado Cullen Frimmer, dirigía su programa de radio desde una cabina telefónica, situada al fondo del salón.

Gilroy y Muscadine aguardaban junto a él. Al terminar los ensordecedores anuncios publicitarios, Frimmer tomó el micrófono y dijo:

—Estábamos charlando, antes de esta molesta interrupción, con Neil Muscadine, autor de *Ten en cuenta este granito de polvo* y otros embustes por el estilo. Le comentaba al señor Muscadine que su obra me parecía una bazofia. Ahora esperamos las llamadas de quienes quieran hablar con Muscadine.

Muscadine bebía un cóctel tras otro. El doctor Pragnell lo había construido de modo que pudiera comer y beber y demostrar los efectos que esto le producía.

El empresario de La Torre, un hombre gordo que llevaba un smoking, apareció repentinamente y entregó una nota a Gilroy. La nota decía: «Dígale al oído que no suelte una patraña. Recuerde el código de censura».

Muscadine leyó la nota al mismo tiempo que Gilroy.

—Recuerde el código de censura —dijo.

Frimmer bebía vermouth dulce.

—El código de censura es un fastidio —dijo, tomando el teléfono que zumbaba a su izquierda.

—Habla la vieja dama de Presidio Hills.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Ese Muscadine, Dios lo bendiga, conozco su voz. Pregúntele si muchos años atrás lo dejaron abandonado en las gradas de una iglesia de Youngstown.

—¿Qué clase de cuento es éste? —preguntó Frimmer.

El empresario lo aferró de un brazo.

—Guarro, le dije que no fastidiara por radio desde mi salón «Del vino y los candelabros».

Muscadine tomó el receptor.

—Efectivamente, yo era ese niño abandonado, señora. Yo soy tu amado hijo, mamá.

—¡Pillo escurridizo! —exclamó la mujer—. ¡Después de cuarenta años de no verte!

Frimmer inclinó el candelabro de mesa, intentando quemar el smoking del empresario que, al verlo, le dio un golpe en la oreja y en un aparte dijo a Gilroy:

—Lamento haber enredado al señor Muscadine en todo esto.

—Te enviaré algo, mamá —decía al teléfono Muscadine, mientras utilizaba un cuchillo de la mesa para desenroscar los tornillos de su mano izquierda y algo más.

Gilroy no podía detenerle porque la mesa le bloqueaba el paso.

—Tranquilízate —le dijo—. Háblale de la novela.

Muscadine se quitó el pie derecho y lo puso sobre la mesa.

—¿Dónde estás ahora, mamá?

—En la calle Clay, cerca del campo de juegos infantiles. ¿Vendrás a verme a casa?

—No, me voy a una casa mejor de las que este mundo puede soñar. Por una causa y otra, ya no puedo más.

Dio el primer salto.

—Me voy del programa... Adiós, adiós...

Tambaleante y desequilibrado, salió corriendo del salón.

Gilroy colgó el receptor y comenzó a perseguirlo.

Abajo, en la calle, la caza continuó en los taxis a través de las nebulosas colinas y del puente Golden Gate. Por fin, Muscadine se detuvo más allá de la ciudad de Sausalito, cerca de una arboleda deshabitada, que descendía hasta la oscura bahía. Dejó el taxi y se fue corriendo por entre los árboles.

Gilroy pagó el taxi y lo despidió. No quería más testigos de los arrebatos de Muscadine. El otro coche ya se dirigía hacia la ciudad. Gilroy se lanzó colina abajo, cruzando el bosque.

Muscadine estaba desparramado a lo largo de toda la playa. Los brazos, el otro pie, las piernas, un embrollo de mecanismos en miniatura: todo esparcido sobre la húmeda arena gris.

Su cabeza rizada yacía a la orilla del agua.

—La playa del olvido —dijo en un susurro de voz.

—Tonto. ¿Cómo has logrado desparramarte con tanta rapidez?

—Me han fallado las fuerzas. Soy una decepción para mi madre, la dama de Presidio Hills. Todo ha terminado.

La cabeza dio un brinco hacia el agua.

Cuando Gilroy pudo tomarla, ya había comenzado a hundirse, produciendo chispas y ruidos extraños.

Gilroy dejó las dos cajas de cartón junto al gato del doctor Pragnell. Las había encontrado en un supermercado de Sausalito.

—No me he molestado en volver al programa a buscar el pie y la mano que faltan —dijo.

—He estropeado una entrevista por radio —manifestó el doctor—. Tal vez me haya excedido al programar a Muscadine. Cuando volvamos a armarlo, lo afinaré para contenerlo un poco.

—Tú eres doctor en medicina, ¿no es así?

—Claro.

—Puedes firmar un certificado de defunción.

—¿De quién?

Gilroy señaló con el pie hacia las dos cajas de cartón. En una de ellas decía Vino Gallo en letras rojas.

—Él ya ha puesto casi todas sus buenas ideas en los seis *best-sellers* que tenemos —dijo, tosiendo—. Su popularidad ha decrecido notablemente este año. Hemos tenido que hacer esta gira intensiva para promocionar su último libro.

—Son pequeños defectos que pueden subsanarse.

—Tú obtienes el cinco por ciento de las ganancias de Muscadine —observó Gilroy—. ¿Podrías construir una máquina, no un androide, una que sólo se siente a escribir lo que nosotros queramos? Una máquina que haga un par de libros para repartir a medias entre tú y yo. Los de Dacoit & Sons se volverán locos, pero no podrán hacer nada sin admitir que Muscadine era un robot. Y después de esto, podrás volver a hacer un androide cuando quieras.

—¿Para qué quieres la máquina escritora, Norm?

—Hay mucha gente que me asocia con Muscadine. Especialmente los críticos y los cronistas —explicó Gilroy—. Primero firma el certificado de su muerte. Anuncia que murió repentinamente, dejando entrever un alcoholismo agudo con complicaciones.

—¿Y después?

—Después escribimos *Mis años junto a Muscadine*, seguido de *El día que murió Muscadine*, y por último *La cinematográfica vida de Muscadine*.

El doctor Pragnell tomó su gato y lo acarició.

—Podría ser —dijo.

Gilroy volvió su mirada a las cajas.

—Si es que voy a quedarme más tiempo en California, alguien tendrá que procurarme una medicina para mis problemas respiratorios.

—Podría ser —repitió el doctor Pragnell.

LA CAMA NÚMERO 12

Dean R. Koontz

La marginación —o incluso la eliminación— de los ancianos que ya no son rentables para la sociedad es un tema que la moderna SF ha tratado a menudo, como una de las muchas vertientes de la temática derivada del peligro de superpoblación.

En el siguiente relato se nos ofrece una estremecedora variante de este tema, a través de la narración en primera persona de un anciano recluido por el simple crimen de ser viejo.

Ahora que me encuentro en la oscuridad y el silencio, rodeado de enfermeros metálicos que sonríen y giran sin cesar a mi alrededor; ahora que todo el mundo se ha ido y que me encuentro completamente solo; ahora que la muerte no deja de rondarme y que tengo que enfrentarme solo a ella, he tomado la decisión de escribir toda la historia, esta sorprendente historia. Dispongo de carboncillo, de pintura y de cartulina. Es posible que ellos encuentren esta historia que pienso escribir, pues lo registran todo y son capaces hasta de detectar el eco de mi voz. Sí, es muy posible.

Por eso no tendré más remedio que buscar un sitio idóneo donde esconder el escrito. Creo que el lugar apropiado sería la alacena, ya que allí hay una gran cantidad de papeles y no se les ocurrirá registrarla. Los enfermeros metálicos no saben leer, y por eso cuando alguien muere queman todos sus papeles. No, el escrito no estaría seguro si lo escondiese en mi mesa. Todos estos contratiempos hacen de este lugar un verdadero infierno, sin ninguna posibilidad de comunicación con el mundo exterior. Y un hombre tiene derecho a vivir su vida, a contemplar hermosas mujeres, a los niños, a los perros y tantas otras cosas bonitas que hay en el mundo. Un hombre no puede ser encerrado en un frasco como si fuera una muestra de alguna cosa rara y luego depositado en una estantería. Sin embargo, aquí estoy escribiendo igual que un insecto encerrado en un frasco agitando estérilmente sus alas.

Al principio, éramos once. La sala tiene capacidad para doce personas. Sabíamos que algunos iban a morir muy pronto y que entonces quedarían libres algunas camas. Había cuatro de nosotros que ya llevaban más de ocho años viviendo aquí, y como pensábamos que pronto morirían, estábamos ilusionados con la idea que veríamos nuevas caras. A fin de cuentas, esto era

lo único que daba algún interés a nuestras vidas: después de tantos años, el juego de damas y la pintura resultaban monótonos.

En cierta ocasión, un caballero inglés de exquisitos modales se unió a nosotros en la sala del misterioso hospital. Había estado dos veces en África, y siempre nos estaba contando las peripecias que había pasado en sus numerosos safaris en aquel continente. Nosotros nos pasábamos horas y horas escuchando aquellas historias de animales salvajes escondidos en la espesura de la selva, esperando que pasara algún incauto cazador para destrozarlo con sus poderosas y afiladas garras. También nos hablaba de extrañas aves, de misteriosos templos, de rituales exóticos y de hermosas indígenas de piel suave y oscura.

Pero un día el inglés murió, escupiendo sangre por la boca y la nariz.

De modo que cada vez que había nuevas caras en la sala, sentíamos que la vida aún conservaba algo interesante, que merecía la pena vivirse. Y como antes decía, siempre había nuevos rostros. Los más antiguos de esta sala eran Libby (su verdadero nombre era Bertrand Libberhad), Mike, Kyu y yo. Sí, éramos los veteranos. Libby hacía ya once años que estaba de paciente en la sala; yo sólo llevaba nueve. Kyu y Mike eran los más novatos, solamente llevaban ocho años. Los demás habían estado una semana, un mes, dos meses a lo sumo, y luego se los habían llevado para quemarlos y convertir sus cuerpos en cenizas. A nosotros los veteranos nos convenía que muchos de ellos muriesen, pues esto implicaba que veríamos nuevos rostros. En fin, ustedes ya me entienden, ¿no es verdad?

Sin embargo, fue precisamente a causa de una de estas nuevas caras por lo que ahora me encuentro solo, sentado aquí en la oscuridad, como un gigantesco insecto atrapado en una gruta oscura y sin salida, agitando sus alas, indefenso.

La nueva cara a la que me refiero era la de Gabe Detrick. No se extrañen ustedes, pues todas las caras tienen un nombre, como Libby, Kyu o Mike. ¡Pero Gabe era tan *joven*! Parecía no tener más de treinta años. Cuando nos fuimos a dormir, la cama número doce continuaba desocupada. Por la mañana, al despertarnos, allí estaba Gabe; pero ya no era el muchacho que habíamos visto la víspera, sino un hombre maduro y de una estatura

gigantesca. Era indudable que durante la noche, cuando todos estábamos dormidos, lo habían tomado y lo habían arrojado a la cama número doce, como si fuera un pedazo de carne.

Inmediatamente, todos nos pusimos a especular cómo era posible que un hombre como Gabe hubiese ido a parar a un lugar donde sólo estaban aquellos ancianos que no tenían hijos que los cobijasen en sus casas. Además, había que tener más de cincuenta y cinco años para que aquellos monstruos de ojos rojizos, carentes de boca y con una especie de rejillas en lugar de orejas, viniesen por la noche, lo durmieran a uno inyectándole una droga y lo trasladaran a la cama número doce. Y Gabe no era un anciano...

Cuando se le pasó el efecto de la droga y se despertó, todos permanecimos en silencio; ese mismo silencio que se produce cuando un árbol gigantesco es derribado y cae a tierra, y permanece en ella solemne y muerto.

Todas las miradas estaban fijas en él, incluso la de Kyu, que era tuerto.

—¿Dónde me encuen...?

Nadie le permitió que acabara la frase. Todos nos acercamos a él y le explicamos su situación. Cuando se enteró, a pesar que aún parecía estar bajo los efectos de la droga, reaccionó como lo hubiera hecho un hombre a punto de enloquecer.

—¡Sólo tengo veintisiete años! ¿Qué es lo que ocurre en este siniestro lugar?

Acto seguido saltó de la cama, caminó tambaleándose y se puso a dar vueltas por la habitación como si tratara de buscar una salida para huir de allí. Nosotros le seguimos —los pocos que aún podíamos caminar— igual que una oveja sigue a un pastor que intenta matar un lobo.

De repente observó las líneas oscuras y paralelas de los tablones del suelo, y se puso a golpearlo furiosamente, a pesar que le advertimos que no ganaba nada con ello. Pero él no nos hizo caso alguno y continuó golpeando, cada vez con más fuerza, hasta que el ruido fue tan fuerte que estimuló los «oídos» de un robot que pasaba por el corredor. Éste se acercó a la puerta y preguntó qué ocurría.

—Lo que ocurre —respondió furioso Gabe— es que ustedes han

cometido un error conmigo.

El autómatas se detuvo ante él. Aquellos robots no tenían expresiones faciales como los seres humanos, pero éste parecía mirar de soslayo. Nosotros lo llamábamos doctor Domo. A lo mejor era un defecto que tenía, es decir, quizá el reflejo rojizo de su ojo izquierdo era menos intenso que el del derecho.

—Mi nombre es Gabe Detrick. Soy contable, y vivo en la calle Mordecai, 545, en Ambridge.

Se oyó un ruido metálico, muy característico en el robot cada vez que iba a decir algo. Luego el doctor Domo le preguntó:

—¿Necesita una cama?

Todos pensamos que Gabe iba a reaccionar propinándole un puñetazo a aquel robot que miraba de soslayo. Tanto fue así que Kyu lanzó un grito cómo si realmente ya le hubiese pegado, y fue tal el terror que reflejó en su rostro que quizá esto impidió que Gabe llevase a cabo su intención.

—La cena se servirá dentro de dos horas —dijo Domo—. ¿Era eso lo que quería saber?

—Lo que yo quiero es salir de aquí.

—¿Se está muriendo? —le preguntó el hombre metálico.

—¡Cómo me voy a morir si sólo tengo veintisiete años! —respondió Gabe, en un tono que parecía insinuar que los ancianos allí presentes fuesen viejos papiros a punto de convertirse en polvo. Creo que todos nos sentimos un poco molestos por el tono que empleó Gabe al contestar al robot.

—¿Desea una cama? —volvió a preguntarle el doctor Domo, visiblemente confuso.

El robot estaba programado para responder a setecientas preguntas diferentes: *¿Me puede dar una cama? ¿Podría proporcionarme más papel? ¿Qué tenemos para cenar? Siento dolor*, etc. Pero no estaba programado para comprender el problema que le exponía Gabe en aquel momento.

Entonces éste hizo lo que ya había pensado anteriormente. Echó hacia atrás su musculoso brazo y luego dirigió su puño contra el rostro del robot. Pero el golpe no alcanzó su objetivo, pues los enfermeros metálicos estaban programados para defenderse de los pacientes furiosos o dementes. En una

décima de segundo el brazo articulado del robot le proporcionó un terrible golpe a Gabe y le derribó al suelo.

Libby y yo lo levantamos y lo depositamos en su cama. Luego le pusimos una compresas de agua fría en la frente, utilizando unos trozos de camisa.

—¿Dónde me encuentro? —preguntó Gabe, al recuperar el conocimiento.

Kyu tuvo la intención de explicárselo de nuevo, pero prefirió callarse.

—Nunca discuta con un enfermero-robot, pues jamás podrá ganar —respondió Libby, quien había comprobado las consecuencias desde sus primeros años en aquella sala.

Gabe hizo un esfuerzo y se incorporó en la cama. Tenía hinchada la mejilla derecha debido al tremendo golpe que se había dado al caer al suelo, y esa zona de su rostro comenzaba a amaratsarse. Ciertamente, no ofrecía un aspecto muy agradable.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó Kyu.

Yo permanecí callado, pues no soy de esos a quienes les gusta hablar de todo. Esto me recordó una cosa que Libby siempre solía decirme cuando escribía mis cortos relatos (que los robots luego se encargaban metódicamente de quemar). En efecto, Libby acostumbraba a decir refiriéndose a mí: «Amigos míos, el viejo Sam no habla mucho, pero va a ser nuestro mejor biógrafo. Estoy seguro de que él hará con nuestras biografías colectivas un trabajo mejor que el que hicieron con Johnson».

Bueno, quizá Libby tuviese razón. Quizá haga una buena crónica de todo lo que he visto y vivido. Es posible que me sobre tiempo para terminar esta historia y escribir muchas cosas más que sucedieron después. Es decir, todo lo relacionado conmigo después de que todo el mundo se fue y me quedé solo. El silencio siempre se impone, pero yo no puedo tolerarlo.

Semanas después de este suceso, Gabe parecía haber envejecido más que el resto de nosotros. Tanto, que parecía uno de esos ancianos de la sala que estaban a punto de morir. Nos contó que junto a él dormía un anciano, y que una noche los robots habían venido para llevárselo, pero se equivocaron de sala y se llevaron a otro. Le explicamos que estaba equivocado, que en

aquella sala no había más seres humanos que nosotros. Entonces se enfureció y se puso a golpear la puerta de la sala. Y de nuevo vinieron los robots y le golpearon. Fue así como aprendió la realidad de la situación. Al conocer la verdad, al comprender que nunca saldría vivo de allí, Gabe se sintió más deprimido de lo que estábamos nosotros. Sin embargo, siempre procuraba disimularlo. Y no sólo eso, sino que, además, procuraba alentarnos, consolarnos. Siempre trató de mostrarse simpático y agradable durante todo el tiempo que vivió en la sala de aquel macabro hospital.

Ahora recuerdo que en cierta ocasión hubo un fuerte altercado entre Brookman y Hanlin, y Gabe intervino inmediatamente para evitar que llegaran a golpearse. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Estoy seguro de que las has cogido! —dijo Brookman, dirigiéndose furiosamente a Hanlin—. ¡Te va a costar caro el habérmelas quitado! ¡Eres un ladrón y un cerdo!

Hanlin, una nueva cara entre nosotros, se puso tan colorado que su nariz parecía un volcán a punto de entrar en erupción. La saliva se deslizaba por las comisuras de sus labios cual si fuera blanca lava.

—¡Eres un embustero, Brookman! —le contestó Hanlin, más furioso todavía—. ¿Por qué iba a cogértelas? ¿Qué iba a hacer con ellas? ¿Para qué iba yo a necesitar tus estúpidos juguetes?

—Cuando llegue la hora de la cena y nos traigan los cuchillos, te juro que te cortaré en pedazos. ¡Vergüenza tendría que darte, haberle robado a un compañero de sala!

Todos nos volvimos en las camas para observar aquella especie de drama. Pero como sabíamos que Hanlin y Brookman eran muy buenos amigos, estábamos seguros que la sangre no llegaría al río y que al final todo se arreglaría pacíficamente.

Sin embargo, Gabe saltó de su cama con una rapidez y una agilidad tan asombrosa que nos dejó boquiabiertos a todos nosotros, acostumbrados como estábamos a tratar sólo con ancianos: habíamos olvidado ya la agilidad de la juventud. Gabe separó a sus dos compañeros de sala y les dijo:

—¡Cállense los dos! ¿Acaso quieren que algún robot los oiga discutir y venga y los mate?

—Es que este imbécil me ha llamado ladrón —respondió Hanlin, tratando de desasirse del férreo puño con que Gabe lo sujetaba.

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado? —les preguntó Gabe.

—Me robó mis pajillas —respondió Brookman—. Este maldito ladrón me las robó.

—Vamos, Brookman, tranquilízate —dijo Gabe—. ¿De qué pajillas estás hablando?

En el rostro de Brookman se dibujó una mueca muy extraña, semejante a la de un niño sorprendido en alguna travesura. Entonces, avergonzado, confuso, desistió de pelearse con Hanlin y dijo:

—Todo hombre tiene que poseer algo suyo. Algo de su propiedad exclusiva. ¿No le parece?

—Sí, estoy de acuerdo, Brookman. Pero, ¿de qué pajillas estás hablando? No entiendo nada.

—Es que he estado coleccionando durante mucho tiempo las pajillas que nos dan para beber la leche. Se pueden hacer muchas cosas con ellas. Una vez hice una muñeca. Una muñeca como la que Adela y yo le regalamos a nuestra hija Sarah cuando era una niña.

Mientras Brookman hablaba, unas lágrimas cual gotitas de cristal se deslizaron por sus mejillas. Algunos de nosotros volvimos la mirada a otro lado, emocionados. Pero Brookman continuó hablando:

—Sí, una muñeca como la que le regalamos a nuestra hija Sarah. Podía mover las piernas, bailar, saltar y hacer de todo. Y si usted tiene un poco de imaginación, esas pajillas pueden representar muchas cosas. Pueden ser personas que se mueven alrededor de uno y con las que se puede hablar; o bien pueden ser dinero, cada pajilla puede representar un billete de cinco, diez o incluso de mil dólares. Sí, estas pajillas son algo. Además, son *libres*... y puesto que Adela y Sarah y...

Aquella escena me emocionó tanto que me obligó a observar al pobre Brookman. Éste, con sus oscuras manos llenas de lunares, en las que las venas sobresalían como en un bajorrelieve, trataba de ocultar su rostro bañado en lágrimas. Todo su cuerpo se estremecía con paroxismo.

—¿Le robó sus pajillas? —preguntó Gabe a Hanlin.

—Yo...

—¡Sí, se las robó! —gritó Gabe, enfurecido, con el rostro desfigurado por la ira, mientras se mordía los labios. En aquel momento, Gabe parecía un animal furioso y salvaje.

—¡No, yo no se las he robado! ¡Él las ha escondido! —respondió asustado Hanlin.

—Por última vez se lo pregunto —insistió Gabe—: ¿Se las ha robado?

—No; él las habrá escondido. Siempre acostumbra a esconder todo lo que tiene.

Gabe no pudo contenerse más y le propinó un tremendo puñetazo que lo derribó al suelo. Luego lo levantó y lo volvió a derribar de nuevo.

—Devuélvale las pajillas, ¿lo ha oído? —dijo Gabe.

—Brookman debería compartir...

—O le devuelve las pajillas o le juro que le arrancaré la piel y le daré a Brookman sus huesos.

Hanlin no tuvo más remedio que devolvérselas. Gabe pasó el resto de aquella semana con Brookman. Todas las pajillas que conseguía se las daba a él, e incluso jugó algunas veces con el pobre Brookman. Hanlin murió aquella misma semana; pero Gabe no se unió a las plegarias que se rezaron por su alma. La verdad es que algunos de los demás tampoco lo hicieron; se limitaron a murmurar con los labios lo que sus corazones no sentían.

Pero volviendo de nuevo a Gabe, debo insistir en que se hallaba dominado por una profunda tristeza. Ya dije que no era feliz. En efecto, no lo era. Pero tenía ese don especial de contener sus emociones y hacer reír a la gente. Siempre trataba, con el fin de divertirnos, de jugarles una mala jugarreta a los robots.

Así, cuando los robots se marchaban de la sala después de dejarnos la comida, Gabe se las arreglaba para ir detrás de alguno de ellos y ponerle la zancadilla. Luego salía corriendo y se escondía.

Como aquellos robots tenían una sola pierna, una vez en el suelo les era imposible levantarse. Entonces los otros robots acudían y le ayudaban a hacerlo. Como no estaban programados para comprender las causas de esas extrañas caídas, se limitaban a repetir monótonamente: «Maldita caída,

maldita caída. Pobre Bruce, pobre Bruce».

Nosotros nos echábamos a reír cada vez que Gabe conseguía derribar al suelo a uno de los condenados autómatas.

Nunca llegamos a saber por qué todos los robots se llamaban «Bruce». Sí, todos se llamaban «Bruce». Quizá ello fuera debido a que el ingeniero que los diseñó tuviera el mismo nombre. De todas formas, nos reíamos mucho.

—¡Buen trabajo, Gabe! —decía uno.

—¡Es usted todo un hombre! —comentaba un segundo.

—¡Eso les hará saber con quiénes están tratando! —intervenía un tercero.

Entonces Gabe sonreía burlonamente, y durante esos instantes, mientras todos reíamos y comentábamos con júbilo la caída del robot, la sala parecía otra.

Pero para Gabe, la sala siempre era la misma.

Nunca estaba contento, ni siquiera cuando gastaba bromas para que los demás nos divirtiéramos.

A fin que se distrajera, le invitábamos a participar en nuestros juegos. Pero en vano.

Gabe era muy joven y no podía compartir nuestra forma de pensar. Pero lo peor de todo era que sabíamos que Gabe nunca saldría de la macabra sala de aquel siniestro hospital.

Entonces, de repente, como si fuera el producto de una espantosa noche de pesadillas, se nos ocurrió una idea para poder desembarazarnos de los robots.

La cosa fue así:

Era más o menos medianoche. Una noche, negra como las alas de un cuervo. La mayoría de nosotros estaba durmiendo. Los demás también nos habríamos quedado dormidos si la almohada de Libby no se hubiera caído. Éste se hallaba en el suelo, sollozando, con la cabeza hundida en la almohada. Se había caído de la cama y no tenía fuerzas para volver a subirse a ella.

Nos sobresaltó el sonido de sus sollozos. Nunca había oído un sonido

igual. Nos extrañó muchísimo que Libby estuviese llorando, pues hacía muchos años que estaba en la sala, era uno de los más antiguos veteranos, y suponíamos que ya debía haberse resignado a aquella vida triste y vacía. Además de esto, era un hombre curtido por todas las adversidades de este mundo, y por ello nos resultaba aún más extraño verlo llorar. Había venido del barrio de Harlem. Tener padres blancos y vivir en Harlem sólo puede significar una cosa: pobreza. Se había educado en los lugares más sórdidos de Nueva York. Desde temprana edad había aprendido a defenderse de los hombres malvados que pretendieron aprovecharse de él. A los trece años tuvo su primera experiencia sexual con una mujer de treinta y cinco años. Más adelante, trabajó en los muelles, desempeñando las faenas más duras, y siempre gastaba el dinero que obtenía con mujeres o apostando en los juegos. Sí, había sufrido mucho en su vida para que no nos resultara extraño verlo llorar.

Al observarle en aquel estado, yo también estuve a punto de llorar.

Fue Gabe el primero que se dirigió rápidamente hacia el pobre Libby. Se sentó en el borde de su cama, le puso una mano en el hombro mientras con la otra le acariciaba los cabellos y le preguntó:

—¿Qué te ocurre, Libby?

Libby no contestó, continuó llorando lastimosamente, desesperadamente, cada vez más fuerte. Todos pensamos que si no cesaba de llorar, acabaría sangrando por la garganta.

Gabe continuó a su lado, acariciándole los cabellos con la mano y animándole con frases cariñosas.

—Gabe, Dios mío, Gabe —dijo Libby entre sollozos.

—¿Qué te ocurre, Libby? Dímelo.

—Me estoy muriendo, Gabe. Nunca creí que me llegaría la hora.

Me estremecí al oír a Libby. Si él se moría, yo me moriría también. Éramos amigos inseparables. Entonces nos llevarían a los hornos crematorios y allí quemarían nuestros cuerpos, uno junto al otro. «¡Oh, Dios mío, no te lleves a Libby! Te lo suplico, no te lo lleves.»

—Vamos, Libby —le dijo Gabe—, no digas esas cosas. Tienes la fortaleza de un toro y estoy seguro de que vivirás hasta los ciento cincuenta

años.

—No, Gabe, no viviré... —se calló, tratando de impedir que las lágrimas se deslizasen por sus mejillas.

—Pero, ¿qué te ocurre? ¿Sientes algún dolor?

—No. Todavía no.

—Entonces, Libby, ¿por qué piensas que vas a morir?

—No puedo orinar, Gabe, ni siquiera puedo...

A pesar de la oscuridad, vimos en el suelo el frágil cuerpo de aquel compañero a quien llamábamos Libby, Bertrand Libberhad, con las manos apretadas contra el pecho.

—¿Cuánto tiempo hace que te encuentras así?

—Dos días. ¡Dios mío, estoy reventando! Traté de no beber, pero...

Gabe apretó a Libby contra su pecho, como si tratara de contagiarle toda la fuerza y el vigor de su juventud. Entonces empezó a moverlo con suavidad, como una madre que mece a su bebé entre sus brazos. Mientras tanto, Libby lloraba débilmente.

—Libby, ¿alguna vez has tenido trato con una buena chica?

—¿Qué? No te entiendo, Gabe.

—Una chica. Una buena chica. Una que camina contoneándose como un junco, cuyo aliento huele como las fresas y cuyo cuerpo desprende un calor agradable. Una chica de brazos suaves y bonitas piernas.

—Seguro que sí —respondió Libby, dejando casi de sollozar—. Tuve una vez una chica como ésa en Boston. Era italiana. Tenía auténticos cabellos negros, no teñidos, y sus ojos resplandecían como dos carbones ardientes. Iba a casarse conmigo.

—¿Te amaba?

—Sí. ¡Qué tonto fui! La quería, y sin embargo no me di cuenta de mis sentimientos hacia ella. Cometí un gran error.

—Todos cometemos errores —respondió Gabe—. Yo también tuve una chica. Se llamaba Bernadette. Parecía un nombre prestado, pero era verdaderamente el suyo. ¡Qué verdes eran sus ojos!

—¿Era bonita, Gabe? —preguntó Libby.

—Tan bonita como el primer día de primavera, cuando sabes que la nieve

ya se ha ido y que quizá un petirrojo vendrá a hacer pronto su nido en el alféizar de tu ventana. Sí, era muy bonita.

—Siento que no te casaras con ella, Gabe.

—¿Y has estado alguna vez en una fiesta con excelentes bebidas y mujeres bonitas, Libby?

—Sí —respondió Libby, de nuevo con lágrimas en los ojos—. Sí, algunas veces, pocas. Una fue en Nueva York, y duró tres días. Bebí tanto que no sabía dónde me encontraba.

—Lo mismo me pasó a mí —dijo Gabe—. También fue en Nueva York. Me emborraché de tal modo, que ni una estampida de ganado me habría despertado.

Creo que Libby se echó a reír; pero con una risa bañada en lágrimas y sin demostrar ninguna alegría.

—¿Has visitado muchos lugares del mundo, Libby? Supongo que sí, ya que has sido marinero, ¿no es verdad?

—Sí, he estado en Tokio, en Londres y en Australia durante dos semanas. Además, he estado en cada uno de los cincuenta y seis estados de la Unión.

—Pues has visto más que yo.

Libby no contestó. Hubo unos momentos angustiosos de silencio en la ardiente oscuridad. Luego dijo:

—Gabe, no puedo orinar.

—No pienses en eso ahora, Libby. Has amado y has sido amado. Has visto casi todos los rincones del mundo, y te has emborrachado hasta perder el conocimiento. No olvides todo esto.

Entonces entendí que Gabe no trataba que el anciano se olvidase de su enfermedad. Por el contrario, estaba intentando demostrarle que debíamos tener una especie de dignidad a la hora de la muerte, que podía levantar la cabeza con orgullo y afirmar que para él, la vida no había sido una copa vacía, el lecho seco de un río.

Creo que Libby comprendió lo que Gabe quería darle a entender.

—Pero, Gabe —dijo—, yo no quiero morir.

—Nadie lo desea, Libby. Ni yo, ni tampoco Sam.

—¡Duele el tener que morir!

—Tú dijiste que no.

—Nunca me ha asustado el dolor físico.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Creo que la sangre va disminuyendo ahora que se acerca el momento final. ¡Oh, Gabe, *sangre!* Soy un anciano, y me he hecho pedazos en este lugar durante tantos años, sin ver el cielo, ni mujeres, ni periódicos, ni nada. Tengo la impresión de que todos mis órganos vitales están sangrando y que mis intestinos se están hinchando y van a explotar debido a la presión.

Gabe se levantó de la cama y se sentó en el suelo, junto al moribundo anciano.

—Vamos, Libby, haz un esfuerzo.

—No quiero. Debo sangrar.

—Hazlo por mí, Libby —insistió Gabe—. Vamos, quizá puedas.

Acto seguido, Gabe le ayudó a incorporarse, y lo colocó en una silla de ruedas que había junto a la cama.

—Vamos, Libby, haz un esfuerzo.

—¡Santa Madre de Dios, Gabe, cuánto me duele!

—Vamos, inténtalo. Hazlo con lentitud. Con cuidado y lentamente.

La oscuridad era horrible.

—Gabe, estoy... ¡No puedo!

Libby lloraba y temblaba convulsivamente. De repente, le dio un fuerte empujón a la silla de ruedas en que estaba sentado y ésta se deslizó a lo largo de la sala y finalmente volcó, tirando al pobre anciano al suelo, al duro suelo.

Gabe se acercó rápidamente a él y le dijo:

—Libby, Libby, ¿te encuentras bien?

Libby murmuró algo ininteligible.

—Vamos, vamos —dijo Gabe, tratando de animarle—, pronto te encontrarás bien del todo.

—Dormiré, pronto dormiré. La muerte es lo mismo que dormir.

—Así es, amigo Libby —le respondió Gabe—. Eso es todo... sólo un sueño, una dulce siesta.

Libby asintió con la mirada. Sus viejos y apergaminados pulmones le hacían jadear.

—Gabe, los robots duermen durante la noche. No es posible despertarlos.

—¿Qué quieres decirme con eso, Libby? —le preguntó Gabe, cambiando repentinamente de tono.

—Los robots también duermen —insistió Libby—. Durante la noche se cargan igual que las baterías de un coche. Ellos mismos se conectan a unos enchufes eléctricos. Yo soy un ser humano, yo no soy como ellos. Recuérdalo, Gabe: ellos también duermen...

Gabe volvió a colocar al anciano en la cama y luego se puso a dar vueltas por la sala, tratando de localizar un enchufe eléctrico en alguna de sus paredes.

—¡Malditos sean estos cerdos! —exclamó Gabe—. Te aseguro, Libby, que no morirás. Se me ha ocurrido una idea formidable. Una idea que nos permitirá salir de este infierno. Procuraré fundir los fusibles, y al quedar cortada la electricidad, los robots no podrán cargar sus baterías, permanecerán inactivos, *muertos*.

Se oyó una respiración entrecortada, como la de una persona en estado preagónico.

—Libby, ¿me oyes? Contéstame, Libby, contéstame.

Gabe estaba gritando. Gritando inútilmente.

Libby nunca más le podría contestar. Estaba muerto, tumbado inerte sobre la vieja sábana gris que cubría su viejo y combado colchón.

Pero este triste cuadro pareció excitar aún más la mente enfurecida de Gabe.

—¿Tiene alguno de ustedes un trozo de metal? —dijo Gabe, dirigiéndose a todos nosotros—. Cualquier clase de metal.

La fuerza de la costumbre había hecho que todos nosotros escondiésemos cualquier cosa que encontráramos, por insignificante que fuese. Kyu, por ejemplo, tenía un tenedor (en una ocasión, los robots, por equivocación, le pusieron dos a la hora de la comida). Por mi parte, yo tenía escondido desde hacía muchos años un cable de cobre. Me lo había encontrado cierto día cuando trataba de arreglar, tumbado bajo la cama, un resorte del somier. El cable de cobre mantenía fijo en su sitio el resorte defectuoso.

Gabe estuvo a punto de quedar electrocutado al intentarlo, pero al final

consiguió fundir los fusibles. Había empalmado un extremo del cable de cobre al somier de la cama número doce que ahora nadie ocupaba —al menos, ningún ser vivo— y el otro extremo al tenedor. Cuando introdujo este último en un enchufe de la pared, se produjo un cortocircuito, se fundieron los fusibles y todo quedó a oscuras en la siniestra mansión.

Inmediatamente, todos juntos nos pusimos a trabajar para tratar de derribar la puerta y poder huir. Los más sanos golpeaban la puerta con sus hombros, mientras que los inválidos los alentaban, gritándoles, animándoles.

Desgraciadamente, se nos pasó por alto algo muy importante: había un grupo de robots que estaba siempre de guardia mientras los demás cargaban sus baterías. Quizá, en lo más profundo de nuestra mente, conocíamos este detalle fatal. Pero Libby estaba muerto, tendido en la cama número doce, y el musculoso Gabe, con su entusiasmo y dinamismo, nos había contagiado a todos el ansia de poder huir. Éste fue quizá el motivo por el que ninguno de nosotros pensara en la existencia de un equipo de robots que permanecía de guardia mientras los demás cargaban sus baterías.

Gabe murió rápidamente, creo. Al menos, así quiero pensarlo. Cayó al suelo envuelto por las llamas que despedían las misteriosas pistolas de los robots, y quedó carbonizado, humeando. Los demás lucharon con todas sus fuerzas, desesperadamente. Yo me rompí una pierna y quedé fuera de combate desde el primer momento. Ahora hay once camas libres, y yo ocupo la número doce. La sala está completamente a oscuras y no hay nada que decir ni nadie a quien decírselo.

Ahora sólo pienso en escribir. Sin embargo, de vez en cuando me acuerdo de cuando Gabe ponía la zancadilla a los toscos robots y los hacía caer al suelo. También pienso en el pobre Libby, y en cómo Gabe lo sostenía contra su pecho, como una madre meciendo a su bebé entre sus brazos. Y sigo escribiendo. En cierta ocasión, Gabe me dijo que las personas ancianas como yo se olvidan muy pronto de las cosas, incluso de los sucesos más recientes. No debo olvidar su consejo.

Las camas vacantes volverán a ser ocupadas por gente nueva.

Creo que mi historia es excelente, mejor incluso que las que nos contaba aquel caballero inglés.

EL DÍA ALTO AZUL EN QUE VI VENIR GIRANDO EL TREN NEGRO DEL CIELO

David R. Bunch

Hay relatos en que un tema tópico —el del secuestro masivo de niños por los extraterrestres lo es— puede cobrar una nueva dimensión por la forma en que está narrado. Tal es el caso de El día alto azul..., extraño título para un extraño relato, de difícil versión, que ejemplifica una de las más recientes directrices de la SF anglosajona.

Aquel día, el cielo infinito se extendía alto. Alto y azul era también el tiempo. Parecía una cantidad tremenda de espacio del que se podía esperar el peligro, si es el peligro lo que la mente busca. Dos viejos sabios con sus barbas, sus gargajos y su rencor, cercanos a la muerte, lo que no ignoraban, ya que habían hecho muchísimas veces el terrible cálculo aritmético para llegar al pequeño balance de lo que les quedaba de vida, habían inventado un rumor. Creo que en muchos casos, los que se aproximan a la muerte necesitan de algún holocausto antes de ir hacia ella; el Gran Lago de la Oscuridad quizá sea demasiado solitario para el que va solo, demasiado feroz para enfrentarlo cara a cara, demasiado real para ir únicamente con la pequeña y delgada armadura personal a combatir al último Gran Dragón. Desean un desastre general, tal vez el fin de todo, para tener compañía. Para ellos es el final de todas formas. Salvo los místicos. Salvo los aturdidos. Salvo los que abrigan excesivas esperanzas. Salvo los que evocan fantásticas imágenes que nublan la terrible urgencia de la situación. Pero aquellos dos viejos sabios no eran ninguna de estas cosas, cuando no estaban borrachos, y el único consuelo que podían encontrar sobrios era la bebida, normalmente vino barato o cerveza, que también era barata. Con ello se aturdían e incluso se volvían místicos. Entonces tal vez se hubieran convertido en predicadores.

¡Sí! Un día, aproximadamente una semana antes de este día alto azul de nuestra historia, concibieron un terrible proyecto. En una pequeña, sucia, telarañosa imprenta instalada en el sótano de un amigo, muerto hace mucho tiempo a causa de la bebida y las viviendas inapropiadas, tales como puentes escarchados en noches sin mantas, imprimirían un aviso. Después de ocurrírseles la idea, fueron a una taberna, un tugurio, para pulir los detalles, y

mientras bebían más y más, comenzaron a discutir. Grande y ruidoso era el desacuerdo sobre el proyecto, capaz de matar de miedo a toda la ciudad. Casi todos necesitaban ser asustados profundamente; no les quedaba la menor duda a aquellos viejos cercanos a la muerte, guerreros de la vida. Serían capaces de inventar un aviso apropiado, mientras se emborrachaban cada vez más. Todo dependía del aviso. «Serpientes escapadas del zoológico; te atacarán», sugería uno, y el otro reía; después callaba debido a su propio olor a vino y respondía: «Equivocado procedimiento de una fábrica causa envenenamiento en galletas para el desayuno; muerte rápida; quizá antes del mediodía». Pero, por supuesto, con ideas como ésta sólo se entrenaban. Lo que realmente querían era convencer a la gente de algo que venía desde lejos a pescarlos a todos, a aplastar la ciudad y lo que contenía, por culpa de sus pecados. Los cuentos de platillos volantes eran demasiado mundanos para aquellos viejos tigres. Cada uno era un sabio menor en muchos aspectos; por supuesto, no en el de vivir en la Tierra con el mundo tal como lo presentaba la historia, aunque no fuera por su culpa, ni estuviera a su alcance alterarlo ni ofrecer recompensas. En otras palabras, aquellos desgraciados no podían adaptarse, seguir la corriente, ver el lado bueno de las cosas. Tenían otros conflictos, como trabajar para subsistir y pagar por un techo sin demasiadas goteras para cobijarse durante las noches rigurosas y con tormenta.

Eran malos perdedores. Descontentos. Perturbadores. Regañones y aulladores hasta el fin. ¡Sí! Y todavía, los dos, con aire misterioso, hablaban a veces de los días en que estaban lejos de aquel lugar y eran lo suficientemente importantes para ser enviados en misión secreta. Ninguno de los dos advertía entonces hasta dónde podría estar tensando el otro el largo arco de la falsedad.

—A veces me gustaría llevar una ametralladora hasta la Cuarta y Main y allí disparar a todos los que pasan un lunes laborable, perfumados, con medias de nylon, afeitados y tostados por el sol de Palm Beach. Cualquiera de ellos podía haber dicho esto en algún momento y parecería sincero.

Finalmente, aquellos viejos luchadores, después de muchísimas botellas de cerveza, ayudadas por algunos vasos de vino obtenidos de anónimos donantes, y después de casi una tarde entera de discusión, decidieron su

panfleto. Era muy bueno. Los dos estuvieron de acuerdo en que era el único que podía asustar suficientemente a la ciudad, y si lo distribuían bien, también al Estado, al país y al mundo entero.

El panfleto decía así:

«Todos los niños están amenazados por el veneno de los adultos. Mañana, domingo, un gigantesco y brillante tren negro vendrá del cielo para llevarlos hacia la seguridad. Está decidido.

»Firmado: los Decisores.»

Naturalmente, muchos de los padres, al encontrar el panfleto frente a la puerta, en las macetas o sobresaliendo de los buzones de Correos, pensaron que se trataba de una broma, de una burla inocente de mal gusto y totalmente gratuita. En realidad, no estaban muy extrañados; recuerden que ésta es una época de panfletos con todo tipo de protestas en forma de frases publicitarias y rimas, realizadas en cualquier ocasión. ¿Quién podía perder el tiempo, y tomar en serio una más? Si lo que amenazaba a los niños era el veneno de los adultos, no había peligro. Muchísimos padres lo interpretaban a su manera, y lo tomaban como una mala selección de palabras. Creían que se refería a que los niños crecerían y se convertirían en saludables adultos, como sus padres, con muchas riquezas, coches, buenos empleos, ambiciones y tal vez irían a la iglesia los domingos. Nada grave. No merecía la pena pensar demasiado en ello.

Los amargados y desgraciados viejos reían en su vivienda del sótano, bajo un pequeño comercio, donde las ratas se escabullían y las cucarachas hacían contradanzas a la más mínima insinuación de una miga de pan.

—Son presumidos y seguros aunque sus hijos estén amenazados por algo terrible —decían, refiriéndose a los padres—. Cualquiera día observarán la calle y verán lo terrible de esta amenaza. Entonces vendrán las lamentaciones: «¡Si pudiéramos salvar a nuestros niños!».

Tales lamentaciones sonarían en los oídos de los dos viejos como un extraño clamor, ya que no tenían hijos; ni siquiera una mujer.

Aquel día alto-azul, infinito, cuando las distancias y los espacios llenos de peligro parecían ilimitados, si se deseaba ver así (por supuesto se hubieran podido ver esas distancias como grandes espacios por donde el consuelo y el socorro llegarían navegando); aquel día los planes de los viejos sabios arruinados por el tiempo funcionaban mejor de lo que nadie hubiera podido esperar. Al principio, era una manchita, después una mancha, y luego un hilo, una serpiente, una cuerda; por último, una larga, larga cadena de pequeñas salchichas, eslabonadas, negras, alargándose en el alto-azul.

El tren del cielo venía, ligero en el aire, largo y girando, negro, fascinado por algo milagroso o absurdo. Revoloteaba por encima de los edificios y bajaba cuando quería en un espacio abierto, enorme, pero aterrizando ligeramente, como una nube que besa la cima de una montaña en un día soleado.

Como era un fin de semana del período de vacaciones, los niños querían alcanzar a los pájaros y corrían por el espacio abierto de las afueras. Los padres, los que se dieron cuenta y los que no estaban demasiado ocupados con la televisión o las acciones, el balance del mes o el diagrama de las ventas, corrían un poco después, detrás de sus niños, recordando de repente los panfletos y las predicciones del tren del cielo, que podía ser la broma más horrenda que nunca hubieran imaginado.

Pero corrían muy lentamente y llegaban demasiado tarde.

Demasiado gordos para galopar en el viento, demasiado viejos para acortar las distancias, sus hijos les ganaban por millas de tiempo y entraban en un vagón negro del tren del cielo, que tenía la forma de un chocolatin, y estaba decorado como una pastelería. Maíz y máquinas para freírlo anunciaban blancas y mullidas explosiones junto a los cucuruchos de helados, una despensa con bebidas refrescantes, docenas de sabores en múltiples caramelos, sin mencionar las montañas de bombones.

En cuanto todos los niños tuvieron algún dulce sujeto en sus pequeñas y avarientas manos, con cierta mirada pueril de encantamiento brillando en sus ojos, el tren del cielo partió tan ligero como llegó, se fue rápido como el viento perdido. Los padres, allá lejos en las calles, fracasados en la

acometida, distantes, no sabían qué decir. Silenciosos, cabizbajos, agobiados, humillados y vencidos volvían a sus frescas casas, caras, sobrecargadas de electrodomésticos, donde la comodidad era lo más reverenciado. Entonces fue cuando en dramático estallido, entre el silencio aturdidor y pesado, se elevó el sonido de lamentables llantos que se escucharon en casi todos los lugares.

Poco después, el alcalde, que no tenía ni mujer ni hijos, pronunció un largo y elocuente discurso, refiriéndose a los extraños sucesos. Era un hombre creyente, incluso, en algunas ocasiones, sustituía al pastor. Recomendó a la ciudad, en esta terrible ocasión, poner su esperanza en el Señor y rezar por un final feliz.

Los dos viejos sabios, jugando con sus botellas de vino en el sótano del comercio, reían y reían sin parar. Entonces, uno dijo lo que ambos estaban pensando desde el milagroso advenimiento de la larga escena del tren negro del cielo.

—Deben pensar que sabemos algo, ¿eh?

Mientras bebían su cerveza, por alguna extraña razón, antes de que acabara la noche, se miraron el uno al otro como dos agentes secretos que desean gritarse de forma repentina y singular:

—¡Por favor, el verdadero espía que se levante!

EL CIENTÍFICO Y EL MONSTRUO

Gahan Wilson

Una nueva viñeta literaria del genial cartoonist Gahan Wilson, en la que se nos recuerda la relatividad de nuestros cánones.

Un científico emprendió la difícil tarea de construir y dar vida a una nueva clase de ser humano superior. Imaginaba que su creación sería un ejemplo para el resto de los hombres, a quienes enseñaría el camino hacia una vida mejor, de progresos y, posiblemente, de paz sobre la Tierra.

Desafortunadamente, a pesar de tener las mejores intenciones, el científico erró seriamente en uno o dos puntos cruciales y economizó tal vez demasiado en los materiales. El decepcionante resultado sólo puede ser descrito como un monstruo.

El científico, que se había escondido cuando el monstruo comenzaba a despertar, espiaba consternado, mirando cómo la criatura se tambaleaba explorando el laboratorio. La cosa era horrible, y el científico se sentía terriblemente culpable por haberla construido.

«¿Qué derecho tenía yo para jugar a ser Dios y traer a esta pobre y retorcida criatura a una existencia de sufrimiento?», se preguntaba.

A través de lágrimas de arrepentimiento, el científico vio con súbito pánico que el monstruo había descubierto un gran espejo que colgaba en uno de los extremos del laboratorio y se dirigía pesadamente hacia él.

«¡Qué horrible! —gimió el científico—. ¿Qué ocurrirá cuando este patético ser vea su espantosa imagen en el cristal?»

El monstruo se detuvo frente al espejo durante un minuto o algo así, y luego, emitiendo arrullos de deleite, comenzó a andar afectadamente de un lado hacia otro contemplando su imagen, volviéndose y adoptando distintas poses mientras lo hacía. El científico se asomó un poco más afuera del armario para observar mejor este fenómeno inesperado, pero el monstruo, al verlo, salió corriendo del salón, asustado y dando alaridos.

MORALEJA:

*Muchos de aquellos por quienes sientes compasión
no comprenderían tus motivos.*

UN SENTIDO DE BELLEZA

Robert Taylor

Se podría llevar a cabo una clasificación de la SF agrupando las obras de acuerdo con las características en ellas conferidas a los extraterrestres. Según algunas, son monstruos sin sentimientos ansiosos de apoderarse de la Tierra; según otras, seres sabios y generosos que contemplan con benevolencia la evolución de la raza humana...

Menos frecuente, aunque tal vez más realista, es el enfoque de este sugestivo relato de Robert Taylor (que nada tiene que ver con el homónimo actor), donde la actitud de los xenoides hacia sus hermanos terrestres es más bien de indiferencia.

Su piel era oscura, en contraste con la blancura nívea de las sábanas de la cama, pero no tanto como para que no brillara con un fulgor marfileño y translúcido. La luz de la luna se hallaba oculta por unas pesadas cortinas que cubrían la ventana, pese a lo cual las uñas de la muchacha relucían como extraños trocitos de perla. Estaba tendida en la cama, respirando suavemente, sumida en aquel mar de penumbras que inundaba la habitación.

Fuera, en la lejanía, el verdadero océano rompía contra las rocas con un ritmo cadencioso e incesante, y arañaba la arena de la playa con sus dedos ondulantes movidos por la energía acumulada durante millones de años en su extensa y oscura profundidad. Escuchando muy atentamente, casi se podía oír la cruel restregadura de los millones de partículas de arena que las olas arrojaban contra la escollera, así como el ruido de la sólida roca que comenzaba a henderse y a separarse del continente. ¡Incluso se podía oír cómo el mundo entero comenzaba a deslizarse para precipitarse en el mar!

Kurt se hallaba tendido junto a la muchacha sobre las blancas sábanas de la cama, que ahora, debido al calor de sus cuerpos, parecía que iban a arder. Intentó dejar flotar su imaginación en ese mundo de colores arremolinados y placenteros sonidos que yace junto al borde del sueño, pero algo seguía atormentando su mente; algo que, en cualquier momento, podía convertirse en una realidad.

Aquel extraño lugar le hacía sentirse incómodo, y volvió a recordar con anhelo las altas ciudades amuralladas, las infinitas llanuras de arena y los grandes depósitos de agua de su tierra. De nuevo sintió deseos de abandonar aquel lugar y a la muchacha que yacía junto a él en la cama. Ésta no estaba dormida, sino en ese estado de letargo existente entre el sueño y la vigilia.

Kurt sintió cómo los dedos de la muchacha se deslizaban por su brazo cual un gigantesco insecto de cinco patas para detenerse finalmente en su muñeca. Luego se la apretó, la acarició suavemente, palpándola con delicadeza, como si estuviera buscando alguna cosa.

Había algo en ella que le resultaba muy extraño. Sus ojos parecían demasiado abiertos para el mundo en que se hallaba. Daba la impresión de que se daba cuenta de todo, aunque no lo daba a entender. Incluso cuando no lo miraba sentía la extraña sensación de que lo estaba observando. «Siente unas ansias tan intensas de saber, que lo devora todo —pensó Kurt—. Todos los seres primitivos son así.»

Kurt sintió que algo hurgaba su piel, como si un soplo de viento se deslizase sobre ella dejando caer a su paso unas gotas de ardiente rocío.

Hubo un momento en que le pareció que la muchacha podía ver a través de él y leer sus pensamientos.

Los dedos de la joven dejaron de moverse, y le sujetaron firmemente la muñeca. En la oscuridad de la habitación, Kurt sintió sobre su piel la suavidad y el calor de aquellos dedos.

Fuera, en la lejanía, el océano continuaba rugiendo, fluctuando rítmicamente como un gigantesco corazón. Se oía el ruido de las rocas chocando unas con otras, elevándose en el aire, y luego un chapoteo que era ahogado por el bramido de las enormes y enfurecidas olas. El continente era ahora un poco más pequeño.

La muchacha se movió en la cama y gimió:

—¿Kurt?

La voz tembló en la noche, y Kurt se estremeció sintiendo un miedo irracional. La tensión que ardía dentro de su cuerpo hizo que moviera sus dedos.

—Sí, dime —respondió Kurt, presintiendo lo que la muchacha iba a preguntarle.

—Kurt —dijo ella, retirando sus dedos de la muñeca de él—, eres un extraterrestre, ¿verdad?

Kurt dirigió su mano a la mesita de noche que estaba junto a la cama y tomó un cigarrillo. Lo encendió e inhaló profundamente, casi con fruición, su

delicado aroma. Tendido en el lecho, envuelto en la negra oscuridad, dirigió su mirada al invisible techo. Sentía un extraño y agradable calor en el pecho. Sin embargo, algo violento se agitaba dentro de él, y temió que aquello explotase de repente en cualquier momento.

—Quiero decirte —dijo ella, volviéndose hacia él y apoyándose en un codo— que creo que procedes de otro planeta, de otro sistema estelar.

Kurt se levantó suavemente de la cama, se puso la bata y se dirigió a la ventana. El aire fresco de la noche acarició sus mejillas. Descorrió las cortinas de la ventana para que la luz de la luna penetrase en la habitación.

Allá arriba, en el firmamento, la Luna, tan inmensa, tan brillante, proyectaba sobre la Tierra una extraña luz de plata. ¡Y con cuánta rapidez se movía detrás de las nubes! Pero no era así, una vez más se había vuelto a equivocar: no era la luna la que se movía, sino las nubes.

Kurt recordó en aquel momento cómo las tres diminutas *lunas* de su *mundo* brillaban algunas veces en el cielo, iluminando con sus rayos las extensas llanuras de arena de su planeta. «¡Oh, Señor! —se dijo Kurt—. ¡Qué océano de luz podría hacer esta luna en aquel desierto! Cualquier hombre quedaría cegado ante tanto fulgor.»

Fuera, en la lejanía, el mar estaba radiante bajo la luz de la luna, meciéndose suavemente.

—¡Cuánto brilla la Luna! —exclamó Kurt—. Nunca había visto una cosa tan grande.

Hizo una pausa y luego añadió tenuemente:

—¿Cómo llegaste a saber que yo era un extraterrestre?

—No lo sé exactamente —respondió ella—. Creo que empecé a sospecharlo al observar tu extraña forma de hablar, de caminar, de tocarme. Sí, noté algo misterioso en ti. Miras las cosas de un modo distinto, y, además, reaccionas de una forma muy extraña. Asimismo, cuando hablas, parece que mezclas varios idiomas. Me di cuenta que eras casi perfecto, pero, con todo, había algo en tu persona que no «encajaba» bien. No podía asegurar qué era, pero estaba plenamente segura que había *algo* anormal. Aparte de esto, observé que tu corazón no estaba en el mismo lugar en que lo tenemos los terrestres, y, además, latía con demasiada lentitud y con mucha fuerza.

Kurt se volvió hacia ella y contempló su hermoso cuerpo bañado por los rayos de plata de la luna, sus ojos y sus labios, húmedos, brillantes. Luego alzó su mirada y observó un cuadro que había colgado en la pared, un turbulento remolino de colores. Indudablemente, se trataba de una copia, pero era imposible distinguirla del original.

—Creo que necesito beber algo —dijo Kurt.

Rápidamente se dirigió a la cocina.

Instantes después regresó con una botella muy grande, de color azul plateado por el líquido que contenía. Vertió un poco del mismo en un vaso de la misma forma que se vierte un metal fundido en un molde. Bebió unos sorbos y sintió una gran frialdad dentro de su cuerpo. Entonces, toda aquella violenta tensión que le había estado carcomiendo por dentro, desapareció como por encanto.

La muchacha surgió de la oscuridad. Su cuerpo se hallaba cubierto ahora con una ligera y transparente bata. Sus largos cabellos negros descendían por sus hombros, deslizándose como un río.

—Lo lamento mucho —dijo ella—. No pensé que iba a molestarte tanto con lo que comenté.

—¿Cómo puedes decir tal cosa? —le respondió Kurt, volviéndose hacia ella—. Va contra toda lógica el hacer una acusación de esa índole.

La muchacha sonrió. Luego, después de una pausa, añadió:

—Creo que nosotros, los humanos, no somos muy lógicos.

—¿Pretendes darme a entender que yo no soy un humano?

—No, no, no quise... —balbuceó la joven, temblorosa.

—Pero lo dijiste, al menos subconscientemente —acotó Kurt—. Debías haber dicho: «Nosotros, los primitivos, no somos muy lógicos».

—Perdóname, lo siento mucho —dijo ella, sonriendo.

Kurt se volvió, tomó un vaso de la mesa y se lo tendió a la muchacha.

—Toma, bebe; no creo que te haga ningún daño beber un poco de esto. Puedes estar segura que eres la primera persona de este planeta que paladea un licor de mi *mundo*.

Kurt la observó con atención mientras la muchacha se llevaba lentamente el vaso a sus labios y dejaba que aquel misterioso y frío líquido azul fluyese

dentro de su roja y ardiente boca. Bebió unos sorbos y luego depositó el vaso sobre la mesa. Sus labios se estremecieron y la muchacha hizo una mueca de asombro. Luego se sonrió y dijo a Kurt:

—¡Qué frío es este licor tan extraño!

—Seguramente esperabas que fuese algo distinto. ¿Qué te ha parecido el sabor?

—No podría definirlo... Me parece extraño... Tengo la impresión de estar viendo un espacio muy oscuro y unos soles deslumbrantes, así como una lluvia de polvo descendiendo sobre unas llanuras desérticas, sin vida.

—Pues cuando yo lo bebo —respondió Kurt—, siempre recuerdo mi lejano planeta, su aire seco y las extensas llanuras de arena parecidas a un océano de piedras preciosas sobre las que se reflejan los rayos de las estrellas.

Acto seguido, Kurt abrió la puerta que daba a una terraza desde la que se dominaba el mar.

—Salgamos fuera un rato —dijo a la muchacha.

Ella se irguió, caminando tras él a lo largo de la pequeña valla que bordeaba la terraza, y desde la cual se veía, al fondo, las negras olas de un mar embravecido, que rompían furiosamente contra las rocas del acantilado. Kurt se apoyó en la barandilla de la terraza y se puso a mirar hacia abajo, contemplando la ardiente fosforescencia de las olas. Mientras tanto, los rayos de la luna arrancaban misteriosos destellos del vaso de cristal que sostenía en la mano, aún lleno de aquel extraño licor.

—Todo lo que es extraño y hermoso —dijo Kurt— llena el alma de una misteriosa admiración, de una paz inmensa. ¡Qué raro y hermoso es el océano! Háblame del océano.

La muchacha se acercó a él, sosteniendo aún el vaso en su mano, los cabellos flotando en el viento cual una cascada de ondas negras en las que se reflejaban los rayos de plata de la Luna. Se arrimó a él, suavemente, como un niño contra el seno de su madre, como las primeras caricias del sueño sobre nuestros párpados. La muchacha desprendía cierto olor característico, el olor de los seres primitivos criados con carne y leche; pero a Kurt no le pareció desagradable; era simplemente un olor extraño al que no estaba acostumbrado.

La muchacha se volvió hacia él y lo miró, con una rara sonrisa en sus labios, con un extraño destello en sus negros ojos.

—¡Oh, el mar! —musitó ella—. El océano es la madre de todo lo que tiene vida en la Tierra.

—¿De verdad?

—Desde luego —respondió la muchacha, casi riéndose—. ¡Tienes que saber *esto!*

—Pero... —Kurt se detuvo y permaneció silencioso durante largos segundos; y cuando de nuevo volvió a hablar, lo hizo con una voz que casi parecía un sollozo—. Mi mundo perdió sus océanos hace un millón de años. Mis antepasados quedaron enarenados en ellos hace veinticinco mil años, después del Éxodo desde el Centro.

—¡Oh, lo siento mucho, discúlpame! —exclamó ella.

—No te preocupes, ya no se puede hacer nada. Existen algunos habitantes de mi planeta a los que les gustaría saber lo qué me has contado, pero, dada su inteligencia, no creo que pudieran comprenderlo. Anda, continúa hablándome del océano.

—¿Qué tipo de inteligencia tienen los extraterrestres de tu planeta?

—Muy elevada; pero sigue hablándome del océano.

—¿Qué más puedo decirte del mar? —respondió la muchacha—. Es la Madre Oscura de toda vida, fluye incluso en nuestra sangre, late en nuestros corazones. Es oscuro y eterno. Hace vibrar nuestras almas, nos llama. Continuará en la Tierra cuando nosotros nos hayamos muerto. Continuará en la Tierra cuando las llamas del Sol se apaguen para siempre.

Kurt tomó otro sorbo del vaso. Sabía lo que iba a pasar; estaba tan seguro de ello como del ruido que hacían las olas del mar al romperse contra las rocas del acantilado. Después de unos instantes de silencio, añadió:

—Supongo que algunos de los seres de mi planeta aún conservan algún vago recuerdo del océano, a pesar de lo lejos que están del mar que en principio les dio la vida. Hay algo extraño dentro de mí que me obligó a alquilar esta casa frente al mar; algo que no tiene nada que ver con la búsqueda de un lugar solitario. Quizá sentí la llamada del mar.

Arriba, en el cielo, la luna continuaba bañando con sus rayos de plata a la

pareja, lo mismo que habría hecho con otros millones de otras parejas durante miles y miles de años.

—¿Qué era eso del Éxodo desde el Centro del que me hablabas antes? —preguntó la muchacha.

—Hace veinticinco mil años, el imperio en el núcleo central de la galaxia se disolvió en un movimiento de anarquía y de caos. Todos los que pudieron huyeron y se refugiaron en otra galaxia, y otros, incluso, llegaron más lejos: hasta este planeta. Sin duda alguna, la Tierra fue poblada de este modo. Así, es muy probable que los habitantes de mi galaxia y los de la Tierra seamos primos lejanos, muy lejanos.

Kurt quería seguir hablando; quería contarle a la muchacha cosas de su planeta; quería hablarle de las naves de su galaxia, que se deslizaban por la arena de sus desiertos iluminados por las tres pequeñas *lunas*, pero no podía. Kurt acababa de darse cuenta que un enorme abismo los separaba. Ella era un ser primitivo, más emotivo que él. El mar latía con mayor intensidad en la sangre de la muchacha que en la suya. Ella estaba más en contacto con la naturaleza que él; y más controlada por los ciclos de la misma.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí? —preguntó ella.

—Dos años.

—¿Tanto tiempo? —dijo extrañada la muchacha—. Supongo que aún continuas estudiándonos a nosotros.

—Eso, y coleccionando... —Kurt se detuvo sobresaltado, temiendo haber hablado demasiado. De haber proseguido, seguramente la muchacha habría adivinado sus intenciones. Y Kurt tenía muy buenas razones para que la joven las ignorase.

—¿Coleccionando qué? —inquirió la muchacha.

—Obras de arte, de literatura...

—Ya veo; estás estudiando nuestra cultura... ¿Cuándo piensas decirme quién eres realmente?

—No pienso hacerlo —respondió él, con sequedad.

—¿Por qué no? Si ya has conseguido lo que pretendías, no puedes marcharte de mi planeta sin decirme quién eres. ¿Qué opinión te has formado de nosotros, los terrestres? ¿Somos demasiado beligerantes? Si lo somos,

puedes ayudarnos.

Kurt deseó que la muchacha se callase, que permaneciese en silencio, pero ya era tarde. Ella había ido muy lejos; sabía demasiado, o había adivinado demasiado.

Durante unos instantes, Kurt permaneció callado. Luego, cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono como si se sintiese avergonzado de algo, como si estuviese plenamente convencido de no estarse comportando bien.

—¿Por qué motivo los habitantes de mi galaxia tendríamos que ayudaros? Abandonaremos este planeta solamente nosotros. Hay una razón muy poderosa.

—¿Cuál? —preguntó ella, con ansiedad.

—El *cercos vital* que envuelve vuestro planeta —respondió Kurt, dirigiéndose lentamente hacia la casa—. Ya es tarde; no hay tiempo.

El misterioso extraterrestre parecía hablar consigo mismo más que con la muchacha. Luego, de repente, se volvió hacia la joven, clavó su mirada fijamente en ella y le dijo:

—Dentro de cien años, vuestro sol entrará en las primeras fases de novación.

La joven dio unos pasos atrás, separándose bruscamente de Kurt. Estaba aterrorizada.

—Pero vosotros podríais ayudarnos, evacuarnos a otro sistema estelar. Podríamos seros de mucha utilidad. No podéis dejarnos morir.

—¿Por qué no? Nosotros no tenemos la culpa. El universo los está destruyendo. Es como si nosotros nunca nos hubiéramos encontrado.

—¡Pero vosotros estáis ahora *aquí!* ¡No podéis pretender que no lo estáis!
Kurt permaneció silencioso. Algo macabro se agitaba en su mente.

—Yo no soy mi propio dueño —respondió el extraterrestre—. Existen otros...

—Entonces —dijo asombrada la muchacha—, ¿qué es lo que estáis haciendo aquí?

—Estamos para recoger todas las obras de arte, de literatura, para salvarlas de las llamas.

—¿Os lleváis nuestras obras de arte y nos dejáis abandonados a la

muerte? ¿Es que no tenéis sentimientos? ¿Es que no sois capaces de amar?

—En el sentido en que vosotros entendéis esas palabras, no. Sólo siento algo de lo que vosotros sentís: nuestros sentimientos no son los mismos. Con todo, las emociones de nuestro pueblo son miles de veces más fuertes que las de vuestros maestros. Nuestro pueblo tiene un sentido de la belleza que ningún habitante de otras galaxias posee; y por este motivo somos los coleccionistas de obras de arte de nuestra galaxia.

Kurt se quedó callado durante unos instantes, sonrió tristemente y luego añadió:

—Es algo maravilloso el poseer una obra de arte seleccionada por algunos de nosotros, porque entonces sabemos que se trata de una cosa verdaderamente hermosa, incluso aunque uno no lo sienta.

Kurt contempló a la muchacha con tristeza, o al menos con lo que él podía entender por este sentimiento. Luego la miró fijamente a los ojos y le dijo:

—Nosotros somos los críticos de la galaxia, y vosotros, los seres primitivos, los creadores. Vuestra precaria inmortalidad depende de nosotros. Vosotros fenecéis, pero vuestras obras permanecen...

—Pero, ¿por qué me necesitas a *mí*? —dijo ella, mirándole horrorizada.

—Porque aunque pertenezco a un mundo muy lejano, soy un hombre, y tú eres muy hermosa. Sé apreciar las cosas bellas.

La muchacha se apartó de él, empujándole con todas sus fuerzas contra la barandilla de la terraza. Luego le dijo con una mezcla de odio y terror en su voz:

—¡Eres un monstruo! Sí, eso es lo que eres.

Kurt le tendió los brazos y le respondió:

—Por favor, yo...

—¡No! Aléjate de mí.

Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de la muchacha, y se deslizaron cual gotas de rocío por sus mejillas.

Abajo, en el fondo del acantilado, el océano continuaba rugiendo como un gigantesco corazón, mientras que en el cielo algunas aves nocturnas que habían perdido su orientación piaban quejumbrosamente.

Kurt avanzó hacia ella, diciéndole:

—Por favor, no llores. Vosotros no tenéis por qué preocuparos; disponéis de cien años, por lo menos. Quizá podáis encontrar el modo de salvaros.

—¡Aléjate de mí! —gritó la joven.

Trató de huir, pero tropezó contra la barandilla de la terraza. La vieja madera de la barandilla, expuesta durante años a la acción corrosiva del aire salino, al sol y al frío, empezó a resquebrajarse. Lentamente, una parte de la misma fue cediendo hacia atrás.

Kurt tomó a la muchacha por la mano, pero ella, con una mirada de desprecio en sus ojos, la soltó.

No gritó. Durante toda su caída hacia el fondo del acantilado, no profirió un solo grito.

La Luna se reflejó en el cristal del vaso mientras éste caía cual una gota de lluvia sobre las rocas del acantilado, para hundirse finalmente en las blancas olas del océano, oscuro y eterno. Hubo una pequeña salpicadura... y las negras aguas devoraron su presa.

Kurt se volvió y se encaminó hacia la casa, mientras observaba en el cielo la única estrella que se movía entre todas las demás. Ya era hora de regresar a su galaxia.

Mientras, en el fondo del acantilado, las olas se rompían contra las rocas brillando con luz fosforescente.

Kurt se hallaba de nuevo en la astronave. La atmósfera dentro de la misma tenía un fuerte olor a ozono.

Quería hacer algo importante, pero no sabía qué.

Detrás de él, unos hombres se hallaban trasladando su equipo a los compartimientos de seguridad, mientras que otros acondicionaban la preciosa carga en recipientes especiales para preservarla de cualquier daño. Kurt había cumplido bien su misión, archivando todas las obras de arte y literatura que había descubierto en la zona que le había sido asignada. Deseó que los demás miembros de aquella astronave, al igual que todos los que exploraban otras áreas del planeta, hubiesen cumplido igualmente bien la misión

encomendada.

Su primer oficial se acercó lentamente a él y le dijo:

—Es usted el último en llegar a bordo, señor. Todo está listo para dirigirnos al punto de la cita en el espacio.

—Adelante entonces —respondió Kurt.

Se oyó una ligera vibración cuando la astronave se puso en marcha. Kurt se dirigió a su cámara, sintiendo dentro de él un extraño y doloroso vacío.

En la pantalla vio el llameante Sol, ahora ya lejos, y muy atrás, descendiendo con lentitud en el horizonte. Un día no muy lejano, aquel astro sufriría una violenta expansión, mediante un proceso que no todos los terrestres comprenderían completamente, para convertirse en una supernova, más brillante que mil soles, que abrasaría todos los planetas de su sistema...

Y otro planeta creador de belleza se perdería para siempre.

Kurt sintió entonces una imperiosa necesidad de llorar, igual que había hecho la muchacha momentos antes de su triste fin, de su hermoso fin; pero hacía veinticinco mil años que los habitantes de su galaxia habían olvidado lo que significaba llorar.

De repente, se oyó un estruendo que se extendió por todo el universo hasta sus capas más profundas. Al principio, Kurt pensó que era el recuerdo del bramido de un océano que su pueblo había perdido hacía ya muchos años, pero entonces se dio cuenta que era el ruido de su propia sangre, deslizándose impetuosamente por sus oscuras y eternas venas.

Notas

[1] Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona *Science-Fiction*, para referirse a la literatura de ciencia ficción.

<<

[2] Abreviación de *colour* (color): neologismo introducido por el autor para designar a la gente de color. Más adelante encontramos *Caucs* (de *Caucasian*) para designar a los blancos. (Nota del antologista). <<